ISIDRO MAS DE AYALA

MONTEVIDEO Y SU CERRO

MONTEVIDEO Y SU CERRO

El consumo en nuestros días de las obras de los humoristas demuestra que al lector actual no le satisface esa realidad de tres dimensiones, de la que se han liberado ya las ciencias físicas y la mayor parte de las artes. A esa cuarta dimensión —el *revés* de las cosas y de las personas— percibida por los humoristas, corresponde el enfoque con que Isidro Más de Ayala nos presenta su Montevideo.

En capítulos, que son al mismo tiempo *artículos de costumbres,* jonglea con los objetos y con las imágenes en un estilo al que Juana de Ibarbourou llama "*elástico* por esa soltura del idioma, ese tomar las cosas entre los dedos y posesionarse de ellas hasta lo profundo y como quien juega".

Con la presente obra sobre su ciudad, el autor uruguayo se incorpora a *los escritores costumbristas,* con "un sano humorismo —ha dicho el crítico José Pereira Rodríguez— que traduce la serenidad de su espíritu y abre cauce para una necesaria expansión de la cultura nacional".

ISIDRO MAS DE AYALA / MONTEVIDEO Y SU CERRO

ISIDRO MAS DE AYALA

MONTEVIDEO Y SU CERRO

L. 141. 783

SANTIAGO RUEDA - EDITOR
BUENOS AIRES

ISIDRO MAS DE AYALA

MONTEVIDEO Y SU CERRO

CAE la tarde sobre la ciudad. Coincidiendo con el regreso al puerto de los barcos pescadores, el sol se recoge en los palacios do mora hasta que vayan a buscarlo mañana los rubios corceles de la aurora. Por la escollera —fina estocada de piedra que la calle Sarandí lanza al mar— retornan con sus cañas al hombro los pescadores. Parejas de enamorados, como esculturas de Eros, van decorando la Rambla. De la ciudad, que se adivina cálida y trepidante, sube un rumor. Es la hora que cierran los comercios. Los autobuses, como grandes barrenderas, aspiran a los grupos en las esquinas. Es también la hora que los diarios de la tarde lanzan sus ediciones. ¡Lanzan sus ediciones. Novedades en el frente de Indochina, nuevo discurso del presidente de los Estados Unidos. Próxima alocución del Papa. Nuestros políticos presentan grandes proyectos. El ministro de Obras Públicas anuncia un nuevo plan nacional, y el de Hacienda programa un ordenamiento financiero.

En una reunión, en un club o en un bar, un hombre tiene la palabra y está explicando lo que él haría en tal o cual ocasión. "Si yo fuera Gobierno", "Si me dejaran la Policía sólo 24 horas", "Yo, en lugar de Eisenhower". Y cuando, atraídos por la magnitud del tema, nos damos vuelta para mirar a quien habla, un compañero a su lado, y sin ser visto por él, nos guiña un ojo.

Es la hora, sí, que en las tertulias de Montevideo se discuten los grandes problemas mundiales y nacionales. Incitados por los grandes titulares de los diarios —aún está fresca su tinta—, las gentes opinan, aconsejan, proponen. Desde su cono pizarra que se va esfumando, el Cerro nos guiña su gran ojo de cristal. En el escenario del cielo se están retirando los decorados claros y se ponen en su lugar los telones nocturnos.

Una bandada de gaviotas que se alejan de la bahía traza en el cielo un pespunte telegráfico. A pocos metros de aquí, hace 50 años, un poeta desde su torre de panoramas describía una tarde moribunda como ésta: *"Y el sol en postrer lampo, como una aguja fina, pasa por los quiméricos miradores de encaje"*.

En estos instantes en la ciudad se reúnen los directores de los centros y entidades, las comisiones de las federaciones y las subcomisiones de las comisiones. Éste es el momento que en Montevideo se están dictando las conferencias. Un filósofo expone una nueva concepción del universo. Una poetisa emocionada da a conocer los versos libres de un poeta preso. Un galeno explica un magno plan de ofensiva antimicrobiana. Un viejo intendente presenta proyectos nuevos. Y un nuevo intendente exhuma proyectos viejos. El Cerro nos guiña su ojo de vidrio.

Viajáis en un ómnibus interdepartamental y no os deja dormitar un pasajero que va exponiendo un tema con insistencia y solemnidad. "Millones", "gobierno", "técnica", son las palabras que como moscas zumbonas os molestan en los oídos. El pasajero no desciende nunca, y sigue con voz pedagógica dando la clase sobre los grandes problemas. Os dáis vuelta para ver quién es el coloso que así diserta. Y junto a él, su compañero de viaje, con una sonrisa expresiva, os guiña el ojo.

La ciudad ha encendido ya todas sus luces. Junto a nosotros, la radio de un auto trasmite el noticiario. Llegó al aereodromo de Carrasco un grupo de senadores norteamericanos. El subsecretario de la UN, de paso por Montevideo, da una conferencia de prensa. Un militar retirado expone un plan de defensa antiaérea del país que insumiría 500 millones de dólares. Un técnico recién llegado propone la electrificación del río de la Plata para llevar la luz a Paso de los Toros. Junto a la cabecera de la ciudad, la luz de la veladora —el Cerro— parpadea maliciosamente.

Regresamos por la escollera. Falto de luz y color, cada objeto se ha transformado en su propio negativo. Pasan los últimos pescadores con sus aparejos y medio-mundos. Uno de ellos describe a los otros las dimensiones gigantescas del chucho que se le escapó cuando ya lo tenía pescado. "¡Por lo menos pesaba quince kilos!"

Sobre el río, hay una estrella escéptica.

El montevideano es impresionable, sensacionalista y necesita estar viviendo siempre una "bomba", especialmente, en verano. Alterna un año de pánico de una epidemia con un año de epidemia de vacunas. El interés por los asuntos más candentes y por los problemas más apasionantes no dura tres meses, al cabo de los cuales ya nadie se acuerda de ellos y hasta es de mal gusto recordarlos. Si han durado un poco más, nunca han sobrevivido al partido Nacional-Peñarol que barre y acapara el interés. Es un match que tiene lugar cada cuatro meses y después del cual la vida comienza de nuevo.

¿Cómo queréis que el Cerro que está viendo esto desde hace dos siglos no guiñe su ojo con escepticismo? Es lo menos que puede hacer. Si el Cerro no tuviera la válvula de escape de su humorismo burlón, ya hace tiempo su volcán habría entrado en erupción, sepultándonos bajo su lava. Estamos seguros que si hace 2000 años el Vesubio sancionó a los pompeyanos —quienes harían, sin duda, lo mismo que ahora nosotros hacemos— fué porque el volcán napolitano no tenía una luz con qué hacer guiños y trocar así su roja ira en sorna luminosa.

Si Montevideo es un cerebro, no hay dudas que el Cerro es su circunvolución del escepticismo. Algo así como las falanges del dedo pulgar derecho que se mueven solas cuando se nos hace un relato demasiado singular y extraordinario. Creo en mi fuero interno que si los montevideanos no hemos llegado a grandes realizaciones —como las de San Paulo, por ejemplo—, es porque ahí está el Cerro enfriándonos permanentemente con su guiñada burlona desalentadora.

Las notas que van a leerse han sido escritas en instantes conflictivos para nosotros. De un lado, todo hacía para que pusiéramos nuestra mayor atención en los asuntos que departían las gentes a nuestro alrededor. Del otro lado, el Cerro, junto a la ciudad, nos guiñaba su ojo maligno. Nuestro espíritu zozobraba en la duda. Y en la dificultad de saber cuál era la actitud verdadera, hemos titulado estas páginas "Montevideo y su Cerro", dejándole al lector la tarea de resolver tan grave disyuntiva.

Creemos ocioso aclarar que, no obstante su título, estas notas no se refieren sólo a cosas que se desarrollan dentro del estricto perímetro de la ciudad. Ya diremos que no hay en nuestro país episodios locales y que todo acontecimiento de interés lo es para todos sus habitantes. Por otra parte, en un país donde "tierra adentro", "afuera" e "interior" son sinónimos, donde el centro de la capital está en la punta de su península y donde hay una esquina de Obligado y Libertad, es fácil con las palabras ponerse de acuerdo.

Montevideo es el estadio donde se desarrollan los grandes acontecimientos nacionales y Punta del Este es su teatro de verano. Las gentes que veremos subir al Cerro del Verdún en Minas o caminar por las calles de Florida tras uno y otro San Cono, trotar sobre caballos de alquiler en Colonia Suiza o pasar y repasar con paquetes por el Chuy son montevideanos. Por su parte, todo el interior del país está en Montevideo los fines de semana. Los domingos por la tarde, cuando los autos podían estacionarse en 18 de Julio, las calzadas de la avenida tenían un verde festón rural: autos, cuyas chapas lucían letras del alfabeto, eran los fogones o ruedas trasladados al centro y donde familias enteras tomaban mate. Nada nos diferencia a los tres millones de uruguayos: todos los montevideanos tienen perfume a mate y no hay en el interior —es decir, afuera— una persona que no vista un artículo comprado en la avenida 18 de Julio.

Dicho lo cual, y viendo que el Cerro, a mis espaldas, os está guiñando, dejo este libro en manos del lector.

EL URUGUAY, UNA ISLA

Tibor Mende, escritor francés, realizó un viaje de observación por los países sud y centroamericanos y compuso un libro titulado "L'Amerique Latine entre en scene", donde señala la preponderancia de las dos Américas en esta fase nueva e importante del deslizamiento que lleva la civilización del Mediterráneo hacia el Atlántico.

En el capítulo que dedica al Uruguay, llámale a este país "isla feliz". Dentro de un continente permanentemente convulsionado por bruscos cambios políticos o sujetos algunos países a férreas dictaduras militares, el Uruguay en América Latina es sinónimo de estabilidad, seguridad y de libertad política. En 1951, en Montevideo, un presidente renunciaba a sus poderes en el mismo momento que al otro lado del estuario otro presidente se hacía otorgar por otros seis años poderes más considerables que los que ya detentaba. Y concluye Mende: situado entre dos enormes países cuyos problemas son tan grandes como sus dimensiones geográficas, el Uruguay es una isla feliz.

Quizás este concepto insular de nuestro país no sea aceptado por algún profesor de geografía, que le oponga reparos basados en la estricta definición que del vocablo da el diccionario. Pero, se es isla si se constituye una colectividad aislada, compacta, con sentimientos de estrecha solidaridad y donde todas las manifestaciones tienen un carácter regional. Extranjeros cultos así lo perciben. Recientemente, Pierre Lazareff, el conocido periodista francés, director de "France Soir", en viaje de paso por Montevideo, percibió de inmediato —mediante la sensibilidad del periodista nato— el carácter de isla del Uruguay. "Especie de isla perdida en un continente fabuloso y primitivo", fueron sus palabras, y agregó: "un exponente de

cultura, en especial francesa, que el viajero galo se sorprende gratamente en encontrar".

Poblado exclusivamente por descendientes de europeos — en especial de los países mediterráneos— que viven con los ojos y los oídos puestos en Europa, de espaldas a los problemas del Continente, nuestro país es el menos americano de los países americanos. India es más de la mitad de América — México, Centroamérica, Venezuela, gran parte de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, norte argentino, norte y parte del sur chileno, oeste brasileño. Negro es buena parte del sur del Brasil y todas las Antillas. En nuestro país, casi totalmente blanco, hace ya un siglo y medio que no hay indios y carece, por lo tanto, de los problemas que la falta de un común denominador racial significa.

La unidad de idioma y de raza, la naturaleza uniforme que le sirve de escenario, la comunidad de ideales y análogas costumbres, han hecho agrupar a este país pequeño en superficie y población en una comunidad nítidamente delimitada y sin fronteras, con rasgos muy semejantes a los de las geografías regionales, en particular, insulares a los que vamos a referirnos.

En el Uruguay todo acontecimiento es nacional, a tal punto la totalidad —como un organismo vivo— es una unidad. Nada de interés ocurre en un punto de su territorio que no apasione al país entero. Florencio Escardó en su muy fina "Geografía de Buenos Aires" señala que la capital argentina "no puede ser considerada una totalidad: carece de pasiones colectivas, todo en ella es parcial".

En nuestro caso, no ya Montevideo, sino el país todo constituye una unidad, rica en pasiones colectivas y donde nada es parcial. La población participa por entero en los acontecimientos de interés para una parte de ella. Cada asunto de importancia lo es para todos.

En 1926, un telegrama de Juby comunicaba que un avión con cinco tripulantes uruguayos se había extraviado al lanzarse en un vuelo sobre el Atlántico y se carecía de noticias de ellos. De inmediato, en todo el país se suspendieron los festejos de Carnaval que en ese momento se realizaba. Los triunfos deportivos mundiales son celebrados colectivamente y

a las manifestaciones repetidas que el alborozo produce y que tienen lugar en la avenida 18 de Julio —forum y ágora de las grandes celebraciones nacionales— concurren no ya sólo de todos los barrios de la capital, sino de todo el país, pues llegan de Melo, Tacuarembó y Rocha a la capital a unirse en el festejo colectivo. También de estos puntos afluyen para un match internacional, la llegada a la vuelta ciclista; y el Estadio Centenario es un gran centro sensitivo no sólo de la capital sino del país entero que allí se emociona, sufre o se regocija colectivamente.

Y de este carácter colectivo que tiene en nuestro país toda manifestación surge una cualidad, también propia de la geografía regional, y ella es el afán enorme que pone en toda puja un defensor oriental. Sabe que está representando el prestigio de todo el país, que en él tiene puestos los ojos. En el último campeonato mundial de pelota, yo llevaba en mi auto al hospital al jugador español Vals, quien, con la nariz deshecha por un pelotazo, había continuado la porfía y venció en ella, clasificándose campeón mundial. Visto el carácter de la lesión, los médicos le habían instado a dejar el partido, pero fué en vano. Y nos decía el valiente vasquito: ¡Que se supiera en Logroño que yo me había retirado de la cancha...! ¡Primero la muerte!

Mientras le oía, se aclaraba en mi espíritu la razón de la sangre charrúa, la fibra celeste y otras denominaciones que se da a ese afán anheloso y singular que pone el jugador uruguayo en la pugna y que tantos celebrados triunfos le ha valido. Como Vals pensaba en su villorrio de Logroño, donde apretadas casas de tejas rojas se agrupan en torno a un campanario y a una pequeña plaza, cada uruguayo —y no ya sólo en competencias deportivas, sino en congresos científicos, recitales artísticos, jiras teatrales, conciertos musicales—, cuando actúa en el extranjero tiene el pensamiento puesto en esta ciudad luminosa al borde de un río ancho, y en este país pequeño, cálido y pasional, cuyas alegrías y cuyos contrastes son sus sístoles y diástoles en los que todos participamos como en un solo y grande corazón.

UNA GEOGRAFIA SENSATA

El escritor chileno, Benjamín Subercaseaux, es autor de una admirable obra en la que estudia cada uno de los tan diversos aspectos geográficos de su heterogéneo país y el tipo de hombre que corresponde a cada uno de ellos. Sus macizos de montañas, la aridez de los cerros, la reciedumbre de las costas, los valles centrales, los fiords y las islas componen una pluralidad geográfica que además, es estremecida con frecuencia por cataclismos que la hacen temblar. Tal variedad inusitada en esa larga y angosta faja que forma el país, lleva a Subercaseaux a llamarle a Chile "una loca Geografía".

El Uruguay tiene una geografía sensata. Nuestra naturaleza es equilibrada, mesurada y no da sobresaltos ni prepara sorpresas. Cuando va a aparecer una elevación, que nunca es extraordinaria, hay una colina que la anuncia y la precede. La altura de las ondulaciones va aumentando de un modo gradual y de análogo modo decrece. Tampoco hay torrentes que bajen desbocados ni precipicios que impresionen. Y la tierra es una permanente base firme que da a los pies seguro apoyo y no es jamás estremecida dramáticamente. Nuestra geografía, sin énfasis ni sobresaltos, no nos pone ejemplos de hinchazones ni hiperestesias. Y da entonces como resultado un elemento paralelo: un tipo de hombre natural, mesurado, sencillo, cuyo espíritu claro encuentra en la corriente leve del arroyo cristalino y en la ondulación suave de las cuchillas los ejemplos y estímulos de sus sentidos y de sus imágenes.

El uruguayo no pone altisonancia en el lenguaje ni en los actos. Las expresiones españolas enfáticas hieren su sencillez, y se siente como tímido o avergonzado si debiera emplearlas

castizamente. De allí que las modifique, haciéndolas más modestas, dándoles otra terminación o empleando el diminutivo. A una zanja, que los hispanos denominan zanja "real", los criollos la llaman zanja "reyuna". Las terminaciones "illo", "uela", les resultan débiles y amaneradas, y las cambian por "ito", "ita", más secas y recias.

Choca a su modalidad modesta y sin alardes el empleo de grandes adjetivos. Donde un español o un mejicano dicen admirable, él dice bueno. En lugar de extraordinario, dice grande. Y nunca dice hermoso, espléndido o portentoso, empleando en su lugar lindo, de tan corriente uso. No usa el superlativo y en la adjetivación no pasa de bueno, grande y lindo. Lo mismo en el empleo de los verbos. "Te quiero" es su máxima expresión sentimental, y, aunque se esté muriendo de amor, no dice nunca "te adoro" o "te idolatro", expresiones de las que tan frecuente uso hace el tropical.

Gusta el uruguayo de expresarse por imágenes, siempre mesuradas; y muy a menudo utiliza el refrán como modo de respuesta, con lo que le da a ésta un tono impersonal y satisface al mismo tiempo, cierta propensión a la filosofía.

La poética de Fernán Silva Valdés es ejemplo del léxico sencillo, modesto, natural, pero igualmente expresivo y jugoso. Volved a leer "El Rancho", "El Mate Amargo", "La Carreta". Creemos que, en el fondo, es su varonilidad que se siente herida por el empleo de expresiones verbales que juzga adocenadas. Y que, además, siente pudor ante la exteriorización demasiado clara de sus sentimientos íntimos. La difusión y el prestigio que los poemas de Silva Valdés tienen en su país débense a que es el intérprete más cabal del carácter nativo, con un laconismo que no es falta de recursos, sino voluntaria sencillez. Ved, si no, "El Mate Amargo":

> No sé qué tiene de rudo, no sé qué tiene de áspero;
> no sé qué tiene de macho,
> el mate amargo.

O en "El Rancho":

> Retobado de barro y paja brava;
> insociable, huyendo del camino.

No se eleva, se agacha sobre la loma,
como un pájaro grande con las alas caídas.

Su carácter natural, sencillo, "seco", diríamos, aparece más manifiesto si se le compara con un poeta del trópico que trasunta la abundancia, la sensualidad y el fuego de una naturaleza rica en sol, calor y estímulos sensoriales. Oíd a Nicolás Guillén, en el "Secuestro de la mujer de Antonio".

Te voy a beber de un trago,
como una copa de ron;
te voy a echar en la copa
de un son,
prieta, quemada en ti misma,
cintura de mi canción.

Análoga sobriedad en nuestros narradores más auténticos, Javier de Viana, Juan José Morossoli. También las canciones y músicas nativas son suaves, recatadas y su letra es pudorosa, recogida, íntima, tan lejos del colorido exultante y de la sensualidad ruidosa de las Antillas o del trópico. A su vez, los temas y las técnicas de nuestros pintores son siempre discretas y medidas, en contraste con las explosivas disonancias de otros plásticos del mismo continente.

¿Significa lo que dejamos dicho una menor belleza o menguada sabrosidad de nuestra parte? No somos nosotros quienes debemos decirlo. Pero sí podemos afirmar que, a menudo, viajando por países exóticos, nos hemos deslumbrado frente a hermosas frutas de colores brillantes y variados, pero luego, al saborearlas, han resultado inferiores en su gusto y perfume a los habituales frutos de nuestras mesas familiares.

QUINTAS DEL PRADO[1]

Es durante el otoño y por la mañana que debéis visitar estas viejas, tranquilas quintas del Prado. Una armonía perfecta se acorda entonces entre su abandono recoleto, su suave, fina melancolía, los viejos muros cubiertos de yedra y musgo, y una luz dorada y ya fría que los añosos árboles tamizan. En el suelo, bajo los árboles y sobre los canteros abandonados, una capa ocre de hojas secas. Entre las ramas, perladas ya, sedales de luz bajan de un cielo azul intenso. Y si vuestros pasos hacen ruido, no percibiréis, naturalmente, los gnomos de pardas cogullas de hojas secas que huyen a esconderse dentro de los troncos huecos.

Un portón de hierro semiabierto os invita a entrar. Pasáis entre dos altos pilares decorados por perros heráldicos. Avanzáis por un sendero enarenado que hace una curva reverencial entre palmeras y araucarias, y llegáis al edificio.

Rodea la planta baja un vestíbulo abierto, con grandes lozas blancas y negras. Su techo, ornado con decoraciones barrocas, es sostenido por finas columnas de hierro que envuelven madreselvas y enredaderas de coral. Llamáis, golpeando las palmas. Estáis al pie de una escalera de mármol blanco, en forma de herradura, que lleva a la planta alta, rodeada toda ella por un corredor vitrado. Seguís llamando y, mientras aguardáis, vuestra mirada recorre las primorosas agujas, las finas torrecillas, los blancos pilares de esta casa que culmina en un mirador circundado por una baranda de hierro.

Ahora llamáis dando voces: ¡Ah, de la casa! Unas palomas, desde un alero, asoman sus pequeños ojos curiosos. Llega a vuestro oído el silbato lejano del ferrocarril que está pasando

(1) A la manera de Azorín.

por el Paso Molino. Las campanadas de una capilla caen como grandes gotas sonoras, y hacen más espeso el silencio. Dáis vuelta a la casa y os va oprimiendo una tenue pero creciente tristeza. Habéis llegado a esta quinta con cincuenta años de retardo. Ahora sólo percibís el alma de las cosas. Y una nostalgia por algo que no habéis conocido nunca, anhelos que no podéis precisar y cuya falta os llega a producir amargura, llenan entonces vuestro pecho de una dolorosa melancolía.

Pensáis que hace medio siglo —los pinos y las araucarias no eran entonces tan altos y nadie imaginaba que horrorosas casas de apartamentos robarían después pedazos de cielo— habríais subido al mirador de la torre. Hacia el sur, el mar como un extenso estanque, unas veces azul intenso, otras, celeste luminoso. Ciertas veces el agua tiene la misma claridad del cielo y los barcos parecen suspendido en el aire. Del lado de oriente, los esteros y médanos de Carrasco, y en los días de atmósfera transparente vuestras miradas llegarían hasta la Sierra de las Ánimas. Por el poniente, la ciudad toda ella de casas bajas, apretadas en torno a la bahía. Y como notas claras entre las tupidas arboledas del Miguelete, veríais las otras quintas del Paso del Molino y de Atahualpa.

El sol de abril ya no calienta y sentís un frío agudo, no sabéis si en el cuerpo o en el espíritu. Camináis ahora por los senderos húmedos con bordes de boj que crecen en desorden Ya lloran sus pétalos las rosas té en los canteros. El surtidor de la fuente ya está seco. Por toda la quinta abandonada se extiende, como la música de un piano distante, una honda y profunda nostalgia. Sobre las tapias, grandes aljabas dejan caer sus flores rubíes. Y también caen, amarillentas, las pequeñas estrellas de los jazmines del país.

Y llegáis así hasta la capilla, flanqueada de oscuros pinos que le forman una guardia de capuchinos graves. Es gótico el estilo de esta capilla, y sus vitrales le dan una luz santoral. El verde de la túnica de San Jacobo, el rojo veneciano de la capa de San Juan, el dorado fuerte de la paloma que tiene en el pecho Santa Isabel, son las únicas notas de color intenso que habréis percibido durante esta mañana de otoño en esta apagada quinta.

De pronto, el pito de una fábrica raya el aire. Son ya las

doce. Un grupo de colegiales atraviesa por el fondo de la quinta. Vuelven a sonar las campanas de una iglesia próxima. El grato olor de un fuego de hojas de eucaliptus llega hasta vosotros. Y os alejáis pensando dónde estará el artista que recoja el alma, el espíritu, la esencia de estas quintas. Al hacerlo, tendría que expresar este concierto profundo de las cosas: los muros húmedos y agrietados, los oscuros árboles añosos, los canteros abandonados, el surtidor callado y la capilla cerrada. Y la serenidad, el reposo y la melancolía con que todas estas cosas se fueron muriendo en silencio.

DESPERTAR DE MONTEVIDEO

VISTO DESDE UN QUINTO PISO

Como el cuerpo se libera de las sábanas cuando se levanta, Montevideo, cuando despierta, se va quitando las sábanas de niebla que lo envolvían.

Todavía es de noche. El cielo pertenece a las estrellas, y apenas en el naciente comienza a insinuarse una claridad que va creciendo en intensidad y en extensión.

A nuestros pies, a uno y otro lado, el mar en calma de las azoteas. Se distinguen ya las grandes construcciones bordeadas por rectas hileras de luces: Boulevard Artigas, Avenida Brasil, Rivera, Centenario. El Hospital de Clínicas, entre las sombras, es como el cuerpo de un gran elefante en el que se destacan las luces brillantes de sus arneses. Es por momentos cada vez más viva la claridad que se extiende en el Este y, de ese lado, el cielo se tiñe de un leve color rosa.

Las siluetas de las casas de apartamentos, en la media luz de la aurora, componen figuras constructivistas que se diría salidas del Taller de Torres García. Desde su prisión, en una azotea, un gallo lanza la serpentina sonora de su canto hasta el balcón de la aurora. Como párpados que se abren, aquí y allá, las ventanas se van iluminando. Son cada vez más numerosos los autos que pasan por las calles, todavía oscuras.

Como grandes esfuminos, altas chimeneas manchan de negro el cielo que es ya claro. Al mismo tiempo, en cientos de hogares, en la ciudad que despierta, se habrá encendido el fuego, y miles de creyentes estarán junto a él oficiando el rito del mate.

En el cielo prosigue la lucha entre la aurora, cuyo carro dorado quiere salir, tirado por cien caballos rubios desmelena-

dos, y la noche que no quiere recoger sus telones negros claveteados de estrellas. Montevideo, como un barco, está rodeado por mar. Y allí, frente a la ciudad, como suspendido en el aire en un mar de escenario, está detenido un barco iluminado a la espera de que llegue el día para entrar al puerto. Desde el canal de entrada, nos guiñan con insistencia boyas tercas, repitiéndonos su invitación al viaje. Un silencio profundo, sólo arrullado por el ruido de las hojas de los árboles movidas por la brisa de la madrugada, es propicio para que la inspiración baje a la frente de los hombres o ella se cargue de proyectos para la acción.

El mundo es de los que se levantan a las cinco de la mañana, se ha dicho. Y Paul Valery manifestaba que toda su producción fué escrita entre las dos luces de la madrugada, y meditaba mientras él mismo a esa hora preparaba su café.

Próximo ya el sol a su aparición, el cielo toma una coloración anaranjada, y las nubes de ese lado, iluminadas por su parte inferior, se están semejando a las que puso Fra Angélico en sus maderas del convento florentino de San Marco. El cielo tiene un color de santoral. Y en el otro extremo, en el poniente, grandes y redondeadas nubes dramáticas corren a hundirse en el mar. Castillos feudales rodeados por ejércitos de caballeros lanzados a la carga, torres, almenas, armaduras, grupos de caballos a la carrera, componen en el cielo un magnífico y grandioso friso medieval, cuya vista se están perdiendo todos aquellos que a estas horas duermen y que irán por la noche al cine a extasiarse frente a una película documental de Australia o una panorámica del Mar de la China.

Aquí abajo, en la ciudad, las últimas estrellas son llevadas por los trolleys de los tranvías para sus estaciones. Vencida por la luz solar, la oscuridad se refugia en las casas, dentro de los árboles y en el alma de los hombres que nunca miran al cielo. Ben-Hur de la madrugada, el lechero de pie en su jardinera, está haciendo su raid de abundantes etapas cortas. Hombres y mujeres envueltos en gabardinas se juntan en las esquinas a la espera del ómnibus. Una motocicleta pone su pespunte sonoro a la Avenida Brasil. Sube ya el grito de los canillitas, voceando su mercancía de papel. Son los mil ruidos que anun-

cian que la sangre de la ciudad se ha puesto a circular con su ritmo diurno.

Ya una claridad de porcelana se extiende sobre la ciudad. El Hospital de Clínicas es ahora un gigantesco palomar, gran aeródromo de palomas, sede para un campeonato mundial. Una escuadrilla de patos lentos pasa por el cielo en su vuelo matinal desde los bañados de Carrasco, donde han dormido, hasta la bahía, en cuyas aguas hallarán sustento. Más vivaces, las palomas vuelan en círculos y giran y dan vueltas y otras vueltas, todas a un tiempo, como comandadas por radar por la que va a la cabeza. De vez en cuando, aislado y solo, pasa un biguá retrasado que, perezoso, se ha quedado en la cama y debe correr ahora tras la bandada. Por la calle, también un hombre corre a un ómnibus, abrochándose el sobretodo. Pasa un autobús y, como una aspiradora, se lleva a todas las personas que estaban en la esquina.

Ya el sol asoma redondo y dorado, como en el ángulo de nuestra bandera. Triunfa por abandono sobre las sombras. Las nubes, derrotadas, se van a tirar al mar. El ruido de la calle aumenta. En una casa de apartamentos en construcción, albañiles y carpinteros componen con sus martillos un auténtico himno socialista. La ciudad ciñe a su cintura el miriñaque azul del mar. Suena el teléfono, moviendo la fina red nerviosa. Es el día que comienza. Y ya está sobre el horizonte el sol que, como un emperador antiguo o un dictador moderno, reina absoluto, soberano, relegible.

CONTEMPLADOR DE CIELOS

Fuí días pasados al Ministerio para obtener mi pasaporte, y el empleado me interrogó sobre mi nombre, edad, estado civil y otras indiscreciones. Al preguntarme la profesión, le respondí: *Contemplador de cielos.* Aquí dejó de escribir, levantó la cabeza luego de hacerme repetir la respuesta, en vista de mi insistencia, díjome que iba a consultar con su superior y que volviera la semana próxima para conocer la resolución.

Comprendo la extrañeza del empleado al conocer mi profesión, pero, sin mentir, no puedo realmente darle otra porque mi verdadera ocupación es esa: contemplador de cielos, y dentro de ella, especialista en la observación de nubes, y nadie sabe las horas que tal tarea me consume diariamente.

Américo Vespucio, geógrafo y navegante, en su tercer viaje a las Indias, bordeó las costas del litoral atlántico de nuestro continente, y hay que leer las cartas —las Cartas Américas— que entonces escribió. A medida que descendía al sur nuestro cielo le producía mayor encanto. Con verdadera exaltación describió la Cruz del Sur, cuya forma se le apareció —era un cultísimo florentino del Renacimiento— como la de un mandolino. Siempre atraído por un cielo que era cada vez más luminoso, fué el primero en pasar por lo que sería más tarde costa uruguaya, internándose en nuestro estuario y señalando el Cerro. Avanzó más todavía hasta la Patagonia y desde allí, con gran pesar, y dado que las naves estaban casi deshechas, debió volver a Lisboa. El recuerdo del cielo austral quedó para siempre en la memoria de Vespucio —y de él volvió a hablar muchas veces— al modo como permanece para siempre en la mente de un hombre la imagen de unos ojos femeninos de luminosidad singular y misteriosa.

¿Hay, pues, razón para que el empleado del Ministerio me

haya mirado de aquel extraño modo cuando yo dije que mi ocupación predominante era contemplar cielo de tal hechizo?

Hipólito Taine vivía en París, rodeado de niebla, lloviznas, bufandas y paraguas. La niebla que se levanta del Sena no deja ver el cielo. Se puede estar en París cuatro meses sin ver el sol un solo día. El autor de "Filosofía del arte", no soportando más aquel frío y la humedad y las toses, se largó un día a viajar por Italia. Y llegó así a Nápoles y, comparando su cielo luminoso y añil con el ceniza de París, repitió la frase: "Vedere Napoli"... Pero que un uruguayo, que tiene aquí un cielo superior al del Vesubio, vaya a repetir la misma frase es tan absurdo como si se doblara el bajo de su pantalón porque las calles de Londres están húmedas.

La escritora y crítica de arte italiana, Margarita Sarfatti, que vivió en Montevideo durante unos años, llegó a tener tal entusiasmo por nuestro cielo que se hospedó en un apartamento del Parque Hotel en su ángulo occidental para no perderse un solo crepúsculo. Nos decía que las puestas de sol de nuestra ciudad son a tal punto admirables que pueden competir con las de El Cairo. Sobre el Nilo y sobre el Río de la Plata — repetía— vió los más bellos crepúsculos. Y quien así hablaba había nacido en Venecia.

Todos los atardeceres, hálleme donde me halle y cualesquiera sean mis compromisos, encuentro el modo de llegar al borde de la bahía, donde en compañía de otros cielómanos, saboreamos con deleitosa lentitud ese néctar visual.

¿Mentí, entonces, cuando dije que mi profesión era contemplador de cielos?

Los libros de geografía que describen la tierra como una anatomía que sólo hablara de los huesos, dicen que las nubes se clasifican en cirrus, estratos, nimbos y cúmulos. Realmente, se clasifican en castillos, almenas, guerreros con penachos, corceles desmelenados, naos de curvadas velas avanzando en un mar de cristal, caravanas de lentos dromedarios en marcha por el desierto, tiendas asiáticas, altas montañas nevadas, que un suave y no imitado tecnicolor tiñe de variedad de blancos, de amarillos, de lilas, de rosados. Y ¿qué decir de las aves del cielo? Las gaviotas gozosas que vuelan —se las adivina— por el solo grande placer de volar. Y los patos que en correcta

formación pasan por la mañana desde los bañados de Carrasco, hasta la bahía, y, al atardecer, se les vuelve a ver, siempre muy correctos, en su viaje de retorno. ¿Y qué decir de un biguá de dos grandes alas batientes que, como un afiche del correo, cruza llevando una cartera de correspondencia? ¿Y qué de un aeroplano que pasa sobre el mar, allá lejos, como un habano de plata, sereno y recto, o es, en la noche, dos luces, rosada y blanca, que se encienden y se apagan como cosiendo con hilos de dos colores el lienzo negro que cubre el mar?

¿Tenía razón de mirarme así aquel empleado?

A Rof Carballo, médico y escritor, que vive en Madrid, no le alcanzaban los ojos para mirar nuestro cielo. Durante los primeros días de su estada en Montevideo, no podía dejar de referirse a su singular luminosidad, que explicaba diciendo que nuestra ciudad, rodeada en sus tres cuartas partes por un mar extenso, está puesta sobre un espejo que multiplica la luz que recibe. Y sus pupilas de lector estudioso, y de hombre de ciudad interior eran excitadas por tal cantidad de luz sólo comparable —decía— a las de las ciudades españolas del Levante: Almería, Alicante, Málaga.

Los altos apartamentos del Montevideo actual han hecho descubrir el cielo a mucha gente que lo ignoraba, pues llevaban una vida de termitas. Desde lo alto del Palacio Salvo o del Victoria Plaza se advierte cuán grande es nuestra riqueza en cielo. Quien desde allí presencia un atardecer, no siente la necesidad del cinemascope ni de la pantalla panorámica. En la mitad occidental del cielo está puesto el caballete y, sobre él, el lienzo donde a grandes pinceladas se está pintando una grandiosa acuarela. Ópalo, jaspe, nácar. Rosas, lila, esmeralda. Índigo, naranja, violeta. Haces rectilíneos de luz más intensa y clara enviados por el sol ya hundido en el mar, son las varillas de un grandioso abanico que se está desplegando en lo alto del cielo para gloria de los ojos de los hombres, aquí abajo.

Todo esto pienso decirle al funcionario consular y quizás algunas cosas más que todavía se me ocurren. No sé si las aceptará y, a la postre, deba poner una profesión corriente. Empleado, periodista o médico.

NECESIDAD DEL HUMORISMO

El uruguayo, cuando habla, es dicharachero, alegre, festivo y es notoria su tendencia a la broma zumbona. En cambio, cuando escribe, lo hace siempre en tono serio, llegando hasta lo solemne.

Escuchad las conversaciones que os llegan en los cafés, los clubes, el hall de los teatros, las tribunas del Estadio. El relato de la anécdota graciosa, política, social o deportiva, la serie de los clásicos cuentos color clorofila y el permanente telón de fondo de la cachada sacuden su diafragma, ponen brillo en los ojos, distienden su boca en la risa o en la carcajada. Pero cuando escribe... Revisad la obra "Proceso Intelectual del Uruguay" de Alberto Zum Felde. Sobre un total de 144 intelectuales —escritores y poetas—, se encuentra sólo un humorista.

¿Qué ocurre para que, cuando en la expresión de sus pensamientos pasa el uruguayo de la exteriorización verbal a la forma gráfica, se trueque lo gracioso en lo serio, como tuviera una boca alegre y una mano grave?

Nuestra propensión a lo solemne y patético es tal que Montevideo fué la ciudad de América donde el romanticismo tuvo su brote inicial. Esteban Echeverría, que acababa de llegar de Europa, trajo en 1840 el contagio, y grande fué la difusión, pues encontró un terreno apto. (No se ha reparado en este aspecto gracioso del romanticismo sudamericano: el movimiento europeo tomó los temas exóticos de países remotos, continentes lejanos. Aquí tomamos los mismos temas sin advertir que para nosotros no eran lejanos ni exóticos: cautivas, indios, amores contrariados entre enamorados de distintas razas o nacionalidades). Más tarde, en toda la segunda mitad del siglo XIX, la producción literaria tiene un acentuado carácter oratorio, aun en la novelística y en la poética. Esto se traducía

también en la política. Los oradores parlamentarios repetían frases y actitudes de los modelos revolucionarios de las Convenc ones Francesas. En la época de Juan C. Gómez, decía uno de ellos en la Cámara: —¿Si me preguntáis qué hemos hecho, os responderé como Sieyes: ¡Hemos sufrido! Y en la primera mitad del siglo actual, la influencia de Rodó ha sido tan grande que suman centenares los ensayos de carácter magistral, profético, arielista. Volvemos a preguntarnos a qué es debido ello.

A tal resultado confluyen una serie de factores, pero, a nuestro juicio, dos son los principales. Por una parte, la herencia del carácter hipánico tan inclinado al discurso severo, la oración académica, la declaración solemne, el sentimiento trágico de la vida. Y, por otra parte, la etapa todavía adolescente de nuestra evolución cultural. El adolescente se toma de grandes palabras solemnes, en la inseguridad que todavía padece. El humor requiere una seguridad, y se llega a él cuando se supera, al mismo tiempo que aquella etapa —y quizás como consecuencia de ellos— el grado de vanidad y el narcisismo a que recurre un ser inseguro para su autoafirmación.

Ya hemos oído a algún candoroso profesor de optimismo afirmar que el humor inhibe a la acción. Pero, preguntemos: ¿a qué clase de acción? A la de categoría postiza, irritante o injusta. Pero deja, y reforzada, la verdadera, la noble, la auténtica. Resulta así el humorismo un análisis que separa de una solución los elementos no puros, y reprocharle su obra de depuración resulta tan absurdo como ser severo con los filtros que detienen las sustancias extrañas de una suspensión. Por otra parte, el gran consumo actual de las obras humorísticas traduce que también el lector siente la necesidad de una realidad evadida de las clásicas tres dimensiones.

El humorismo ha revelado que las cosas tienen, además de altura, ancho y espesor, una cuarta dimensión: el revés. ¡Y qué graciosos que resultan dados vueltas un guante, un saco, una persona importante! Descubre también aspectos de las cosas que pueden ser verdaderas y en las que no se había pensado. La *tontería* es todo lo que no tiene posibilidades para el humor. Son las cosas y personas sin elasticidad, sin gracia, con sólo peso, y a las que las gentes ya llamaban *pesadas*.

Naturalmente que nadie es humorista por receta o decreto, y no creemos que exista un libro que enseñe a serlo en quince lecciones. Pero sí afirmamos que el humor existe inhibido en el espíritu de numerosas personas, y son todas aquellas a las que nos referimos al principio de este capítulo: regocijantes y buenos reidores cuando hablan, no lo son cuando escuchan o actúan en público. Nuestros compatriotas se han quitado ya aquel cuello duro, llamado "pajarito", cuyas rígidas puntas herían su mentón, pero mantienen todavía, por hábito, la postura de solemnidad a que los obligaba aquella prenda. Creemos que nadie pondrá en duda la conveniencia de que también al espíritu se le saque el cuello duro.

Como llegan las arterias a su esclerosis por pérdida de la elasticidad, se puede llegar también a una esclerosis del entendimiento por excesivo uso de la realidad. Si ésta no deja al individuo un margen para ilusionarse, soñar, o reírse, termina en la cristalización, esto es, *enloqueciendo de cordura.* Creemos ocioso aclarar que no es exclusivamente en el campo de la creación artística que se puede junglar con la realidad, sino en todos los órdenes de la actividad, y aun en aquel que parecería más alejado de todo ensueño: las finanzas. El financista que ha triunfado lo ha hecho porque ha transformado en realidades lo que sólo tenía categoría de posibilidad.

En tal sentido toda primera hipótesis de un sabio o de un explorador es un acto de humorismo, pues no acepta lo falsamente convencional de la realidad vigente. Al punto que a tales actitudes iniciales llámaselas *humoradas.* Colón hace humorismo a los cuatro continentes reconocidos. Einstein a los elementos inmutables. Fleming a los microbios (y sir Fleming era un maestro del humor también en la vida corriente).

El humor distorsiona las formas de la realidad, pero no al modo que lo hacen los espejos cóncavos y convexos, que dan de la figura humana aspectos grotescos, risibles y absurdos. En tales imágenes se cumplen objetivamente las leyes físicas de la reflexión que empequeñecen o aumentan —deformando, pues— las dimensiones reales en su totalidad. En el humorista, en cambio, la acentuación se hace sobre *las líneas de fuerza* de los objetos y de las personas. Descubrir esas líneas esenciales, ese sentido e intención de las cosas y de los seres

es la función y el privilegio del humorista, y en ello tiene de común con el poeta —es una delicada función de captación y de selección— y, con el plástico — se trata de líneas, de proporciones, de matices y de ángulos.

Cuando se vive en un mundo donde la realidad deja poco espacio para soñar, el humor llega a constituir el resorte necesario para el equilibrio intelectual. Es siempre una baraja suplementaria de que se dispone y con la cual el humorista se libra de caer derrotado por la decepción, el malhumor o la pena. Se ríe así de aquello que, sin esa risa o sonrisa, produciría dolor, agresividad o tristeza. Tal válvula de seguridad —al modo de los clásticos de los vehículos— asegura su "duración". Hemos visto abreviar la obra y hasta la vida de muchas personas por ausencia de ese dispositivo de seguridad. Por tales razones propugnamos por la creación en nuestro país de Servicios Públicos de Humorismo, destinados —al modo como ya se hace con los de plasmas de transfusión y las carpas de oxígeno— para socorro urgente de los necesitados.

Y POR EL SUR EL RIO DE LA PLATA

DESPUÉS de varios años de permanencia en el Río de la Plata y a causa de la influencia de los mismos factores geo-telúricos que actuarían más tarde también sobre nosotros, el gobernador Bruno Mauricio de Zabala llegó a tener las mismas cualidades de nuestro carácter rioplatense, y, entre ellas, el hábito de dilatar todo lo posible el cumplimiento de una obligación y, luego, realizarla precipitadamente cuando ya no se puede postergar más, como si se encontrara en la proximidad del término el excitante necesario para la acción. Felipe V en varias misivas reales le repetía desde 1716 la necesidad de fundar un fortín en la margen izquierda del río con el fin de impedir que los portugueses le siguieran sacando el cuero. Zabala dejaba pasar el tiempo, y sólo cuando ya tuvo encima el 24 de diciembre de 1726 —que es la fecha en que se celebraría después la fundación de Montevideo— se decidió a cumplir apurado aquella orden real.

Le gustaba este paraje. Tenía una bahía con una isla y un cerro. Tenía leña y buena aguada. Y había sobre todo una península rocosa fácil de defender con una ciudadela. Y fundó no más la ciudad. Así, sin estudio previo del índice epidemiológico ni lectura de lo que se había escrito sobre los partidos tradicionales. Sin análisis del subsuelo para ver si era apto para el cultivo de subterráneos. Y a causa de no haberse tomado esas meddas preliminares, dimanó después todo lo que después dimanó. Algo de lo cual ahora veremos.

El primer error fué ubicar la costa de un país que iba a ser de turismo, sin protección alguna para los fuertes anticiclones que afectarían su clima, haciéndolo inestable y saltarín.

Como es sabido, los anticiclones que afectan nuestro país son de dos orígenes: uno que penetra por la cordillera de los Andes, atacando primero las latitudes medias, y se corre después hasta el Neuquén para efectuar su trayectoria hacia el noreste (Pampero); y otro que penetra por el territorio de Magallanes y regiones Antártidas y es al que alude el boletín meteorológico cuando dice: "una masa fría de aire polar avanza sobre nuestra República".

Ya en otra parte nos referiremos a los cambios bruscos de temperatura cuando el viento toma de golpe la dirección sur. El termómetro desciende entonces hasta 10 grados en el término de pocos minutos. Este y otros factores eran las causas de un clima inestable e imprevisible, lo que preocupó, como es natural, a la Comisión Nacional de Turismo, que realizó largas y laboriosas sesiones procurando la solución de tal problema. Finalmente, se resolvió enviar miembros observadores a estudiar cómo hacían las zonas de turismo europeo para liberarse de males análogos a los que aquí se sufrían. Niza, Cannes, Montecarlo, Mallorca, fueron los sitios de estudio.

Todos los informes coincidieron en la solución que aconsejaban. En la Costa Azul se disfruta de una temperatura uniforme porque los vientos fríos que bajan del norte, procedentes de Europa Septentrional, son detenidos por la barrera de los Alpes. Sin los Alpes Marítimos que la protegen por el norte, Niza y Cannes estarían tan friolentas como desnudas. Lo mismo ocurre en Mallorca, donde las montañas de Artá, situadas paralelamente a la costa norte, detienen al Mistral, viento frío y fuerte que procede del valle del Ródano y, de este modo, las Islas Baleares ofrecen un clima templado permanente. La solución salvadora era, pues, construir junto a nuestra costa sur una barrera que nos defendiera de los vientos helados. Y bien, saltemos las etapas por todos conocidas. Ahí están, como dos cerros costeros, de un lado, el llamado cerro de Montevideo, y, del otro, el Pan de Azúcar, los dos cabezales de esa gran obra emprendida hace años y que quedó allí detenida porque los rubros votados para su construcción se agotaron en el nombramiento de personal. Como la carretera a Rocha, la Biblioteca Nacional y la Sinfonía Inconclusa.

Por otra parte, nada más variable que la lluvia que cae en nuestro país. En Montevideo, el año 1914 arrojó como promedio anual la cantidad de 2400 milímetros —cifra muy alta—, en tanto que en el año 1912 dió sólo 440, esto es, casi la sexta parte. Años de grandes lluvias alternando sin orden alguno con períodos de sequías es otra de las características variables, irregulares de nuestro clima, que hace imposible toda previsión.

También es muy variable el modo de llover: unas veces, en forma torrencial; otras, en persistentes garúas o en repetidos aguaceros. En torno a nuestra ciudad y en campaña es dable observar cómo el agua de lluvia que se junta en las partes más bajas forman cañadas y arroyuelos que se secan tan pronto cesa la lluvia, pero que adquieren un caudal notable mientras dura aquélla. Esto es propio, en especial, de terrenos de fuerte declive —por ejemplo, Montevideo, a uno y otro lado de la cuchilla de Juan Fernández—, ofrece espectáculos de observación corriente después de cada lluvia torrencial. Se forman caudales de agua tan grandes que impiden y detienen el paso de un auto. Pero, basta con esperar el transcurso de pocas horas para que se les pueda pasar a pie o juegue en ellos un niño con barquichuelos de papel.

Como una consecuencia de esto, y por un paralelismo psicoclimatológico, abundan en nuestro país los caracteres de *fuerte pendiente,* quienes luego de un violento torrente pasional en que parecen van a devorar a su contrincante, tienen un período de calma bonanza en que lo invitan a tomar un café. Claro está que aquellos médicos que creen que una persona termina en su piel, explicarán este y otros cambios por el hígado, la presión o el reuma. Pero hoy día se conoce bien el mecanismo fisiológico por el cual el frío, el viento y la humedad influyen sobre el estado del humor de una persona. Y la palabra malhumor cobra así una doble realidad: caracterológica y química.

Bruno Mauricio de Zabala fundó nuestra ciudad en 1726, y se fué. No volvió más a Montevideo. Pero los uruguayos no tenemos el perdón fácil, y nuestra memoria es excelente. La venganza ha sido tan cruel como merecida: ahí está don Bruno en su monumento a la intemperie, expuesto noche y día a los mismos vientos y a las mismas lluvias a que nos condenó a todos.

LA EDAD DEL CUERO

Como si en las costas de lo que sería después nuestro país hubiera letreros que dijeran *"Tierras sin ningún provecho"*, los primeros exploradores y adelantados pasaron junto a ellas sin que despertaran su interés. Los primeros navegantes buscaban el camino directo hacia la Isla de las Especias. Tal fué el propósito que trajo a estas costas, primero a Américo Vespucio (1502), luego a Solís (1516) y a Magallanes (1520). La misma ruta llevaba Gaboto (1527), pero, seducido por las muestras de oro que se le presentan, cambia la dirección de su viaje y no va ya hacia las Molucas, sino que se dirige al camino del oro. El Alto Perú va a ser durante varias décadas la Meca del Oro, y en todo el siglo XVI los españoles desprecian el partido que se puede sacar de las tierras del río de la Plata, donde, por otra parte, habitan indios indómitos guerreros.

Sólo cuando se agotaron las fuentes del oro, en especial, el Potosí, se ponen las miradas en las márgenes del Plata. Y en 1607, procedente de Asunción, el gobernador Hernando Arias de Saavedra trae a nuestro país ganado vacuno y caballar, y en carta dirigida al Rey "es el primero en hacer una magnífica descripción de nuestro suelo, haciendo resaltar sus bellezas, sus riquezas naturales y su espléndida posición geográfica". La visión y la acción de Hernandarias resultaron proféticas, y a ellas se debe nuestra riqueza nacional.

Y a tal punto se extiende y difunde la ganadería, que ella va a ser el centro y eje de nuestra vida nacional, en especial, durante el siglo XVIII, llamado por Alberto Zum Felde muy certeramente, *"la edad del cuero"*.

"Las puertas de las casas —dice el ilustrado escritor compatriota—, los cofres, los canastos, los sacos, las cestas, son hechos de cuero crudo con pelo, y aun los cercos de los jardines

y los techos están cubiertos de cueros; los odres para el transporte de los líquidos, las arganas para el de las sustancias, la tipa o bolsa para guardarlas, las petacas para asientos y cofres, los arreos del caballo, los arneses para el tiro, el lazo, las riendas tejidas. A estos usos hay que sumar el sombrero panzaburro, la cubierta de las carretas, los tientos para enastar las puntas de las tijeras en las chuzas, la bota de potro, el cojinillo y la pelota para cruzar los ríos. Antes se utilizaba el cuero que el barro en las construcciones. Un viajero jesuíta que vió en construcción la ciudad de Montevideo en 1727, nota dos casas de material y cuarenta de cuero. Cuando las invasiones inglesas, los defensores tapan la brecha de la muralla con montones de cuero. Si a todo esto se agrega que el principal y casi exclusivo comercio de exportación es el del cuero crudo, se comprende que bien puede llamarse a esta época del país Edad del Cuero".

Durante el siglo XIX, la independencia trajo consigo el desarrollo de diversidad de industrias, y no tuvo el cuero ya aquella exclusividad. Y es recién en la primera mitad del siglo actual que tiene lugar *un renacimiento de la edad del cuero.* Sobre aquellas gramillas cuyo valor destacara Hernandarias y con una esfera hueca de cuero introducida 200 años después por un colonizador inglés llamado William Poole, y haciendo rodar este cuero sobre aquellas gramíneas, se inicia una nueva actividad nacional, denominada *fútbol.* También la visión y la acción de míster Poole resultaron proféticas. Primeramente en manos, quiero decir en pies, de súbditos ingleses, pronto fué practicado por los alborígenes quienes con la misma habilidad con que habían realizado las tareas de a caballo y el lazo, lograron suma pericia en este otro trabajo de cuero.

Los nativos del Uruguay pusieron en esta nueva actividad una dedicación y un celo que no habían mostrado todavía para otra clase de trabajos y lograron destacarse como lo pusieron de relieve competencias exitosas en los países vecinos. Se pensó entonces en su importación y el primer intento, en la Feria de París, en 1954, tuvo un éxito extraordinario que cambió por entero la economía del país. Desde entonces, estos trabajos en cuero fueron no sólo la actividad predominante, sino motivos de patrióticas satisfacciones, reafirmadas por nuevos éxitos

en la Exposición Internacional de Amsterdam (1928) y en la del Centenario, en Montevideo (1930).

Tuvo lugar así *una nueva Edad del Cuero*. Hábiles técnicos competentes en esta clase de trabajos, fueron contratados con primas fabulosas para trabajar en Italia, Francia, España. La propia Inglaterra, siempre tan orgullosa y país de origen de tal actividad, debió reconocer tras repetidas demostraciones que aquí se trabajaba mejor el cuero, pues se hacían con él labores de repujado y fino macramé hasta entonces no conocidas.

Este Renacimiento culminó en 1950 en la Feria das Mostras de Maracaná, Río de Janeiro, donde los trabajos de los artífices uruguayos obtuvieron otra vez el cetro de la industria. Pero al modo como los magníficos palacios de Asiria y Caldea se redujeron a polvo y de toda la civilización egipcia queda sólo la sombra de un compás sobre la arena, ¡ay!, en la Exposición Mundial de Suiza, 1954, aquel cetro que detentamos durante 30 años se debió entregar a otros pies más hábiles. Técnicos alemanes mediante científicos estudios de laboratorio, llegaron a producir sintéticamente un producto plástico que reemplaza a nuestro cuero. ¿Será afectada nuestra economía por la depreciación de nuestros técnicos y llegaremos al abandono del patrón cuero? ¿O llegará a tener un nuevo auge nuestro cuero, que tuvo su edad de oro en el siglo XVIII y su renacimiento durante 30 años del siglo XX?

Los dirigentes tienen la palabra.

VERANO Y TURISMO

Ha comenzado el período de las playas y ya se ven sobre la arena cuerpos tostándose al sol. Un amigo que viene de la playa de Pocitos, donde encontró los mismos concurrentes de la temporada última, me ha dicho: "No hay nada nuevo bajo el sol". Y al decir esta frase original —que está llamada a difundirse y quizás hasta a ser traducida al latín— no sabe la gran verdad que ha dicho.

Nada hay nuevo bajo el sol. Si se estudian los hábitos de los más primitivos habitantes de esta región —es decir, los charrúas— se ve que ellos hacían durante el verano y el invierno, hace más de 500 años, lo mismo que actualmente hacemos nosotros. En el verano bajaban a residir en sus paraderos de las costas de las playas, atraídos por la frescura del baño y de la brisa costera. Así lo atestiguan restos de cocina encontrados en tales paraderos con huesos de pescados y valvas de mariscos. Con el comienzo de los primeros fríos, los indios retornaban a los valles serranos y al resguardo de los montes interiores, algunos a cuevas y grutas. Los cronistas sociales escribían ya entonces, pero naturalmente en idioma guaraní, en "Hemos visto", notitas como esta: "Se trasladó a su elegante paradero en la playa el cacique Buricupayá y señora, acompañado de su numerosa prole". "Finalizada su temporada de descanso veraniego, el conocido jefe Ñangaraté y familia han pasado a ocupar su residencia de invierno en la cueva La Salamanca, en Aiguá". Digamos al pasar que cuevas y grutas fueron las primeras propiedades horizontales en el país.

Vemos, pues, qué antiguos antecedentes tienen las crónicas actuales en las que se da cuenta de las fluctuaciones estacionales de nuestro mundo social, político y comercial. Ya hace siglos los indios hacían lo mismo. Y queremos aclarar bien que

al decir los indios nos referimos a aquellos antiguos, ya desaparecidos hace siglos. Y no aludimos a estos que en la actualidad en nuestras playas se lanzan, sudorosos y gritando, en malón detrás de una pelota, atropellando a las gentes, pisando criaturas, volteando sombrillas. El grito de: "¡Oh los indios! ¡Los indios!", con que son recibidos por las personas atropelladas es sólo un remedo atávico del grito lanzado por sus bisabuelos frente a los malones indígenas de antaño. (Véase "Voces indígenas del Río de la Plata en las canchas de la B").

Desde la creación de nuestra tierra, el verano fué así destinado al asueto y la diversión. Verano es así sinónimo de solaz y esparcimiento, como lo revelan las expresiones *horario de verano, locos de verano, cursos de la Universidad de verano.* Nadie que se precie hace nada serio ni importante en el verano. Ni lo ha hecho nunca durante esta estación, en todo lo largo de nuestra historia. Ved, si no, cuándo han tenido lugar las batallas, las cruzadas libertadoras, la jura de la constitución, la declaratoria de la independencia y otros hechos de grande repercusión. Nunca en el verano. Todo después de la Semana de Turismo.

Repasemos juntos H.D. Batalla de Las Piedras: 18 de mayo. Batalla del Rincón: 24 de setiembre. Batalla de Sarandí: 12 de octubre. Jura de la Constitución: 18 de julio. Declaratoria de la Independencia: 25 de agosto. También en Buenos Aires: en 1810 las Juntas revolucionarias dejaron pasar los bochornosos días del verano porteño, húmedo y caluroso, y recién cuando refrescó algo, el 25 de mayo, hicieron la conocida declaración. Las Cruzadas Libertadoras, tanto la de Lavalleja (1825) como la de Venancio Flores (1863) fueron realizadas a mediados de abril.

Diciembre, enero, febrero y hasta marzo son meses que desde que existe nuestra tierra no cuentan en la parte positiva de nuestra historia. Durante ellos, hace siglos, los indios se trasladaban a sus paraderos sobre la arena de las costas. Nosotros realizamos en las mismas arenas festivales cinematográficos y elecciones de Mises en atavíos semejantes a las indias. Tiene razón mi amigo. Nada hay nuevo bajo el sol. Ni en Pocitos ni en la Coronilla. A despecho de los trolley-buses y de los semá-

foros, del cinemascope y la televisión, de los aviones a chorro y las heladeras a plazos, seguimos haciendo a la misma hora las mismas cosas que aquí mismo hacían los antiguos en los viejos tiempos de María Castaña.

LA VENTANA DE NEUQUÉN

A un europeo que vivía en nuestra ciudad desde hacía unos meses le preguntábamos su opinión sobre nuestro clima. Nos respondió, a su vez, con una pregunta:

"Pero ¿ustedes tienen clima?"

Si por clima se entiende cierta estabilidad y permanencia en las condiciones meteorológicas, evidentemente no tenemos clima. Las geografías de texto repiten que nuestra temperatura es templana, 16°, porque éste es el término medio entre nuestra mínima invernal — 4° y la máxima estival, 40°. Que es lo mismo que decir que un vagabundo de la Rambla Sur percibe una renta mensual de 180 pesos porque éste es el término medio que dan las estadísticas si se divide la cifra total de los réditos por el número de habitantes de nuestra ciudad.

Evidentemente no tenemos un clima estable característico. Jean Luis Saurel, médico de la Marina Francesa que permaneció en Montevideo durante la Guerra Grande, dejó escrito, ya en 1845, que "en esta ciudad en el curso de las 24 horas se pueden experimentar las cuatro estaciones". Esta expresión ha sido repetida después muchas veces y lo sigue siendo. Es habitual, que entre la temperatura de mediodía, y la noche, haya 10 o más grados de diferencia. Las gentes que salen de sus casas por la mañana y deben permanecer todo el día fuera de ellas no saben qué ropas llevar. Nadie puede asegurar a las 11 de la mañana qué tiempo hará al anochecer. Porque en cualquier momento empieza a soplar un viento que reparte por la ciudad resfríos, estornudos, semillas de plátano y conferencias.

Generalmente al atardecer sopla del mar una brisa fresca que obliga a los habitantes de la ciudad a guarnecerse en locales cerrados, lo que es aprovechado por gentes que quieren

hablar mucho sin ser interrumpidas para dar conferencias. La gran capacidad receptiva de conferencias que tiene el montevideano y que sorprende tanto a los europeos, obedece a una razón climatológica. La prueba es que cuando hace buen tiempo, en verano, por ejemplo, no hay conferencias. Éstas y la gripe aparecen con los primeros fríos otoñales.

Nuestra ciudad está catalogada por los extranjeros como una de las más ventosas del planeta, Ya hablaremos de los vientos propios que tiene Montevideo, además de los del cuadrante. Digamos ahora cómo influye tal fenómeno meteorológico sobre el carácter de las personas más estables, volviéndolas irritables, malhumoradas, bruscas, impulsivas.

Un conocido médico francés, Mouriquant, creó una importante rama de la climatología médica que denominó *meteoropatología,* y en su Instituto de Lyon estudia los efectos de los elementos climáticos sobre las diversas funciones del organismo humano. Por su parte, Van der Elat fundó la *psicoclimatología,* que estudia la acción de los factores meteorológicos sobre el psiquismo y su influencia sobre la actividad cerebral. En nuestro país, Eleazar Guiffra, en su última obra, "La circulación de la atmósfera en el hemisferio sur", expone los factores que determinan que Montevideo padezca tales cambios bruscos de temperatura y sea sometida a enfriamientos rápidos, acentuados y persistentes.

Existe en el Pacífico Sur entre los 22° y 32° un núcleo de alta presión que despide una oleada aérea, la cual, en su marcha hacia el Este, va a chocar con la Cordillera de los Andes que a esa latitud le opone la barrera infranqueable de sus altas cumbres. Tales masas de aire, buscando su paso, se corren al Sur y recién pueden atravesar la Cordillera a los 40° por una escotadura a la altura de la provincia de Neuquén. Enfriadas por su contacto con las nieves andinas, se lanzan impetuosamente desde allí con dirección SO a recuperar de nuevo el paralelo por el cual venían. Y quiere, para nuestro destino, que deba pasar exactamente sobre la ciudad que en 1726 fundara Bruno Mauricio de Zabala y que luego ampliara Francisco Piria. Y henos aquí, a nosotros, montevideanos, ajenos al Pacífico, a Neuquén y al paralelo 40°, sufriendo las consecuencias de todo ello y condenados a vivir frente a este descomunal

ventilador que si bien en enero y febrero refresca la temperatura, en los meses restantes es causa de tales efectos que, impresionado por ellos, Eugenio Garzón desde París llamaba *sobrevivientes* a sus compatriotas que se mantenían en pie.

Justamente, a causa de la influencia de los factores mesológicos —temperatura, viento y humedad— sobre el psiquismo, es muy difícil en nuestro país saber en qué estado de ánimo se va a encontrar a una persona en determinado momento. Es de continua observación el hecho de la modificación del carácter del montevideano en el curso del día. Una persona es por la mañana cordial, alegre, dicharachera y nos da cita para proseguir en el atardecer la conversación. Pero, a tal hora parece otra persona: nerviosa, apurada, huidiza, con pocas ganas de conversar. Y nos trae a la memoria a aquel amigo rico de Chaplín, en su película "Luces de la ciudad", que sólo conocía a su amigo vagabundo y lo llevaba a su casa con cordialidad cuando estaba en alto grado etílico, pero despejado, hacía retirar a ese extraño por los lacayos.

Todo esto que llevo dicho ya lo saben —y mejor que yo— quienes deben solicitar algo a personas influyentes, políticos, directores, empresarios. No los abordan directamente. Se informan antes por el personal "cómo está hoy el doctor". Y si le dicen que se ha fumado en poco tiempo una caja de cigarrillos, que respira ruidosamente por las narices dilatadas o le pegó un puntapié al canasto de papeles, se alejan y prefieren venir otro día.

Como vemos, no alcanza para abrirse camino junto a esos directores haber leído el manual de urbanidad, saber de qué cuadro de fútbol es partidario ni haber votado la misma lista. Es necesario, además, disponer de un barómetro y saber cuándo ha habido cambios bruscos de presión atmosférica motivados por descensos súbitos de temperatura o variaciones en la dirección del viento. Todo ello hasta que le pongan postigos a la referida Ventana de Neuquén. Porque nunca ha producido tantas perturbaciones una ventana que hasta ahora no pasaba de ser un tema para pintores, poetas y enamorados.

LOS VIENTOS DE MI TIERRA

Un inspirado poeta peruano cantó con encendidas estrofas a los elementos cólicos de su país:

"¡No hay nada en el mundo, ni el sol ni la guerra
como los salvajes vientos de esta tierra!
Ni el acuchillado perfil de la sierra,
ni el rayo que vibra, ni el trueno que aterra,
ni el mismo relámpago que se abre y se cierra
y el mar que en las playas se aferra... se aferra!..."

Nuestros vientos no tienen el prestigio del Simún del Sahara, el Siroco del Mediodía de Italia, el Mistral del valle del Ródano. Pero, no obstante no haber sido cantados todavía por los vates locales, tienen características, algunas de las cuales están en los libros de geografía y otras no. Ya hemos dicho que las variaciones bruscas de la temperatura (y del carácter), que nos son propias, son provocadas, en buena parte, por los vientos, siendo los principales los del SO. N. SE. y E.

Como es sabido, el viento del SO. el *Pampero,* frío y seco, tiene su origen sobre el Océano Pacífico, atraviesa los Andes por la Ventana de Neuquén, cruza la Pampa donde descarga su humedad y sopla sobre Montevideo durante dos o tres días seguidos, despejando el cielo de nubes y poniendo ventiladores en todas las esquinas de la ciudad.

El *Viento Norte,* húmedo y muy caluroso, produce un estado atmosférico muy desagradable, terminándose al cabo de un par de días con un estado tempestuoso con lluvia, truenos y relámpagos. Su acción molesta se hace sentir especialmente sobre los jefes de oficina, amas de casa, guardas de ómnibus, críticos de arte y neurasténicos.

El viento del SE. llamado *sudestada,* trae generalmente lluvias y nieblas. Las sudestadas son frías y van acompañadas en invierno de lloviznas. Ya veremos cuando hablemos de la navegación en el Plata, que las sudestadas constituyen uno de los factores adversos por que encrespan las aguas.

En la costa sur, además, se producen por la tarde brisas procedentes del mar, llamadas *virazones* que enfrían varios grados la temperatura. Por efecto de estos virazones muchas personas, no obstante sus mejores propósitos, sienten enfriar sus convicciones anteriores y varían a veces hasta 180 grados en el plano de sus convicciones sociales, políticas y sus actitudes frente a diversos problemas.

Tales son los vientos que figuran en los textos de geografía. Pero, además de ellos, Montevideo tiene sus vientos propios. El principal es el viento del Palacio Salvo.

Paraos una tarde de viento en la esquina de 18 de Julio y Andes y, al mismo tiempo que vuestra temperatura desciende bruscamente, seréis tomado por un violento remolino que arranca y eleva en el aire sombreros, diarios, hojas secas, cabellos postizos, ideas falsas, sentimientos insinceros. Se cumple allí el principio eólico que hemos descrito con el nombre de "Ley de Salvo" y que dice así:

"La presencia de un obstáculo al paso del viento, hace que éste se arremoline tras aquél, formándose un tornado de fuerte tiraje ascendente".

Este principio hace que en la esquina del Palacio Salvo esté instalada "La Catedral de las Pulmonías" que tiene 40 sucursales en la ciudad. En efecto, al pie de cada rascacielo y de toda casa de apartamentos pasa lo mismo. Generalmente, coincide tal remolino ventoso y frío con el sitio destinado a una parada de ómnibus y tranvías. Pese a los esfuerzos de la Dirección de Tránsito, todavía hay algunas paradas que no coinciden con remolinos.

También nos pertenece la enunciación del "Principio del Victoria Plaza" que dice así: "Cuando el viento en su marcha arrolladora encuentra dos edificios altos próximos, forma entre ellos un tubo aéreo de muy fuerte tiraje horizontal, en especial, si es absorbido por una extensa plaza, con la que forma entonces un embudo invertido".

Si el alumno no comprende el enunciado de este principio, que vaya a pararse un día de viento en la calle Ciudadela y Plaza Independencia. Irá a incrustarse en los bajorrelieves del monumento a Artigas, encontrándose allí en compañía de otras personas que se van de Montevideo porque ya no pueden con el viento.

Generalmente los textos de geografía terminan el capítulo de los vientos refiriéndose a la erosión eólica, y se acostumbra poner como ejemplo de ella el rostro de la Esfinge de Egipto, gastado en sus ángulos salientes, no obstante su estructura pétrea. El rostro de muchos montevideanos que se paran en las esquinas de la Avenida 18 de Julio, puede servir de ejemplos locales al alumno ahorrándole un viaje hasta la vieja Esfinge.

La violencia y variabilidad de nuestros vientos pueden contribuir a explicar las mismas cualidades en el carácter del uruguayo. Ésta es una ciencia llamada "Geopsiquia" y a ella nos referiremos en el próximo capítulo, donde se demuestra —entre otras cosas que verá quien leyere— cómo otro hubiera sido el final de Juan Díaz de Solís si hubiera conocido esta ciencia que estudia el carácter humano como una consecuencia del tiempo, clima, suelo y paisaje.

SI SOLÍS HUBIERA SABIDO

No debemos abundar en ejemplos para demostrar las dificultades que para la navegación en nuestras costas oponen las grandes pamperadas y sudestadas que, bruscamente, y con mucha fuerza, soplan a la entrada del Río de la Plata. Recientemente, el yatch "Blue Disa", tripulado por cuatro compatriotas y que con toda tranquilidad había hecho su travesía desde Inglaterra, debió soportar al aproximarse a Montevideo la parte más difícil y arriesgada de su viaje, viéndose obligado, por el violento temporal que se levantó súbitamente, a regresar desde la Isla de Flores a Punta del Este, donde halló refugio. Hace pocos años, Vito Dumas, en la etapa terminal de su vuelta al mundo que realizaba con todo éxito, encalló en las costas de Rocha.

Son testimonios de la bravura del mar en nuestras costas los restos de naufragios que se encuentran en ellas. Quienes realicen por la playa el viaje entre la Coronilla y Río Grande del Sur encuentran buen número de cascos de barcos náufragos. En los cabos y en las playas de la costa de Rocha y de Maldonado existen siempre barcos que han encallado. En la obra de Carlos Seijo, "Maldonado y su región", la sola enumeración de los siniestros marítimos en esas costas ocupa varias páginas. Y es por todos conocido el libro de don Antonio Lussich donde relata los más célebres naufragios que socorrió con su flota de salvataje.

Islas, arrecifes, puntas y cabos son los sitios donde quedaban presos, destruyéndose, impresionante cantidad de barcos, aún mismo después de la colocación de los faros del Polonio, Cabo Santa María, Islas de Lobos y de Gorriti. Por ello, es admirable la buena intención de un vate compatriota que, a principios de siglo, desde el pie de la Torre del Vigía, en Maldonado, dijo estos ripiosos versos:

Ya estoy en la planicie; al pie de la atalaya
Donde la vista abarca conjunto seductor,
Tu faro, tu bahía donde jamás encalla
Y tu isla de Gorriti de náyades mansión.

Lo de jamás encalla es una licencia poética a la que debió recurrir el autor obligado a encontrar el consonante de atalaya. El capitán del "Chios", barco griego en reparación en nuestros astilleros después de estar encallado en Punta del Este, no recitará con igual entusiasmo la referida cuarteta.

Ya hemos dicho que la navegación del Río de la Plata se vuelve peligrosa por la brusquedad con que se levantan muy fuertes temporales. Un rápido descenso barométrico, un súbito cambio en la dirección del viento, y lo que era un mar calmo y apacible se convierte en un torbellino tan brioso y endemoniado que ha hecho que a nuestro río muchos pilotos le llamaran "el infierno de los navegantes".

Carlos Darwin, el célebre naturalista inglés que permaneció varios meses en estos parajes, opinaba que las cercanías del Río de la Plata parecían estar sujetas a los fenómenos eléctricos y que, de acuerdo con lo que había podido observar en sus diversos viajes, los temporales eran muy comunes cerca de la desembocadura de los grandes ríos a causa de que la mezcla de cantidades considerables de agua dulce y salada perturba el equilibrio eléctrico.

Muy recientes investigaciones confirman y amplían tales opiniones científicas de Darwin. La costa meridional de nuestro país está situada directamente frente al Polo Antártico y sufrimos su influencia que se traduce en la llegada de masas polares de aire que durante varios días enfrían nuestra temperatura de un modo manifiesto, y al arribo de corrientes marinas como lo revelan los pingüinos que llegan en ellas hasta nuestras costas oceánicas. Pero, esos dos elementos: masas de aire y corrientes de agua, que eran conocidos suficientemente por nuestros geógrafos desde hace años, no son los únicos elementos polares que nos alcanzan con su influencia, y la moderna física nuclear, tan desarrollada a partir de 1938, revela hoy día de un modo concreto la influencia, mediante radiaciones medibles, de la zona antártica sobre las zonas vecinas.

El estudio de tales influencias fué el objetivo principal de la reciente expedición científica estadounidense a la Antártida. Durante los meses de enero y febrero de 1955, un grupo de hombres de ciencia, a bordo del rompe-hielos "Atka", realizó comprobaciones de singular importancia, utilizando radar y otros instrumentos para registrar los rayos cósmicos, las tormentas magnéticas y todo dato de interés sobre las condiciones climáticas.

Por otra parte, comprobaciones realizadas en nuestras costas, mediante el detector de centelleo, demostraron que a medida que se avanza hacia el Este, aumenta la radiación terrestre de radón, cuyas partículas, como se sabe, resultan de la desintegración del radio. Las rocas de nuestras costas emitirían, pues, radiaciones radioactivas, revelables en su naturaleza e intensidad.

Como vemos, además de las corrientes marinas y de los vientos —y tan importantes o más que ellos— existen alementos de reconocida actividad, cósmicos y telúricos, dentro de cuya atmósfera nos movemos y que deben influir necesariamente sobre nuestro organismo, tanto en la parte física, como en las reacciones psicológicas y modalidades de carácter. Su estudio es hecho por la Geopsicología, que no ha llegado todavía a determinaciones categóricas, pero de cuya trascendencia no puede dudarse.

Así, por ejemplo, si Juan Díaz de Solís, piloto mayor del Reino, hubiera conocido la relación existente entre los elementos telúricos de una región y el carácter de sus habitantes, no hubiera realizado su segundo viaje al río que descubrió y que llevó su nombre. En efecto, a Solís, en su primer viaje, en 1512, le sobrevino un violento temporal, y dice su cronista de a bordo: "luego de correr este peligro, se convenció de lo arriesgado que era aguantar nuevas tormentas bajo un hemisferio desconocido, y resolvió navegar de vuelta a España".

Con los modernos conocimientos de Geopsiquis, hubiera deducido de la violencia de aquellos temporales el carácter de los nativos que habitaban la costa. Pero, no se había creado todavía tan importante rama de la ciencia. Y el pobre Solís volvió a estas regiones, con el resultado final por todos conocido.

COSTUMBRES RIOPLATENSES

La vida ganadera no requiere urgencias ni premuras. Hay que dar tiempo para que el pasto crezca. Hay que saber esperar que el ganado engorde. La tropa debe ser conducida sin apuro para que no enflaquezca. Al paisano, pues, le sobra tiempo, mucho tiempo. Y es para llenarlo que todos sus quehaceres, costumbres y hasta esparcimientos son realizados despaciosamente.

No fuma, como el apurado hombre de la ciudad, cigarrillos ya armados y que prende con fósforos. La tarea del criollo para preparar su cigarro es todo un ceremonial: picar cuidadosamente con el cuchillo un trozo de naco de tabaco, elegir la chala, darle al cigarro el grosor deseado, sacar luego los avíos de fumar: el yesquero con su mecha, la piedra pedernal y el eslabón que produce la chispa inicial, a la que debe soplar para tener el fuego necesario para encender aquel cigarro, hecho lo cual se irán guardando los numerosos implementos. Todo ello con una deleitosa lentitud.

También emplea buena porción de su tiempo en la preparación del asado, que debe ser llevado sin apuros para que llegue a estar a punto. Y más lenta aún en la toma del mate desde sus preparativos tan delicados hasta la operación de dar vuelta la yerba. Lentas también son sus canciones, en las que llega —como le sobra tiempo— a repetir varias veces la misma estrofa. Esto fué muy bien captado por Walt Disney y recordáis que en su película "Saludos" un gaucho canta y, junto a él, un disco de gramófono con la púa en una rajadura repite y reitera la misma estrofa.

De todas estas costumbres hay dos que han llegado a la categoría de instituciones nacionales y donde es más notoria la voluntad de invertir el tiempo: el mate y la siesta.

Ya en otra parte de esta obra nos ocupamos del mate con la extensión que requiere su significado y trascendencia en nuestro carácter y en nuestra lírica. Digamos aquí, a los fines de este capítulo, que conocemos personas que hubieran llegado a ser grandes creadores —en la ciencia, la industria, el arte— a no ser por el mate. Su preparación lenta y ritual, y luego su ingestión amante y deleitosa, les consumía diariamente las dos primeras horas de la mañana —las más fecundas—; y luego, con la euforia que el mate les producía, debían ir a un café a exponer con dialéctica abundante sus teorías y planes para mejorar el mundo, corregir defectos universales, enjugar déficits millonarios y otros problemas igualmente magnos, después de cuya solución verbal quedaban tan agotados que debían dormir una siesta reparadora. Y luego, para despejarse de la siesta, tenían que tomar mate, y otra vez al café.

Y, así, entre mate, siesta y tertulias de café, transcurrió la existencia de personas que debieron llegar a ser un Tomás Edison, un Henry Ford o un Chevrolet.

La siesta es, como el mate, toda una institución nacional. A los europeos les ha llamado siempre la atención y existen, escritas por ellos, descripciones muy pintorescas sobre esta costumbre criolla de volverse a meter en la cama en el comienzo de la tarde, y no tendiéndose sobre las cobijas, sino introduciéndose, otra vez desvestido, entre sábana y sábana.

Pero, la siesta constituye un hábito tan enraizado que nos extraña que no exista todavía un estudio, por ejemplo, sobre "La siesta en la historia de los partidos tradicionales del Uruguay". Y que Bauzá haya omitido un ensayo: "La siesta durante la Dominación Española en el Río de la Plata". Del cual sería un capítulo la siguiente crónica de un testigo ocular de la llegada, el día 29 de octubre de 1806, frente a Maldonado de una escuadra inglesa de 1500 hombres, crónica que tomamos de la obra de Carlos Seijo, "Maldonado y su región", pág. 39, y que dice así:

"Se avistaron nueve buques procedentes del bloqueo de Montevideo, con las proas hacia Maldonado. Todos al ver la dirección que llevaban, sospecharon que se dirigían a este puerto.

"*Después de la siesta* invité al dueño de la casa en que yo

paraba, para ir a ver lo que acontecía. Llegamos junto a la torre del Vigía, donde el gentío agrupado comentaba asombrado todo cuanto hallábase presenciando, sin animarse a protestar ante la desidia del comandante y del Cabildo, que no tomaban precauciones para defenderse.

"Entonces irritéme de tal modo, que sin darme cuenta que dichas autoridades se hallaban presentes, dije en alta voz: Señores, ya pueden tratar de alguna defensa, ya ven que los ingleses están desembarcando sus tropas. A lo que el comandante —habiendo estado a mis espaldas— expresó estas palabras: —No desembarcan, sino que van a dar vuelta afuera, y se retiró.

"Volví a repetir que estaban anclados, sin velas y los botes se dirigían hacia tierra con soldados y fusiles, tal como se veía con un anteojo. En seguida, subí a la torre para desengañarme y poder observar mejor desde su altura. Los buques estaban a tiro de cañón de la batería de la Ballena.

"Desde la torre el piloto del puerto con su anteojo observaba y escribía; así que me impuso con toda política de lo mismo que yo había indicado. La ciudad se defendió, más fué pronto dominada."

Como se sabe, todo, durmiente, después de la siesta, permanece durante cierto período en letargo, pereza, pesadez mental y abulia física. Y los ingleses no dormían siesta ni tomaban mate.

LOS DERECHOS DE LA NATURALEZA

DURANTE la noche del 3 de enero de 1956 —aprovechando la confusión provocada en la población por el temporal, la lluvia, los relámpagos y los apagones— los antiguos arroyos de Montevideo, que el Municipio consideraba extinguidos, reaparecieron con todo su vigor y su máxima corriente. Quien hubiera dibujado en estos momentos el plano de Montevideo hubiera puesto sobre el actual cuadriculado de sus manzanas los antiguos cursos de agua.

Y es que los arroyos Pocitos, la Estanzuela, Canarias, Arroyo Seco, Quita Calzones y Miguelete aparecieron en esa noche de comienzos de 1856 tal como estaban en el plano que en 1724 el ingeniero Domingo Petrarca levantó de la "Planta de la Ensenada de Montevideo". Mientras escribimos tenemos este plano sobre la mesa junto a las páginas de los diarios que informan de las grandes inundaciones causadas por el temporal y vemos cómo coinciden éstas con aquellos arroyos que intentaron esa noche dar un golpe de agua sobre el plano seco de la ciudad.

Hasta hace pocos años el arroyo Pocitos, llamado también de las Lavanderas o de las Ranas, y que tomaba origen en el antiguo Campo Chivero, corría, decorado por sauces y tendales de ropa, por las actuales calles Mac Eachen, Lorenzo Pérez, Buxareo y se echaba en el mar a la altura de Pagola. Se le canalizó, y creyendo ya entubadas para siempre sus aguas, sobre su curso se edificaron casas, se extendió el hormigón y la rambla. Pero, como los poderes del Municipio, con ser muchos, no alcanzan todavía para anular la ley de la gravedad e impedir que el agua siga corriendo cuesta abajo en las inclinaciones de la ciudad, durante el reciente temporal el arroyo volvió a formarse, y los pobladores de aquellas casas, en especial los

de Pocitos Viejo, perdieron ropas y muebles y debieron salir en bote, como era costumbre circular por allí hace años.

Como os dirán los viejos montevideanos, el arroyo de la Estanzuela corría por la actual calle Acevedo Díaz y se echaba en el mar a la altura de la Playa Ramírez junto al sitio que ocupa ahora el Parque Hotel. Por necesidades edilicias se le entubó y se le hizo terminar en un lago —el del Parque Rodó. Pero la naturaleza no está todavía tan domesticada para marchar dócilmente por tubos y cañerías. No comprende por ello que un arroyo, a la postre, deba contribuir a decorar al ballet "El Estanque de los Cisnes" con música de Tchaikovsky. Y cuando llueve en abundancia, como recientemente, ese arroyo no se termina en el lago. Continúa, señores ingenieros, continúa, como os hubiérais dado cuenta si vuestros autos hubieran estado estacionados esa noche junto al Parque Hotel, es esa parte de la Rambla que resultó —no se sabía— fondo del antiguo arroyo. Y lo volvió a ser.

En el referido plano hecho por el ingeniero Petrarca a indicación del Gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zabala, figura, naturalmente, el arroyo llamado de las Canarias que seguía la dirección de la actual calle La Paz. Durante largos períodos nadie se acuerda de él. Pero, un día o una noche vuelve el espíritu del viejo arroyo a recuperar sus antiguos dominios y transforma en lanchas automóviles a los vehículos que estaban detenidos en su cauce.

Sobre el antiguo Arroyo Seco se ha extendido la calle Entre Ríos (¡Oh, la predestinación de los nombres!). Pero el arroyo, como sufriendo el complejo de resentimientos que le crea su humilde nombre, está allí, siempre despierto, mirando dentro de las casas por los periscopios de los resumideros. Y éstos, cuando comienza a llover, funcionan al revés: en lugar de recoger el agua, la emiten como surgentes. Y el agua es primero una capa, luego un lago, que se va extendiendo por dentro de las habitaciones. Es el arroyo que pasa por los dormitorios y llega hasta la sala, donde el piano al sentir que le mojan los pies ríe histéricamente con todas sus teclas. Y los vecinos que con el agua a media pierna deben hacer mudanzas dentro de la misma casa, envidien las viviendas lacustres que ven en las documentales.

¿Y el arroyo Quita Calzones? Ya no quita calzones, pero deja en ídem a los automovilistas que deben empujar sus autos

y salvar la ropa. Y así todos los arroyos nunca mencionados por los rematadores de terrenos, que tampoco nombran al mar.

En efecto, el mar es usado por los vendedores de casas y terrenos sólo como un motivo de reclame. "Ventajosamente situado frente a la playa". Oíd una historia que no tiene aún cien años y que hemos escuchado de labios de los hijos del ingeniero agrónomo don Teodoro Álvarez.

Uno de los litigios más interesantes y debatidos del siglo pasado fué el de los propietarios de los terrenos de Pocitos colindantes al mar —y que luego de una inundación desaparecieron definitivamente— contra los propietarios de los terrenos que, a causa de ese avance de las aguas, quedaron desde entonces en la costa. Sostenían los primeros que su propiedad era la costa de la playa, y los segundos que ellos no habían perdido por ese avance de las aguas sus derechos de propiedad sobre lo que era de ellos. Muy largo fué el litigio y se nombraron finalmente tres peritos para que dictaminaran. Uno de ellos, el ingeniero Álvarez, en el peritaje hecho sobre el lugar y las aguas, encontró que debajo del mar y a cierta distancia de la costa de Pocitos estaban las casas y hasta los árboles de la antigua costa sumergida. Descontamos la incredulidad del lector. Pero debe recordar que hace 6 años, durante un temporal, se hundió una parte de la Rambla y fugó por el viento la arena de la playa dejando el esqueleto de una pasada costa: cañerías, aljibes, paredes, cimientos que están debajo de la arena y de la Rambla. Pero, acaso, puede sorprender esto si se ve todavía en la vereda de la Rambla próxima a la arena, a la altura de Pagola, una palmera que hace diez años estaba en el jardín de una quinta.

Anatole France en "El Jardín de Epicuro" elogia la clemente lentitud con que actúan las grandes fuerzas naturales. Tranquilicemos con esta referencia a los propietarios de los lujosos inmuebles situados junto a la costa sobre el curso de los arroyos. Y si un día bloqueados por el agua no pueden sacar los autos de los garages, no funciona el ascensor, se apagan las luces porque se inundó el sótano y deben salir de sus casas en botes, piensen que es ése el menor tributo que pueden pagar al antiguo y auténtico propietario de esos terrenos, viejo

gruñón e insistente que cada tantos años vuelve con sus reclamos, reavivados sus derechos por el ejemplo de las otras fuerzas naturales —el viento, la lluvia, los relámpagos— que se libertan en los grandes temporales.

UNA VISIÓN DE SUDAMÉRICA

El conocido actor francés, Pierre Bertín ha publicado sus impresiones de viaje a su regreso a París después de la "tournée" que, como integrante de la Compañía Madeleine Renaud - Jean Louis Barrault, realizó por varios países de América del Sur. En este "Carnet de Voyage" —así se titula su obra— anota una cantidad de impresiones, paisajes, anécdotas, pequeños hechos significativos, percibidos por una fina y traviesa sensibilidad, y juzgados a menudo con exigencia a través de su cultura y una educación europeas.

Agreguemos que el autor, además de escritor, fué médico de profesión, cuyo ejercicio dejó por el teatro. Tomaremos de su "Carnet" algunos apuntes.

Refiere que en Río Janeiro, después de almorzar al borde de la bahía, a 20 kilómetros del centro de la ciudad, hubiera querido quedarse a dar algunos pasos por esas playas maravillosas. Mas, si hubiera emitido esa idea —dice— hubiera sido tomado por loco. "Eso no se hace. Es preciso aceptar que os lleven de nuevo a la hornaza. ¡Volvamos a la ciudad! Los viajes en auto son muy peligrosos, pues se rueda a 50 kilómetros por hora como mínimo. Los chóferes, detrás vuestro, klasonan sin cesar. Se debe entonces acelerar y se alcanzan entonces muy grandes velocidades... Al borde de precipicios... Se cierran los ojos. Y os depositan, lívidos, en el borde de un parque resonante de klasons, sirenas, ruidos de aviones, petardos de San Juan. Os dejáis caer en un banco, contemplando con piedad esas largas colas de gentes abigarradas que esperan para subir en los "locaciones" pequeños autobuses muy rápidos y muy peligrosos. Además, la selva virgen está muy cerca y retoma a menudo sus derechos. ¡Oh, que estamos lejos de Francia! Y sin embargo, es cierto que se debe poder arre-

glarse con esta vida como uno se las arregla en París con los conserjes, las "femmes de menage" y el teléfono. Pero estos esfuerzos no alcanzan a vuestra fisiología. Aquí, si no se toman precauciones, se muere de embolia a los cincuenta años. En todo caso, el extranjero es tragado como por una máquina de lavar".

Luego de Río, el viajero pasa a San Pablo y Montevideo, que le sugieren nuevas reflexiones:

"La dulzura es uno de los rasgos de América del Sur y ella debe provenir de la sangre criolla. Pero es preciso reconocer que ella contrasta furiosamente con una brutalidad que reina en la calle y en los restaurantes. Son los autos conducidos furiosamente que dejan aparecer esa primitividad subyacente, la que se exterioriza también en ocasión de los "putsch", de las manifestaciones políticas. Y en los restaurantes son los maitres y los mozos que os aturden colocando con brutalidad los platos sobre la mesa, tocándoos en los hombros sin cesar, interrumpiendo con grosería una conversación. Y todo esto hecho ingenuamente, sin pensar mal. Simplemente, no lo han aprendido".

La vida en Buenos Aires le parece al viajero más áspera, más acusada que en otras partes. Agreguemos que estuvo durante el año 1954. Y se interroga: ¿es el clima?, ¿es la política?

En presencia de un documento cuyas anotaciones han sido recogidas casi fotográficamente no cabe contestar lo que, por otra parte, es diariamente motivo de observación. Sólo es factible disentir con la interpretación.

No creemos que las cualidades psicológicas del sudamericano sean sólo función de la educación y del aprendizaje. La caracterología es el resultado de un conjunto de variables en los que tanto como la cultura intervienen el clima, la luz, la alimentación. A un viajero de Europa del norte, donde las nieblas, el frío y la nieve quitan fuerza a la naturaleza, debe parecerle excesivo el derroche de luz que hace el Sol en este continente. La moderna neuroendocrinología ha demostrado ya las vías —retina, hipófisis, diencéfalo—, por las que la luz ejerce su acción sobre el carácter y, por lo tanto, sobre la conducta. Agreguemos a ello, elementos geográficos, —proximidad del mar, vientos—, sistemas alimenticios predominan-

temente cárneos, factores raciales, procedencia mediterránea, y se verá cuán complejo es determinar la razón y el origen de cualidades psicológicas. Recordemos que en la propia Europa existen marcadas diferencias —a veces, antagónicas— entre los habitantes de ciudades de un mismo país. Ejemplos: París y Marsella, Nápoles y Turín, Sevilla y Bilbao, Munich y Berlín.

A aquel pintoresco escritor rumano, Virgil Gheorghiu, que pasó unas semanas en la Argentina, le molestaba ser despertado todas las mañanas por los pájaros, y afirmaba que su canto era más fuerte que el de los pájaros europeos. También las palomas argentinas —agregaba— son más vigorosas que las palomas de Italia. No es, pues, enteramente un asunto de educación y aprendizaje. Factores más generales y telúricos deben intervenir también en ese mayor vigor, propio de los seres vivos de este continente austral.

Finalmente, al abandonar Bertin la América del Sur, ya en el aeródromo, tiene una visión de claro optimismo sobre el futuro de este continente. "Familias enteras llegan al aeropuerto a recibir o despedir pasajeros. ¡Se abrazan golpeándose con las manos en las espaldas como en los tiempos de Luis XIV! ¡Todo el mundo habla al mismo tiempo! Buenas gentes, de raza nueva, cristiana profundamente. Impresión de salud, de fuerza, de bondad". Y termina Bertin: "Pienso en nosotros, en nuestras convulsiones de odio, de celos, en nuestras desconfianzas, en nuestras asperezas, nuestras vanidades necias, en todo lo que nuestras guerras y nuestras revoluciones han engendrado. Se diría que en América, en esos inmensos países cuyo porvenir es imprevisible, todas las mezquindades de la vida se borran delante de las tareas presentes y futuras. Se ha tomado el camino de la bondad, "comarca enorme donde todo calla" — como lo escribía Apollinaire".

Amanecía en el aeropuerto, sobre los aparatos que calentaban sus motores. El sol, que en esos momentos se elevaba, debía poner un acento profético en tales reflexiones.

UN REPORTAJE EXCLUSIVO

LUCHANDO contra la rivalidad de los otros cronistas que allí estaban con análogos propósitos que nosotros, y venciendo también la barrera del sonido —esto es el ruido del poderoso cuadrimotor que acababa de llegar al aeródromo de Carrasco—, nos aproximamos al pie de la escalerilla por donde debían descender los pasajeros embarcados en Londres y, entre ellos, de paso para Buenos Aires, aquel a quien debíamos reportear: Mr. Arnold Toynbee, profesor de Investigaciones de Historia Internacional en la Universidad de Londres, director de estudios del Real Instituto de Asuntos Internacionales, autor de la celebrada obra "Estudio de la Historia". Como es sabido, el famoso profesor realiza este viaje con el propósito de escribir sobre los diversos países de América Latina.

Los historiadores son siempre gentes que sueñan al revés; por eso no se sabe, cuando se les despierta, de qué siglos desembarcarán. Justamente, desembarcaba en esos momentos míster Toynbee. Lentamente, sin precipitaciones, como corresponde a un hombre que está escribiendo la historia del género humano en veinte tomos, descendió por la pasarela. Traje gris de paño inglés, pero dibujo escocés. En el brazo derecho, un portafolio estampillado. En el izquierdo, un overcoat, una guía turística y un aparato fotográfico, importado. En los ojos, una mirada brillante, inteligente, y en la cabeza la gorra a cuadros propia de todos los investigadores ingleses, sean policías, bacteriólogos o historiadores.

Después que hicimos las respectivas presentaciones, acompañados de vigorosos "shake hands" y dado que, como lo anunció un altoparlante, la escala sería solamente de treinta minutos, pasamos al bar del aeródromo, donde accedió a nuestra invitación y, frente a dos whiskys, iniciamos el interrogatorio:

—Usted, míster Toynbee, que acaba de ver a nuestro país desde el aire, ¿se habrá dado cuenta que es una isla? Como usted los habrá visto, está rodeado de agua en las tres cuartas partes de sus límites. Río de la Plata, río Uruguay, río Cuareim, Yaguarón, Laguna Merín y Chuy. Sólo está unido al Continente en dos partes: Rivera y Rocha, por donde apenas pasan una que otro lata de guayabada, una que otra botella de Marumbí. A veces, un auto nuevo. Somos, pues, geográficamente una isla. Y también por nuestro carácter. Repare usted, míster Toynbee: ¿no cree que nuestro carácter regionalista, de alegrías y penas colectivas, de nacionalismo deportivo, es el resultado psicológico de nuestra condición geográfica de isleños? Nos apasionamos por todo lo que nos interesa, y ponemos en ello una pasión de provincianos que están defendiendo los prestigios de su campanario. ¿Qué le parece Mr. Toynbee?

Nuestro ilustre reporteado levantó los hombros, abrió las manos y enarcó las cejas. No necesitamos más para comprender que el talentoso autor de "La Génesis de las Civilizaciones" quería decir:

—¡No hay vueltas que darle!

Estimulados por su autorizada aprobación, continuamos la "interview" con una nueva pregunta:

—La obtención de un campeonato paraliza por entero las actividades nacionales. Y, a su vez, una goleada adversa provoca un colapso nacional. Este interés de todos por cada cosa, esta solidaridad colectiva, explica la vergüenza deportiva que llamamos "sangre charrúa": en cada emergencia —match, congreso, raid, concierto o recital— el uruguayo se sabe representando a todo el país que en él tiene puestos los ojos. O, como aquí se dice, no sé si usted sabrá: "vistiendo la celeste". Por eso, se rompe todo. Esto es propio del carácter isleño, regionalista. Somos, Mr. Toynbee, una isla de dos millones y medio de habitantes. Como usted lo vió desde el avión, el Uruguay es una pera colgada del vientre del Continente.

Mi ilustre reporteado no apartaba de mí sus ojos llenos de interés y con repetidos: ¡Yes!, ¡yes!, ¡All right! ¡All right!, mostraba su total acuerdo con mis palabras. Hizo un silencio que yo aproveché para ubicar una breve reflexión.

—Usted sabe, sin duda, que nuestros primeros pobladores fueron también isleños: familias canarias que trajeron de sus islas los hábitos y cualidades y hasta las cabras de Las Palmas y

Tenerife. También tiene nuestro país, como toda isla, sus emigraciones para el Continente: hasta hace unos años el 10 % de los uruguayos se iban a la Argentina, pues en una isla no hay sitio para todos. Otros iban al Brasil. Ahora van a la Unesco. A propósito, ¿otro whisky, Mr. Toynbee?

Un "steward" inteligente y rápido hizo reposición de whiskys. Proseguimos el interrogatorio:

—¿Con agua o soda, Mr. Toynbee? ¿Solo? ¿Dos o tres pedacitos de hielo? ¿Puro? Otra pregunta, si me permite: usted afirma en la solapa del tomo I de su obra "Estudio de la historia" —si he entendido bien— que el grado de cultura alcanzado por una civilización es la resultante de las cualidades anímicas de los pobladores y las condiciones telúricas de las tierras que encuentran. Ahora bien, sobre el escenario vasto, vacío de América, con sus selvas, llanuras, ríos y piedras se extendió la conquista europea con sus pobladores que traían ya hábitos y cultura constituídos. Por eso, en América, el paisaje y el habitante no se corresponden. Y ésa es la razón del desacomodo en que nos encontramos: resultó como poner paja para sombreros dentro de una horma para hacer zapatos de cuero. ¿Me comprende?

Mr. Toynbee, sorprendido y admirado ante la audacia de mi imagen, aprobaba con movimientos verticales de cabeza y repetidos ¡Yes, yes, yes! El mozo creyó que lo llamaba. Y antes de que yo pudiera intervenir —ocupado en poner en orden los apuntes que iba tomando— el ilustre profesor pagó los seis whiskys y se levantó.

Lo acompañamos hasta el magnífico cuadrimotor, pronto para partir. Conversando animadamente, pasamos frente a mis colegas de otros diarios que no habían abordado al viajero creyendo que no comprendía el castellano. ¡Qué chasco! Por razones de compañerismo no describiré el sentimiento que se leía en sus ojos al verme en este mano a mano con el profesor inglés. Se me ocurrió, por último, una pregunta singular:

—¿Qué opina sobre nuestras playas, que constituyen por la belleza de sus costas y la calidad de la arena nuestro más legítimo orgullo? Díganos algo.

Vimos que Mr. Toynbee, como hombre de ciencia, buscaba el término exacto, pero con la lentitud nórdica. Extendió ambos brazos abiertos. Con nuestra rapidez latinoamericana comprendimos:

—¿Que son muy extensas? ¿No?

—¡Oh, yes, yes! ¡All right!

Antes de ascender, Mr. Toynbee, muy gentilmente, quiso, sin duda, como recuerdo de Montevideo, sacarme una foto. Me hizo posar al efecto tomando notas al pie de la pasarela. Me agradeció con un último "shake hand" y su más brillante sonrisa, y se perdió dentro del cuadrimotor.

Con las notas de sus declaraciones exclusivas corrí a escribir este reportaje, que no sé todavía a qué periódico de Nueva York venderé.

MONTEVIDEO, MINNESOTTA

Ya saben nuestros lectores que en el Estado de Minnesotta, en los Estados Unidos de Norte América, una ciudad lleva el nombre de nuestra capital, en homenaje al Uruguay. Por asuntos comerciales hemos estado unos días en la referida Montevideo estadounidense, y queremos en esta nota referirnos a algo especial que llamó nuestra atención.

La avenida principal de esa ciudad de Minnesotta, se llama también 18 de Julio, y su parte más importante se extiende entre dos grandes plazas. En el centro de una de ellas hay un jinete a caballo y en la otra una mujer con una bandera pronta a darle la largada. Parece que allí también las carreras de caballos apasionan, y a ellas se ha consagrado ese juego de monumentos.

A ese trozo de la gran avenida entre las dos plazas referidas y que comprende unas ocho cuadras, se le podría llamar la Avenida de las Rifas. En efecto, en la calzada, en la calle junto al cordón, en los zaguanes de las casas, por todas partes se rifa algo. Vea el lector los boletos que hemos tenido que comprar sugestionados por las ventajas y beneficios que nos aseguraban las voces insistentes de los vendedores.

Ya en la iniciación de nuestro paseo se interpuso ante nosotros una máquina de coser, importada y garantida. Se rifaba a total beneficio de los pobres jubilados no comprendidos en el artículo 30. Más adelante, sobre un ancho camión, un auto lustroso y cromado era rifado por los enfermos de la garganta, y la vendedora de números, una señorita robusta daba tales gritos, imponiendo sus números, que sería, sin duda, una enferma ya curada.

Empujados por la multitud que transita a toda hora por esta arteria, nos dimos contra una máquina lavarropas que

también se rifaba a beneficio de un grupo de estudiantes quee querían ir a pasear a Europa.

Los estudiantes de Arquitectura, preparando también su viaje, rifaban un chalet, situado en una localidad llamada Carrasco, y la maquette de ese chalet, de tres metros de ancho, se atravesaba al paso de los peatones. Pocos metros más adelante, unas señoritas voceaban números para la rifa de unos pasajes de excursión al Brasil, a beneficio del Centro de Lactantes de la Curva de Maroñas.

No queremos fatigar la atención del lector con la enumeración detallada y particular de cada cosa, objeto, máquina, auto o maquette que se rifaba, y que se atravesaban en la acera al paso de los transeúntes. Alcance con decir que no hay centro recreativo, social o deportivo, con o sin personería jurídica, juvenil o adulto, nacional o extranjero que no tenga allí, en esa Avenida 18 de Julio, un objeto en rifa. Generalmente, son señoritas las que ofrecen los números y se ayudan mediante micrófonos que dan a sus voces una alta tonalidad metálica y chillona. Se alterna el ofrecimiento de números con discos que se pasan mediante altoparlantes, y el transeúnte ve amenizada estas rifas con la audición de boleros, zambas, rumbas y tangos variados y diversos. Todo esto gratis, ¡qué maravilla!

Debo agregar que vendedores más modestos ofrecen desde los zaguanes o en puestos adheridos a las paredes, su mercancía menor. Agujas para primus, líquidos sacamanchas, el cuadro de Nacional, tres mejorales por diez centésimos, novelas policiales, décimas camperas dedicadas a Martín Aquino y a San Cono, tienden una cortina sonora junto a la pared de la calle.

Como una particularidad única en el mundo debo señalar que en las esquinas, no obstante existir señales luminosas para dirigir el tránsito del público, éste se ve dirigido individualmente por voces sonoras que no se sabe de dónde parten y que paralizan a la persona aludida: ¡Usted, señora de colorado: no cruce todavía; Señor de gabardina que va con un niño: no baje la vereda!

Cuando visitamos esta ciudad de Minnesotta, se preparaban las elecciones que tendrían lugar dos meses después. Y sus calles, en especial, su avenida central, eran recorridas desde las 8 de la mañana hasta las 12 de la noche por pequeñas ca-

mionetas denominadas "La Voz del Gigante" que trasmitían mediante altoparlantes las excelencias de cada candidato que quiere salir diputado. Todo esto le daba a la avenida principal un delicioso fondo musical con bellas y generosas frases: "La felicidad del pueblo". "El porvenir del país". "La soñó, votelá". "No será traicionado". "No seremos avasallados". Es de destacar la ausencia de toda alusión lesiva en tales anuncios de propaganda política.

Y así, bombardeados mis oídos por los ruidos de las radios con propaganda comercial, unas, y política las otras, interrumpido el paso por máquinas de coser, refrigeradoras, lavadores mecánicos y chalets en Carrasco, fuí llenando mis bolsillos con números de rifas que me ofrecían con sonrisas de dentífricos bellas jóvenes montevideanas. He reparado luego, en el hotel, al querer poner en orden los números comprados, que es fácil se me arme una confusión, puesto que las fechas en que se juegan son distintas: unos con la grande del 31, otros con la chica del 18, y así los demás. Compraré un calendario y anotaré en él, en las fechas correspondientes: hoy se juega la batidora, hoy el traje de media confección, hoy los instrumentos de pescar o el perro pomerania.

Antes de terminar debo decir que me ha parecido que ese trozo de la Avenida 18 de Julio tiene hermosos edificios y que allí tienen su asiento los principales comercios y los escaparates adornados de las más bellas tiendas. Pero, ¿quién puede mirarlas, si hay que transitar entre objetos que se rifan, dándose contra lavarropas, bicicletas y máquinas de coser, cuidando de no pisar fotos de futbolers, artistas de cine, puntillas, cachorros de perro o agujas para primus, que como alfombras se extienden junto a vuestros pies?

Como vemos, no obstante la similitud del nombre, qué distinta es la avenida central de la ciudad de Minnesotta a la de nuestro Montevideo. No existe allí la calma apacible, la suavidad encantadora de nuestra Avenida 18 de Julio, por cuyas aceras espaciosas y tranquilas pasean las gentes serenamente y donde todo: el paso tranquilo y sin premura de los paseantes, la suavidad de las conversaciones, la discreción callada de los comerciantes y la ausencia de todo horroroso ruido metálico conduce al espíritu a meditar sobre cosas bellas, serenas y profundas.

SE BUSCA UN TESORO

Los uruguayos andan siempre en la búsqueda de algún tesoro. Alguien ha destacado que caminamos con la vista baja como si fuéramos dedicados a la meditación, propicia a la filosofía. Realmente, se busca un doblón olvidado por algún pirata. ¡Cuántas veces a un golero uruguayo le han marcado un tanto porque él, en esos momentos, buscaba un tesoro en el lado opuesto al que entró la pelota!

Los libros escolares, donde se les enseña a leer a nuestros niños, se titulan "Trabajo", "Labor", y en ellos se destacan las virtudes del trabajo paciente y de los esfuerzos tenaces. Se cuenta el ejemplo de aquel señor que empezó levantando un alfiler del suelo y a ello debió luego su fortuna millonaria. Se les recuerda la fábula de la hormiga acumulando todo el año el fruto de su labor paciente en contraste con la cigarra que pasa el verano cantando y luego en el invierno carece de todo. Y las maestras les repiten: "¡Oh, niños!: sed como la hormiguita tenaz y no como la cigarra imprevisora!" Y después que José H. Figueira y Abadie-Zarrilli, a través de todos sus libros de lectura, han hecho la propaganda al trabajo, la economía y la previsión, los diarios excitan los deseos de una fortuna rápida e imprevista, ocupándose a grandes titulares de un tesoro sensacional que siempre se está a punto de desenterrar o arrebatar de las aguas o de las arenas.

Hemos seguido con la misma ansiedad que todo el país las alternativas en torno al casco sepultado cerca de Atlántida. ¿Sería, al fin, el valioso tesoro hundido con "El Preciado"? ¿Estarían allí las joyas y la fortuna del Virrey Sobremonte que se buscó en vano en el subsuelo del departamento de Colonia?

¿No contendría la olla repleta de maravedíes que el pirata Moreau escondió y que no pudo decir dónde porque lo mataron antes? Lacerante incógnita, que, al fin, se ha despejado.

La pala mecánica de que dispone el Ministerio de Obras Públicas para desenterrar tesoros ha trabajado bien y "pese al viento, la marejada y la pertinente llovizna" —como dijo un cronista—, dejó en descubierto el casco enterrado y se puede afirmar en forma categórica que allí no hay ningún tesoro. Parece que los restos pertenecen a un galeón naufragado allí el siglo XVI o XVII y que las gentes de esa época, no obstante su atraso e ignorancia, conocían las ventajas que podría procurar el tesoro de los buques náufragos.

Los denodados promotores de esta excavación no desecharon sus ilusiones todavía y solicitaron al Ministerio de Defensa Nacional el empleo del radar detector de tesoros. Y bien, éste acusó la presencia de metales, que, puestos en descubierto, resultaron los oxidados clavos y tornillos con que estaban remachadas las tablas de la bodega. Comprendemos la decepción que, ahora sí, habrá hecho presa en el espíritu de los iniciadores de esta excavación. Pero, basados en nuestros conocimientos, los instamos a empezar a excavar por otra parte. Porque siempre ha habido un tesoro. Ved, si no.

Cuenta Julián O. Miranda en su libro "Maldonado Antiguo" que uno de los más famosos piratas que en el siglo XVII surcaban el Océano se vió obligado, ante la proximidad de sus perseguidores, a enterrar en los médanos de la costa de Maldonado el valioso producto de sus presas marítimas. Ahora bien, el año 1888 llegan a Maldonado, cuatro extranjeros cuyo pailebot dejaron anclado en el puerto y pidieron autorización a la municipalidad para buscar un tesoro. Se le concedió, colocando un guardia para vigilarlos. Después de tres meses de trabajos, una mañana el pailebot no estaba en el puerto, los extranjeros habían desaparecido y el guardia sólo podía presentar una caldera vacía, de más de un metro de diámetro, como las usadas a bordo para el agua potable y, junto a ella varias cajas de plomo abiertas...

Años más tarde, en la misma zona de Maldonado, un vecino que se ocupaba en la labranza, notó que su arado chocaba contra una dura resistencia metálica: miró y vió un surtidor de

plata en número de trescientas y tantas piezas. Después de esto, esa zona de Maldonado que se denomina "El Tesoro", ha quedado con más agujeros que un queso.

Pero, contrariamente a lo que pudiera creerse, no es sólo un propósito material lo que nos lleva a estar ocupados siempre en la búsqueda de un tesoro. Es la atracción del misterio y el deseo de aventura que actúan como excitadores del espíritu, misterio y aventura que están excluídos en la tarea rutinaria de ir todos los fines de mes a poner los ahorros en la alcancía del banco. Y son esa necesidad de misterio y esa avidez de aventura que nos caracterizan, que hacen que el Uruguay sea el único país del mundo donde una señorita italiana recién llegada, con unos planos confusos y equívocos, pueda hacer mover de su panteón a los héroes nacionales con solo decir que allí había un tesoro.

Refiere Clement Vautel que llegaron a la huerta donde un labrador francés tenía plantada remolacha, unos buscadores de tesoros que le aseguraron al propietario que allí debajo de sus hortalizas, había una mina de oro, y le ofrecieron hacer de inmediato la excavación. El labrador francés, con la sensatez y el realismo propios de su raza, les contestó: "El oro, está bien. Pero las remolachas primero".

¿Podremos contestar algún día así a quienes vengan a removernos huesos o arenas? Tienen la palabra nuestros educadores.

EL COMPLEJO SUDAMERICANO

REFIERE Américo Vespucio en su carta al Médicis, relativa a su tercer viaje al Nuevo Mundo que, al llegar a las costas del Brasil, los indios, recelosos, no se acercaban a los navegantes. Éstos pusieron entonces sobre la playa cascabeles, espejitos y cuentas de vidrio. Llegaron entonces los nativos y al tomar tales presentes dieron muestras de gran sorpresa y regocijo. Exteriorizando ruidosamente su alegría ante tales abalorios, se perdieron en la selva ante el temor de que les fueran arrebatados. Lo mismo ocurrió luego con los indígenas de otras partes del continente y también en lo que sería nuestro país donde el nombre, entre otros, del Cerro de las Cuentas, en Cerro Largo, alude justamente a las cuentas de vidrio de aquella procedencia que fueron encontradas en sus grutas y paraderos.

El hecho referido por Vespucio tuvo lugar en el año 1502. Después de 400 años, todavía los europeos siguen conquistando a los habitantes de América del Sur con cascabeles, espejitos y cuentas de vidrio. Ya hemos dicho cómo un avisado comerciante uruguayo hace vender a bordo de los barcos italianos pañuelos de fabricación nacional como si fueran italianos. "Son importados", es la expresión que más viste a un artículo, hace más grato su sabor, más delicado su perfume, más alto su precio. Todavía vivimos con la vista puesta en los barcos que llegan por el estuario trayendo artículos, telas y conferencistas.

Y conferencistas... Todo europeo al bajar por la plancha-da se convierte en un conferencista. Y como proceden de países prestigiosos, les adjudicamos el prestigio de su historia, a la que ellos, a menudo, son tan remotos como nosotros. Recientemente, un holandés, profesor de castellano en un Instituto de Utrech, llegó a Montevideo y dió conferencias en el Paraninfo de la Universidad y en la Academia Nacional de Letras. Nos reveló que

hablamos mal el castellano. Que oyó al pasajero de un taxi decirle al chófer: "Al Estadio" en lugar de: Yo (sujeto) deseo ir (verbo) al Estadio (complemento). El candoroso profesor del país de los canales no advirtió que nosotros hemos superado el tiempo de los barcos de vela en que él se encuentra todavía, y que la brevedad de una expresión revela el deseo de rapidez para la acción que se indica.

Hace pocos años, Georges Duhamel, miembro de la Academia de Francia, dió una conferencia en la Universidad sobre literatura francesa, repitiendo lo que está en los textos liceales y que los alumnos conocen. Casares Gil, químico español, desde el salón de conferencias de la Facultad de Medicina expuso el Sistema Periódico de los Elementos, que creyó que aquí no se conocía. Y este invierno, además de los fríos inclementes que debimos padecer, un cura madrileño nos infligió un curso de conferencias sobre psicopatología, repitiendo con tal énfasis cosas archisabidas que no nos hubiera sorprendido oírle decir: "¿No sé si sabrán ustedes que la tierra es redonda?" Y esperar las exclamaciones de asombro ante tan grande revelación.

Nosotros tenemos la culpa. A la incondicional admiración por todo lo foráneo que constituye nuestro complejo sudamericano, los europeos que llegan responden con ese complejo de didáctica suficiencia, de estar siempre enseñando algo o descubriendo cosas pintorescas. Gómez de la Serna ha dicho que es tal el mimo especial con que aquí se trata al recién llegado, que necesita ser muy cerrado o muy romo el que no se aprovecha de este alcaloide que hay en el ambiente para despertamiento del conferencista. Y también del escritor, pues de tres semanas para recorrer Brasil, Argentina y Chile sale un libro, titulado "Sud América", donde se deslizan deliciosos macaneos. No escapa a esta afirmación el reciente libro "Carnet de Voyage", escrito de regreso a Europa por el actor y médico Pierre Bertin quien, pese a su fineza y cultura, incurre en errores de generalización.

Es cierto que tales libros no hacen sino corresponder al ingenuo entusiasmo de las crónicas de su viaje por Europa, escritas por sudamericanos en términos admirativos de tarjeta postal. ¡Oh La Torre Eiffel! ¡Oh El Arco de Triunfo!

Una de las cosas de don Pedro Figari que más nos agradaba era verle en París, en pleno Montparnasse, pintando tercamente cosas nuestras y nada más que cosas nuestras, sin pagar tributo alguno a lo europeo. Mientras aquí las reproducciones de pintores europeos llenan las casas.

Se necesita el doble de talento y de trabajo para triunfar en nuestro medio con un apellido común que con un apellido extranjero que parecería de rigor para imponerse. Martínez, Pérez y González cobrarían mucho mayor prestigio siendo Martinsky, Pereschoff o Gonzalowsky. Conozco a un masajista criollo de gran clientela cuyo éxito estriba en que arrastra las erres y lo toman por francés. Sus erres son el cascabel que todavía seduce a los nativos.

A despecho de las conmemoraciones con que celebramos nuestra independencia, seremos todavía colonias mientras se nos conquiste con abalorios. Justamente, son la cultura y la noción de nuestro propio valimento los factores que limitarán para las cosas foráneas de auténtica calidad el dispendio de nuestra atención. Es indiferentes a lo que se diga y escriba sober nosotros, podamos repetir aquel lema —el mejor de todos— que puso Don Quijote en su cimera: Yo sé quién soy.

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL MATE

La decadencia del mate comienza con la invención del termo. Con la aparición de este artefacto ajeno a la liturgia matera se modifica todo el ceremonial de su rito ortodoxo. Recordáis que éste requería sillitas de patas cortas, remedo de los bancos de fogón, donde, sentado el matero tenía a su alcance la pava, puesta en el fuego o junto a éste para no enfriarse. Avivar el fuego, separar de él la pava cuando el agua hervía, llegado el primer hervor, ir echando el agua en la cucurbitácea de tal modo que la yerba no se quemara, era todo un ritual que el matero de ley oficiaba lenta y gravemente con la misma seriedad y fervor con que el religioso cumple los actos sucesivos de su rito. Y hasta había una manera de tomar la pava: con el dorso de la mano derecha para abajo, los dedos doblados hacia arriba, el pulgar en dirección opuesta al mate.

Actualmente este aparato que ni siquiera tiene un nombre nativo —como yerba, cimarrón, calabaza o porongo— sino un apelativo latín y se adquiere en tiendas y ferreterías ha modificado fundamentalmente los diversos tiempos de esa sinfonía para flauta y oboe que es el acto de tomar mate. Ha hecho de lo que era un lento "maestuoso", un andante, y de continuo os cruzáis con gentes que con el termo apretado contra el cuerpo andan por todas partes, caminan, hablan, hacen negocios y hasta no hacen nada mientras toman mate.

Si se ha definido al porteño, en especial al de la esquina de Corrientes y Esmeralda, como el hombre que está solo y espera, el montevideano sería el hombre de pijama que se pasea por el barrio tomando mate en termo. Por todas partes gentes con termo: tomando mate dentro del auto en 18 de Julio, en las tribunas del Estadio Centenario, en el campo de golf, en las ramblas costaneras y por las carreteras con las piernas colgando fuera de un camión. El termo ha llegado así a incorporarse al

esqueleto del montevideano, y su situación entre el brazo izquierdo y la caja del cuerpo ha desarrollado un músculo nuevo, que no existía, llamado *adductor del termo,* y que se inserta, por una parte, en la cara interna del codo izquierdo y, por la otra, en la parrilla costal del mismo lado.

Otro signo de la decadencia del mate que anotarán en su historia los futuros sociólogos es la moda actual de la *bombilla curva.* Examinad la colección magnífica de bombillas que está en la Casa de Lavalleja y las de las colecciones particulares montevideanas y las veréis labradas de diversos modos, con boquilla de oro y ricos adornos, pero siempre rectas, enhiestas, erguidas como dardos de plata. Pero, en la actualidad, el comercio ha lanzado la bombilla curva para —¡horror!— tomar mate en la cama. Y mediante ella, personas indignas de llamarse materos, sin levantarse del lecho y haciéndose alcanzar una bandeja con el termo, el mate (y quizás azúcar), toman el mate sin levantar la cabeza de la almohada mientras leen el diario o escuchan en la radio las recetas de cocina o las clases de gimnasia musicalizadas.

No queremos alarmar a nadie, pero cumplimos con el deber de recordar a la población que la caída del Imperio Bizantino comenzó con el uso y abuso de implementos innecesarios (la salida de baño, el cepillo para el pelo) que llevaron las costumbres a la molicie y la blandura. Otro tanto puede pasar con nuestros destinos nacionales si se difunde el empleo de la bombilla curva. Por otra parte, ésta puede ser la forma intermediaria o de pasaje entre la bombilla recta del gaucho ídem y el tubo curvo de goma del turco aspirador de nargile o del chino opiómano. ¡Guarda, pues!

Y ¿qué decir de la bombilla higiénica de vidrio, invento del Dr. Becerro de Bengoa? Siempre he creído con Rodó que aquellos que exigen que el bien y la verdad se manifiesten bajo formas adustas y severas son en realidad enemigos del bien y de la verdad. Y en este caso están en primer término, los higienistas, quienes en su afán de matar los microbios matan también el gusto y el encanto de muchas cosas. Quien tomaba una vez mate con la bombilla higiénica transparente de vidrio y veía así lo que por ella subía y bajaba en cada sorbo, no tomaba más mate en su vida. Era como ponerle una cápsula de Petri a un suspiro para recoger sus microbios o comprobar con papel tornasol la reacción ácida o básica de los labios después de un beso.

Por suerte, a despecho de las campañas sanitarias, la vida siempre triunfa, y nadie ha dejado de besar, suspirar y tomar mate con bombilla metálica.

¿Y los que toman mate en vasos de vidrio? ¡Perdónalos Señor! ¿Qué fué de aquellos mates labrados con escudos nacionales, banderas, soles e iniciales entrelazadas? ¿Y qué de aquellas calabazas cuyas bocas lucían cinceladas boquillas? ¿Y de los altos mates de pie que la negrita cebaba a la dama patricia? ¿Qué fué Fabio, oh dolor? Como el primer impulso de la profanación sería dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora a que asistimos ha desplazado a la cucurbitácea nativa y generosa, reemplazándola por un vaso de vidrio que se compra por 15 centésimos en un bazar. Debemos anotar, en descargo de los criollos, que los iniciadores de este barbarismo son los emigrantes que llegan a nuestra tierra. Polacos, lituanos y libaneses asimilan con tanta facilidad nuestras costumbres que toman mate al poco tiempo de llegar. Como lo dice Silva Valdez, es por la boca que los extranjeros comienzan a acriollarse, y —agregamos nosotros— lo hacen mediante modismos y giros criollos contenidos en paquetes de uno y medio kilo envueltos en papel celofán.

Termo, bandeja con yerba y azúcar, vasos de vidrio, ¿qué queda del antiguo y romántico mate de nuestras abuelas? Hemos dicho romántico y ved, si no, el significado del lenguaje que en él está contenido y que recoge Saubidet:

Mate amargo: indiferencia o quítate todas las ilusiones, llegas tarde. *Mate dulce:* amistad. *Muy dulce:* ¿qué esperás para hablar a mis padres? *Mate con toronjil:* disgusto. *Con canela:* ocupas mis pensamientos. *Con azúcar quemada:* simpatía. *Con naranja:* ven a buscarme. *Con melaza:* tu tristeza me aflige. *Con leche:* estimación. *Con café:* ofensa perdonada. *Muy caliente:* yo también estoy ardiendo de amor por ti. *Frío:* me eres indiferente. *Tapado:* calabazas. *Lavado:* a tomar mate a otro lado. *Espumoso, exquisito y fragante:* te quiero con todas las de la ley.

¡Y hubo casos en que se ponía en el mate hasta el veneno! ¡Comprendéis cuánta sugestión y qué misterio: hasta el veneno! Como los Borgias en el Renacimiento. ¡Aquello era vida!

Así eran nuestras abuelas y nuestras madres. Hoy nuestras hijas obligan a sus galanes a llenarse el estómago con bebidas comerciales para buscar no sé qué cosas debajo de las tapitas.

DANDO VUELTA EL MATE

Si nuestras compañías yerbateras realmente tuvieren ingenio destinarían becas y premios para estimular las investigaciones históricas, científicas, artísticas y sociológicas referentes a la influencia que en los diversos sectores de la cultura ha tenido y sigue teniendo el mate. Los temas podrían ser: "El mate en nuestras gestas gauchas". "Maracaná: victoria del mate sobre el café". "El mate, ¿causa o efecto del pique inicial en que se gastan los uruguayos?". "El mate en la lírica criolla y en la criolla lírica". Y otros temas igualmente apasionantes.

Antes de proseguir, demos vuelta al mate. Sacamos con cuidado la bombilla y la introducimos de nuevo por la parte opuesta, donde —como lo hemos ido llevando bien— hay un copete de yerba seca, que ahora gozosamente vamos a saborear. Volvemos a sentir así el gusto integral que ya del lado inicial había desaparecido. Y, a su influjo, trazamos unos apuntes fermentales que pueden servir como ideas para tener en cuenta a nuestros estudiosos historiadores, sociólogos y folkloristas.

EL MATE Y LA HISTORIA. — Se sabe la considerable importancia que tenía el calzado en las tropas napoleónicas en sus marchas a través de toda Europa. La refleja la arenga del gran corso al cruzar los Alpes e iniciar la Campaña de Italia: —Mis soldados: el enemigo tiene zapatos; nosotros, no. ¡Vamos a sacárselos!

Pues bien, importancia no menor tuvo el mate para nuestras huestes gauchas. El general argentino Rufino Ortega decía que el mate había ganado más batallas que la pólvora. Y un día en que le faltaba todo menos yerba, dijo: —*Mientras tengamos yerba no habrá criollo que afloje en la patriada.*

Cuando un matero de ley lee esto, saca pecho, ronca y piensa: ¡Así somos nosotros, canejo! Y le da un puntapié a un almohadón, un banco o al perro, porque hay que hacer algo y aquí ya está todo hecho (somos libres y si uno ahora mata a un español, lo mandan a la cárcel).

Claro que después para explicar este efecto tónico liberticida vendrán los médicos y dirán que el mate tiene una acción dinamógena de la fibra estriada y es estimulante cortical. Pero, ¿quién le va a hacer caso a los médicos? ¡Con sus explicaciones materialistas lo destruyen todo! Mientras haya médicos, no habrá poesía.

TEMA POETICO. — Cuando los poetas habían agotado ya todos los temas: los ojos garzos, los cabellos áureos, el cutis níveo, los labios de coral, las orejas plúbeas y otras partes anatómicas de sus respectivas amadas, y cantaron después al Sol. (¡Oh, paciente Febo!) y a la luna (¡pobre Selene, pálida de terror!) y a las nubes (sin hacer llover), no les quedaban más tema. Descubrieron entonces que tenían el mate al alcance de la mano. Citemos algunos ejemplos al azar.

José Hernández en su "Martín Fierro" escribió:

> Y sentao junto al fogón
> a esperar que venga el día,
> al cimarrón se prendía
> hasta ponerse rechoncho
> mientras su china dormía
> tapadita con el poncho.

El poeta, también argentino, Segundo Villafañe, cantó, sin duda, con acompañamiento de guitarra:

> Brilla el fuego y chispea alborozado...
> Con alegre rumor en la caldera
> el agua suena; el mate regalado
> prepara la puestera,
> y uno él, otro ella, van tomando
> la sabrosa bebida paladeando.

También se refiere a la infusión del *Ilex paraguayensis* la siguiente relación del *Pericón:*

Una tarde de verano,
vos con tu perro y el pingo,
yo te cebo el mate amargo
y tú me besas... ¡qué lindo!

Advertimos, después de transcritas, que las tres poesías citadas son otras tantas secuencias progresivas de una película que podría titularse: "Mate, amor y fantasía".

Hace más de tres siglos, Hernandarias, con la visión profética que le caracterizaba, había intuído también el desenlace de esta película. Había nacido en el Paraguay y conocía a la yerba mate antes que la presentaran los intermediarios, mezcladas y con premios. Cuenta la tradición, recogida por Saubidet, que Hernandarias dió orden de que se quemaran dos talegas de yerba en la Plaza Mayor de Buenos Aires, diciendo:

—*Mándolas quemar por que el mate es un vicio que favorece a los enamorados.*

Como es sabido, a Hernandarias sólo le interesaba la difusión de la ganadería.

Advierto que los poetas nacionales que me están leyendo esperarían ahora que citara sus poesías referentes al mate, pues sólo he citado ejemplos extranjeros. Claro que conozco poesías nacionales, pero conozco también a los poetas. Y menudo lío se me iba a armar, si no los cito a todos, a todos sin excepción, y en el orden —lo que sería imposible— que cada uno de ellos pretende. Y no es programa con el calor que hace, andar después en polémicas, pugilatos verbales, recibo de padrinos y molestar gente seria y ocupada para formar tribunales de honor. Prefiero, ahora, ya lavado el mate por los dos lados, ir a la esquina a asentarlo con la correspondiente *amarguita.* Pero esto ya es sociología, y será motivo de la próxima nota, si Dios quiere y no me falta yerba.

EL MATE Y NUESTRO CARACTER

Si preguntáis a un médico qué efectos produce la yerba mate os dirá que el *Ilex paraguayensis* tiene del 0,13 al 1,85 % de trimetilxantina y del 10 al 16 % de ácido tánico y también sales de potasio, y que es, en especial, a sus bases xánticas que debe sus propiedades dinamóforas, diuréticas y excitocorticales. Después de oír esto, quedáis tan en ayunas como antes, y no sabéis si dejar el mate o seguir tomándolo.

Por los medios a mi alcance trataré de dar una explicación. Como no soy médico, no tengo por qué hablar en receta con palabras largas y esdrújulas. Viejo lector del Almanaque Bristol, entiendo algo de medicina. Además vivo cerca de una farmacia y de una yuyería, y tanto don Hilarión como el dueño de "La Catedral de los Yuyos" no me han sido avaros de sus conocimientos. Y, sobre todo, tengo homologado un largo tiempo de permanencia cerca del mate y de mis compatriotas. Tales son los fundamentos de lo que digo a continuación.

Cuando una persona acaba de tomar mate, su espíritu está como si recién volviera de la tintorería. Brillante, limpio, luciente, como nuevo. Se le ocurren pensamientos y proyectos optimistas. Sus fuerzas e ilusiones se duplican. Siente a flor de piel el campeón del mundo que hay en potencia en todo uruguayo. Y, como si se hubiera puesto ojos nuevos, las cosas que ve tienen colores más frescos. El paisaje y el cielo se vuelven postales animadas. Su sensibilidad también se acrecienta, y su pensamiento discrimina mejor. Todo esto es lo que querían expresar los médicos cuando os decían que la yerba era dinamófora y excitocortical.

Pero, ¡oh eterna mutabilidad de los bienes terrenos! Esa euforia, bonanza y fortaleza no son eternas; y a las tres o cuatro horas, si el matero no está cerca de una base de aprovi-

sionamiento, cae, por el gasto que ya ha hecho de sus reservas de energías, en una pereza, indolencia, desgano y laxitud. Por que las energías de una persona son como su sueldo mensual: si se lo gasta en pocos días tendrá entonces las satisfacciones que el oro le produzca, pero el resto del mes le será penoso.

La condición de materos de los uruguayos explica su brillante pique inicial, en el que se gastan y se quedan. Así se ha iniciado la Biblioteca Nacional, el Hospital de Clínicas y la carretera interbalnearia, obras inconclusas porque se les acabaron a sus gestores las fuerzas dispensadas por el mate.

También explica el carácter tan variable de la mayor parte de las personas. Cuando tienen en su sangre la verde infusión son comunicativos, generosos, optimistas y de buen humor. Horas más tarde, sin mate, son huraños, callados, irritables, escépticos, al extremo de parecer otras personas.

Cuando la fatiga pone su marca de fastidio en el rostro y lentitud en las manos, que se vuelven de plomo, y los brazos caen como mangas vacías, el mate levanta de nuevo el ánimo decaído, renueva las energías y nos devuelve aquel perdido optimismo. El criollo oscila así durante las 24 horas del día entre períodos de actividad mateínica y de astenia postmateínica. La política y la historia con sus marchas y contramarchas son la consecuencia en la vida colectiva de lo que diariamente pasa en la vida individual.

Y aquí aparece ahora el termo y la influencia que éste ha tenido sobre el carácter nacional y las obras públicas. Como aquel termo de café que Lindbergh llevó en el "Sprite of Saint Louis" y lo mantuvo despierto durante la famosa travesía, cada uruguayo, para sostener sus energías, ha tenido que recurrir al termo que lleva permanentemente a su lado como un segundo corazón que le bombeara al otro las energías y la alegría de que ha menester.

El termo llega así oportunamente para dar ánimo como un estímulo o una transfusión a quien languidecía por anemia. Así han podido terminarse algunas obras públicas. Pero parece que quien hizo el cuerpo humano no previó la necesidad de este aditamento ulterior. Y ya están apareciendo, en los consultorios y en las clínicas, materos con calambres en el brazo izquierdo, motivados por el largo apretamiento de ese brazo a que obliga el continuado de termo. Como ya lo han hecho con el calambre de los escribientes y el de los pianistas, los médicos

—siempre los médicos— describen ahora y presentan casos en sus sociedades científicas, de lo que han denominado "el calambre de los materos a termo". Unos lo explican por la prolongada contracción del brazo. Otros, por el apretamiento del nervio y de los vasos que pasan por ahí. Allá ellos. Lo que yo sé es que después de un rato de tener así el termo, se siente la necesidad de hacer descansar al brazo que ya duele.

Y ahora una muy buena noticia para nuestros compatriotas. La comisión uruguaya de "Átomos para la Paz", que tiene a su estudio las aplicaciones pacíficas de la energía atómica, ha hecho un informe sobre la posibilidad de reemplazar el termo de agua caliente con una manuable y módica pilita atómica que podría pagarse en mensualidades. Llevaría una cantidad pequeña, pero muy activa, de una yerba isótopa radioactiva, que proporcionaría de un modo permanente la energía que ahora por episodios le proporciona el mate común. Esta pequeña pila podrá ser llevada en el bolsillo como llevan la papa los enfermos de reumatismo. Entonces, nuestro carácter sería permanentemente eufórico, dinámico y trabajador. Dejaríamos de hacer informes y exposiciones, y podríamos hacer obras. ¿Verdad que sería lindo? Sólo falta ahora que sea verdad.

SOCIOLOGÍA DEL MATE

Conocí en Londres a un inglés que, después de veinte años en el Río de la Plata, había regresado a su ciudad llevando consigo el hábito del mate. Y, como matero de ley, lo tomaba en rueda. En el atardecer londinense llegaban a su casa sus dos hijos, y con ellos y su esposa, este hombre ponía junto al Támesis una escena propia de las márgenes del Yi o del Cebollati. Recortadas sus siluetas en una ventana que daba sobre Regent's Park —el mate humeante, la bombilla reluciente—, yo veía, por una superposición de imágenes, cuatro troperos en un *resuello* de su labor. Maneados los caballos a la sombra, aflojadas las cinchas, y a poca distancia un fuego de leñas, una pava y una calabaza pasando lenta y gravemente de mano en mano.

Todo un tratado de sociología rioplatense podría escribirse tomando como tema el mate. Dejamos esa tarea para algún pesado profesor alemán que pase por aquí y se le ocurra hacerlo. Digamos que si pueden conocerse hoy después de nueve siglos las costumbres de la época de Rodrigo Díaz de Vivar a través del Poema que contiene sus hazañas, para un futuro estudioso de las costumbres de nuestra época podrá servir el refranero y las poesías que aluden al cimarrón. Rastreando el mate a través de nuestros dichos y poesías, llegará el investigador de las futuras antigüedades al meollo de la psicología del habitante de esta zona del planeta durante esta parte del período cuaternario.

Por ser demasiado conocidas no abundamos en ejemplos de referencias alusivas al mate. El *mate de las Morales* es lo que mucho se anuncia y no llega nunca: *tome otro mate,* quédese todavía; *¡tomá mate!,* consuélate, ten paciencia; *mate lavado,* aburrido, tonto. *De donde yerba si es puro palo,* se le

dice a la jactancia de un "pura pinta". Oímos llamarle *amargo* a un político recién dado vuelta por alusión al mate ídem.

En la letra de los tangos se encuentran también muy bellas referencias. Es paradigmica la de "Yira, yira". Siempre nos ha parecido esta letra como la imagen de contraste, hecha con sombras, de los consejos ladinos del Viejo Vizcacha. Éstos podrían titularse: "Cómo triunfar en sociedad" (amistad del juez, palenque, perros gordos, lechones). El tango de Discépolo, por el contrario, es la derrota social (timbres sordos, pilas secas, zapatos deshechos) y como expresión la más dolorosa y que pueden comprender bien los materos: *Cuando no tengas ni yerba de ayer secándose al sol...*

Se sabe que el whisky es una bebida que incita a la sociabilidad y requiere compañía. La leve locuacidad que procura necesita interlocutor, y las frases y las risas tienen el contracanto del ruido de los trocitos de hielo en los vasos. Pero hay bebedores de whisky que lo hacen en privado. De noche, a solas en su pieza o en su escritorio —de cuya biblioteca sacan un libro hueco— beben, pues no se puede decir toman. A esta especie de bebedores solitarios. —Vito Dumas de la botella— en Venezuela se le llama "capillistas", sin duda, por la capilla propia que tienen para su culto al dios Baco.

Algo semejante pasa con el mate. La manera criolla de tomarlo es en rueda. Y hemos visto cocinas de estancia con ruedas numerosas donde circulaban al mismo tiempo dos y tres calabazas. Los paisanos no conciben otra manera de tomarlo. Pero aquí también hay capillitas: los que toman mate individualmente. El país se divide, así, en dos grandes sectores: los que toman mate en rueda y los que lo hacen a solas. Los primeros se llaman colegialistas. Los segundos son presidencialistas.

Dejen explicarme. Un aspirante a presidente es un hombre que quiere tomar todo el mate él solo. No cito, como ejemplos, nombres propios porque algunos de ellos me leen y no quiero que se fastidien. Los colegialistas comprenden el encanto del mate en rueda y desean llevar el fogón a la Casa de Gobierno. Saben que una viva afición común crea fuertes vínculos de simpatía y entendimiento. Recuerdan que nunca estuvo el país gobernado con más armonía que por aquel Ministerio

de la Conciliación, en 1886, cuyos ilustres integrantes eran también distinguidos turfmen y alternaban sus deliberaciones políticas con comentarios y opiniones sobre aprontes, tiempos y fijas. Aparte que, como turfmen, no podían perder la línea.

No quiero hacer estadística parando gente por la calle para hacerles preguntas. Pero estoy seguro que los 9 miembros del actual colegiado toman mate en rueda. Pero hasta ahora lo hacen en familia o con amigos, y no en la Casa de Gobierno. Por ello el sistema colegiado no ha marchado bien del todo todavía, como si le faltara algo. Y ese algo es llevar el espíritu que ha inspirado la idea colegialista —el mate en rueda— a sus últimas consecuencias. Y se verá cómo —reeditando al Ministerio de Conciliación— todo marcha sobre ruedas el día que las versiones del Consejo recojan frases como éstas:

—Sabroso y aguantador, ¿verdad doctor?

—¡Excelente la yerba! ¿Misionera o paraguaya?

—¡Paraguaya, General!

Y un auténtico sabor nativo tendrá la obra que mayoría y minoría, así unificadas, realizarán en torno a un contenido nacional indiscutible. Así sea.

VARIACIONES SOBRE EL TEMA MATE

UNA de las mayores tragedias que puede acontecer a los sudamericanos —y en el mismo orden que las dictaduras militares y la malaria— es quedarse sin yerba en Europa. Se vaga entonces por las legaciones y los consulados y por los hoteles donde suelen parar compatriotas tendiendo, con voz dolorida, una mano transida sedienta de verde. Y es que por privación brusca del mate se cae en un estado de desgano y malhumor que los distinguidos profesores de España y América redactores del Diccionario Enciclopédico describen así en la página 570 del Tomo XIII:

"Como sucede con todas las sustancias que excitan el cerebro, la suspensión del uso moderado del mate produce en los individuos habituados a su empleo un estado muy penoso de malestar general acompañado de cierto idiotismo o imbecilidad y atontamiento con imposibilidad para los movimientos y para toda clase de trabajos".

Nosotros ya habíamos sospechado que el idiotismo y la imbecilidad se debían a la falta de mate, pero no precisamente del que se toma con bombilla.

Un auténtico tomador de mate distingue naturalmente gustos y aromas diversos cuando el agua ha sido calentada en una caldera ahumada sobre un fuego de leña o sobre el gas o la electricidad de una cocina montevideana. Y puede diferenciar matices de sabor y perfume no sólo entre las diversas clases de yerbas sino en las cáscaras de calabazas que le sirven de mate y en las distintas procedencias del agua (de cachimba, del tiempo o corriente). Y en el modo como se ha empezado el mate —con agua fría, tibia o caliente— y se le ha ido llevando

con tan amoroso cuidado como a una prenda. Existe toda una liturgia cuyos ritos deben cumplirse especiosamente. Abreviarlos resulta tan sacrílego como apresurar una misa en breves minutos.

La caldera primitiva, que el criollo alejaba o acercaba al fuego para mantener la temperatura necesaria del agua, ha sido reemplazada por el termo que mantiene el agua permanentemente caliente. Esta posibilidad del matero de alejarse así del fogón, le ha permitido que con el mate y termo en las manos aparezca en las playas, en los ómnibus, en el Estadio y hasta en 18 de Julio. Pero ahora he visto termos que no sólo reemplazan a la caldera y la hacen portátil, sino que incluyen también al fogón. Un dispositivo de su parte inferior es embebido de alcohol y así calienta el agua del propio termo. Así, se han hecho portátiles, al mismo tiempo y juntos, en un solo aparato, al fogón y a la caldera. De este modo, en cualquier sitio que se esté, en un minuto y 38 segundos, controlados por reloj cronómetro, se puede tomar mate. ¡Y pensar que existió un anciano chino que escribió todo un libro sobre el arte de tomar el té!

He visto en Villa Muñoz a un hombre en la vereda de su casa tomando mate en termo. Un largo tubito de goma que salía del pico del termo, que mantenía en su mano derecha, llegaba al vaso de vidrio que servía de mate y cuya bombilla mantenía permanentemente en los labios. Por el principio de los vasos comunicantes, el agua del termo, luego de impregnarse del contenido de la yerba, iba pasando al estómago del recipiendario, que sólo debía hacer el leve movimiento de inclinación del termo y la succión correspondiente y la propia yerba le proporcionaba las energías necesarias para tales acciones. Frené el auto para mirar y admirar a este hombre. Estaba frente al inventor del movimiento continuo. Es cierto que tiene un antecedente: la vaca que toma su propia leche.

"No he tenido tiempo para hacerme matero" — me decía con importancia y cierto tono despectivo un Director General o Presidente de Directores Generales, no me acuerdo bien. Y yo pensaba: te sobrará tiempo entonces para tener una úlcera

de estómago u otra enfermedad de tu importancia. Las personas de actividad sostenida tienen necesidad de ese aflojamiento de tensiones en el curso de tareas difíciles. A esto llama el paisano *tomar un resuello.*

Un capacitado médico de clientela y triunfos científicos en aumento, resolvió un día no tomar más mate, pues había hecho el cálculo en horas del tiempo que le había consumido esa práctica desde la adolescencia y quedó horrorizado de los días que por ella "había perdido". No han pasado muchos años y este galeno debe guardar reposo de tiempo en tiempo por que sufre de úlcera gástrica. El propio tiempo atrasa el reloj a quienes pretenden adelantarlo.

Siempre los poetas han visto antes que los médicos las cosas que a éstos debieron interesarles. Podrían señalarse en las obras de Shakespeare los atisbos de patología psicológica que debieron esperar más de tres siglos para que el psicoanálisis las explicara. Otro tanto pasa con el mate. En ningún tratado de medicina escrito hasta la fecha se mencionan sus virtudes para la fatiga, la pena, la soledad.

Toda la obra poética de "El Viejo Pancho" tiene sabor y aroma de mate. El amargo de la yerba le sirve para embretar las penas. Y para el nudo que se forma en la garganta cuando arremete la tropilla de los recuerdos. Silva Valdés ha dicho que el mate lava los dolores del pecho a cada trago y es el cúralo todo en la casa del gaucho. Y Montiel Ballesteros le ha loado como remedio para la soledad.

Los médicos no hablan de estas cosas porque consideran que no es serio y además porque sus libros no dicen nada. Se sorprenden, luego —y hasta protestan— porque los curanderos hablan de ellas.

EL INSULTORIO CENTENARIO

ROL DETERGENTE DE LAS MALAS PALABRAS

Está ya demostrado que en instantes de contrariedad, frente a obstáculos que nos fastidian, ante sorpresas desagradables y en momentos de cólera incontenida, todo el mundo dice malas palabras. Aun personas cultas, cuando están solas y se les rompe algún objeto o no pueden abrir un cajón, se dan contra una silla o cuelgan el teléfono después que se les ha comunicado una mala nueva, dicen malas palabras.

Las malas palabras tienen así como función distender el ánimo contrariado o desagradablemente sorprendido. Son como un alivio frente a una contrariedad, y una válvula de escape que afloja nuestros nervios en instantes de cólera o fastidio. Estamos seguros que el lector reconocerá que no es necesario que presentemos ejemplos de esta función detergente de las malas palabras, escape del ánimo en tensión, válvula de seguridad frente al enojo pronto a estallar por los brazos o los pies. Si la educación es tan cuidadosa en prohibir al niño que diga malas palabras es porque se está seguro de que, de grande, las va a decir, pues no se prohibe lo que no puede tener lugar.

En la vieja India, tan rica de sabiduría en todas sus manifestaciones, existe una secta de los Vedas que practica una extraña e higiénica costumbre. El día final del año, todos los miembros de una misma familia se reúnen en una habitación, se tapan bien los oídos y así se dicen, unos a otros, todos los insultos e improperios que creen deben decirse y que han ido acumulando durante un año de vida en común. Terminada la ceremonia, inician el nuevo año con el ánimo tranquilo, aliviados de aquellas tensiones trabajosamente retenidas, con un cariño familiar renovado, fresco, como sin estrenar.

En todas las grandes ciudades modernas existen sitios destinados para que la colectividad vaya periódicamente a ellos a descargar sus enojos. Nuestro Montevideo no podía ser la excepción y tiene su lugar destinado para tal fin: es el Estadio Centenario, donde semanalmente concurren decenas de miles de personas a cumplir aquella sana función de desahogo. Se paga una entrada, se toma asiento en una tribuna y se es libre y dueño de dirigir todos los insultos que se quieran a unas personas que, allá abajo y dentro de un alambrado, hacen algo que a veces se parece a un partido de fútbol. Es de práctica dirigir de preferencia los insultos peores y de mayor calibre al árbitro; y para que el público en tal renglón, se despache a su gusto, se contratan árbitros ingleses que no entienden, por tanto, las blasfemias que se les dirigen. La diferencia idiomática del juez es como un anestésico que se le diera al toro víctima de la corrida para que no sienta los picanazos y banderillas que después lo pinchan. Cuando los árbitros ingleses, después de una temporada de actuación, van comprendiendo nuestros matices expresivos se les cambia por un stock de ingleses nuevos.

Todo un variado y rico repertorio que va desde "Cabeza de huevo" hasta "Juez del Crimen", pasando por alusiones veladas a sus progenitores más inmediatos está permitido. El empleado que ha trabajado a presión toda la semana y que tiene un patrón severo, se desquita con el árbitro o el centre-forward: chorro, animal crónico, son los dulces nombres que les prodiga con generosidad. El empleado postpuesto, el obrero mal pagado, el comerciante agobiado de impuestos, el político no votado, van al Insultorio Centenario y allí dicen todos los denuestos y blasfemias que quieran.

El precio que debe pagarse por las localidades está en relación con el mejor impacto que pueda hacerse desde ellas. La platea y la tribuna América son las localidades más caras porque están cerca del túnel donde salen y entran los jueces y jugadores y al alcance así de las palabras. La Olímpica cuesta menos porque allí el pouchingball es sólo el linesman de ese lado. Y los Taludes son los más baratos porque desde ellos sólo alcanzan los insultos a la espalda de los goleros.

A las personas de las clases sociales más cultas se les ubica en una división especial llamada Palco Oficial. Los denuestos

que de allí salen son de una calidad más distinguida que los que proceden de las tribunas. Así cuando a un Juez desde la Tribuna América se le grita "¡Ladrón de los caminos!", desde la Olímpica: "¡Juez del Crimen!", desde la Amsterdam: "¡Chorro inmundo!", y desde las Taludes (tachado por la Dirección), desde el Palco Oficial se le llama "¡Arbitro venal!" A veces, es cierto, se escucha procedente del Palco Oficial alguna palabrota propia de las localidades baratas, pero es algún colado que llegó allí como los del Talud que saltan para las Tribunas.

Teniendo en cuenta su finalidad de asistencia pública, el Insultorio ha sido construído junto a los otros bloques asistenciales de la ciudad: el Hospital de Clínicas, el Instituto Traumatológico (con el que lo une un túnel) y el de Enfermedades Infecciosas donde está a estudio el virus supertóxico extraído de la saliva del hincha rabioso. También está próxima la Facultad de Odontología para los casos en que las dificultades con los jueces ingleses no se limitan a la lengua sino que llegan también a los dientes. Y para aquellas personas a quienes no les alcanza el diálogo socrático y tienen necesidad de pegar un balazo se dispone allí mismo, a pocos metros, del Polígono de Tiro donde pueden realizar su deseo de ejecutar un tiro real. Como vemos, están previstas y llenadas todas las necesidades correspondientes a los saludables desahogos de la colectividad.

Existen personas absurdas que se toman a golpes en el Insultorio, lo que equivale a tocar la pelota con la mano cuando se está jugando al fútbol. Son seres no evolucionados, que no comprenden la finalidad derivativa del espectáculo, pertenecientes al mismo grupo de inmaduros que toman en serio los insultos que se reciben cuando se maneja un auto en la ciudad. Las blasfemias lanzadas desde el volante, como los denuestos dichos en el fútbol, son derivativos, supletorios, detergentes, y quien insulta y además se pelea resulta tan ilógico como un hipertendido que se hiciera una sangría y que además después tuviera una hemorragia.

Lo repetimos, porque vemos domingo a domingo que es necesario; la finalidad del Insultorio Centenario es sólo y nada más que el insulto. Allí, cómodamente sentados, en mangas de

camisa o en solera, hombres y mujeres, grandes y chicos, suegras y yernos, deudores y acreedores, blancos y colorados, árabes y judíos, están todos de acuerdo: insultar al juez y a los linesmen, mientras toman café, beben coca cola, comen pop con vitaminas acarameladas o helados con clorofilas sintéticas.

Finalizando, debemos decir que periódicamente se levantan en la prensa y en la radio voces reclamando la necesidad imperiosa de la ampliación del Estadio; y es que han aumentado las peleas callejeras y en los bares. Existe una oposición entre la extensión de la crónica policial y las crónicas deportivas. Y la amplitud que están teniendo los comunicados policiales ponen en evidencia la necesidad urgente de que se dé comienzo a la ampliación de las obras del Estadio. Lo pide en latín la opinión pública: *Verba, non res* (que, traducido al castellano, quiere decir: *insultos sí, cáscaras no*).

LA VIVEZA CRIOLLA

EXISTEN expresiones verbales de jugoso y significativo contenido, cuyo uso ha sido consagrado por el lenguaje común por que traducen estados de ánimo frecuentes y generales. Están, entre ellas, la *gauchada,* la *viveza,* el *papelón,* el *caradurismo,* la *sonada.* Dado que ellas exteriorizan facetas de nuestra caracterología, dedicaremos algunas notas a esbozar su origen, su significado y su mecanismo de acción, como ya lo haremos también con la *muñeca* y la *cuña.* Comenzaremos por la llamada *viveza criolla.*

La viveza, esto es, esa forma degradada de la inteligencia y de la astucia, que en nuestro medio se tolera y hasta se festeja, tiene en nuestro país antecedentes tan remotos como los orígenes mismos de nuestra historia. Leed la descripción que un historiador, Gregorio Funes, hace de la muerte de Solís: "No halagaba tanto a Solís la vista de aquellos indios, quanto las señales que le daban de una acogida favorable. Como si quisieran festejar su llegada, le largaron las manos cargadas de presentes; y para afianzar más su confianza tomaron el expediente de dexarlos y retirarse. Con pocos compañeros, Solís saltó a tierra. Salieron entonces los indios de una emboscada que tenían puesta a las orillas del arroyo, y los mataron."

Esta emboscada es ya un antecedente de la viveza y data de 1516.

Por su parte, el gaucho, no obstante su lealtad y su guapeza, acepta esta forma de ingenio que es la viveza. Buena parte del prestigio del general Rivera entre los paisanos se fundamenta en su ingénita capacidad para la estratagema, el engaño y la simulación, de los que, en ocasiones, llegó hasta el abuso. La estratagema con que en el Rincón, con sólo 250 jinetes se apoderó de 8.000 caballos y puso en derrota a 800

soldados imperiales, metiéndose con sus gauchos entre las caballadas a las que espanta en plena noche, es una de las tantas proezas de su astucia. Y la prueba máxima de su ingenio la realiza en aquel conocido episodio inicial de su triunfal campaña de las Misiones cuando perseguido, de un lado, por Oribe, debe salvarse vadeando el Ibicuy, pero encuentra que del otro lado están los brasileños armados y en gran número en su espera para apresarlo. El ardid rápido con que burla a unos y a otros es conocido y constituye, sin duda, uno de los episodios más brillantes de la aplicación de la viveza criolla.

Pese a los antecedentes indios y gauchos de este género de astucia, ella no es en la actualidad realizada únicamente por los criollos auténticos. Los inmigrantes, sea por la influencia del ambiente geotelúrico o por el estímulo de la imitación, ya en la primera generación están a la par de los ejemplos nacionales. Los concurrentes al Estadio Centenario podrán ver, sábados y domingos, cómo aquellos jugadores de apellidos armenios, rusos y alemanes, no se quedan en este renglón a la zaga de los Vázquez, González o Varela.

Siguiendo un proceso semejante a otras cosas del espíritu, la viveza, que ya era una forma degradada de la inteligencia, se degradó aún más y en la actualidad es un modo de engaño con que se atenta contra el derecho ajeno y hasta con la propiedad. Nos ha tocado presenciar su aplicación por compatriotas en el extranjero y hemos sentido rubor. Porque debe saberse que la viveza, que entre nosotros es tolerada y hasta festejada cuando logra éxito, tiene condenación en aquellos países donde la convivencia social se hace sobre la base de la confianza mutua, el respeto recíproco y el acatamiento unánime de la ley. Son conocidos los disgustos que han pasado algunos compatriotas por querer aplicar en Europa o Norteamérica métodos y prácticas de viveza comunes entre nosotros.

Pero he aquí que cuando nos aprestábamos a anotar este carácter entre aquellos propios del criollo, nos encontramos hojeando mapas e historia, con que los portugueses en el siglo XVI daban ejemplo de esta clase de astucia, si bien es cierto

a la altura de nuestras mismas latitudes como si estuviera en ellas su duende inspirador.

En efecto, como el descubrimiento del Nuevo Mundo realizado por España, excitara la envidia y rivalidad de Portugal, que ya había hecho conquistas en Asia, los reyes de ambos países, para evitar complicaciones y obtener la soberanía de sus futuras conquistas, acordaron el Tratado de Tordesillas, en 1494: una línea trazada de polo a polo y pasando 370 leguas al O. de las Islas Azores, dividiría entre ambos reinos el mundo desconocido.

Si se observa un mapa, se ve que dicha línea corta a América del Sur a la altura del Brasil en su parte Norte al Este de las bocas del Amazonas y en Sur en el paralelo 25, esto es en la Isla de Santa Catalina. Todo lo que se descubriera, pues, al O. de esta línea pertenecería a España. Pero he aquí que todos los mapas portugueses que se hacen en los años que siguen al Tratado, y como consecuencia de los viajes hechos por los navegantes lusitanos, dan a la costa atlántica de nuestro continente, no la inflexión real que tiene al Sudoeste y que la hace parecer a una pera, sino una franca inflexión Sudeste con lo que se parece a un zapato. Esta transformación de una pera en zapato no es la obra de un prestimano ilusionista, sino realizada por los cartógrafos de Su Majestad Fidelísima, el Rey don Manuel de Portugal. El planisferio de Carneiro, 1502, es el primer plano portugués que deforma la dirección de la costa, dándole un rumbo rígido Norte-Sur. En el mapa llamado de Cantino se le da a la costa un perfil cóncavo con la punta hacia el Africa, a esta alteración es imitada por los cartógrafos sucesivos. De este modo, aquella línea pudo ser empujada hasta Maldonado.

Vemos, pues, que los portugueses ya en el siglo XVI daban pruebas de dominar el sutil artificio de la viveza. Con tal antecedente histórico, resulta que, a ejemplo de aquel antepasado guerrero y muerto de la letra de un tango —y que no fué guerrero ni está muerto—, nuestra tan reputada viveza criolla, de la que tanto se usa y abusa en política, en deportes y en los negocios, no es viveza ni es criolla. La conclusión nos llena de desconsuelo.

PSICOLOGIA DE LA GANA

El Diccionario define la gana como deseo, apetito, propensión natural a alguna cosa. En nuestro vocabulario platense tiene la palabra gana el significado de todo un estado de espíritu cuando decimos: no tuve ganas, me encuentro sin ganas, el día que tenga ganas, y más categóricamente cuando expresamos: No me da la real gana.

La gana no tiene una raíz intelectual, sino que responde a una oscura fuerza inconsciente. No es el resultado de una elaboración cerebral, de un propósito mentalmente premeditado, sino que obedece a motivaciones profundas, vegetativas, desconocidas generalmente por el mismo sujeto que la obedece. Como ella es un carácter general, que se manifiesta tanto en el intelectual como en el hombre medio, en el investigador, el político y el deportista, creemos del caso destinar una nota a este fenómeno psicológico, las ganas, sin el cual estos apuntes sobre la caracterología del uruguayo que estamos escribiendo se resentirían de una laguna importante.

Sujetos de otras nacionalidades cumplen sus actos y voliciones dentro de un desarrollo meditado y lógico. La vida del sajón es tan racional como la exposición de un proceso geométrico. Nada queda librado al azar, a la interpretación, a los impulsos: todo está previsto y predeterminado. Otras razas lo supeditan todo al resultado económico y se cumplen actos o se dejan de cumplir según sean o no negocios. Muy distintas son las razones por las que el criollo determina sus actos.

Ando con ganas de escribir un libro — dice el escritor. Me están viniendo ganas de hacer un trabajo científico — expresa el médico. El día que me levante con ganas voy a contestar la carta de fulano. Ando con ganas de fundar una revista. No tengo ganas de trabajar.

Esta nuestra característica les sorprende profundamente a los europeos recién llegados, habituados a dirigir los actos de su vida por razones intelectualizadas y siempre conscientes. Refiere Keyserling cuán grande fué su sorpresa cuando oyó contar a una señora que un día que jugaba al tenis en las afueras de Córdoba ofreció a un muchacho un peso por hora si se encargaba de recoger las pelotas. El muchacho meneó melancólicamente la cabeza:

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no tengo gana.

Y concluye el conde filósofo que esta gana —que no es la voluntad, sino una fuerza ciega sobre la que ningún imperio ejerce la conciencia— es la razón por la que en el Plata el hombre no haga, no pueda ni sea todo lo que es capaz, y que en su vida, tanto individual como social y política, sólo realice cuando se vea forzado, improvisando entonces sin método ni planes previos.

Sábese que el criollo del campo, nuestro antepasado, sólo trabajaba cuando estaba sin recursos, pero, una vez que sus trabajos en las estancias —domas, yerras, tropas— le procuraban dinero, quedaba sin trabajar todo el tiempo que éste le duraba, tiempo que no era mucho dado su natural dispendioso y jugador. Alguien ha confundido la falta de gana del criollo con la pereza; pero no es lo mismo, pues, llegada la ocasión, el gaucho era capaz de realizar los trabajos más penosos y sostenidos, como conducir una tropa, alambrar, montar o domar.

Hasta fines del siglo pasado, nuestro gaucho para su sustento no tenía más que carnear cuando tuviera hambre, servirse lo que quería y llevar algo atado a los tientos. Podía, a mayor abundamiento, quedarse varios días en una estancia, en cuya cocina había permanentemente carne en el asador a disposición de quien quisiera. Un cielo luminoso de cristal, una verde campiña ondulada, un amor, una guitarra, ¿qué más necesitaba? Dejaba a los gringos la tarea de pesar y medir detrás del mostrador —acumulando ganancias— y a turcos con valijas el

comercio ambulante. Un clavel en la oreja, un silbido en los labios, un buen pingo en las riendas. Y trabajar cuando le viniera las ganas o le apuraba la necesidad.

Sabemos que todos nuestros actuales compatriotas no descienden de gauchos. Pero nadie ignora la facilidad de nuestro suelo, para convertir en criollos a todos los que llegan. Inciden factores telúricos: el suelo, el clima, los vientos; factores nutritivos: la clase de alimentación, carne y mate. Por otra parte, en América, la civilización europea, en cuyo ciclo nos movemos, no pasa de tres siglos y no ha llegado todavía a todo el Continente. Natural es, pues, que tengamos formas de vida distintas y menos intelectualizadas que las de los habitantes del Viejo Mundo.

El día que la Medicina deje de estudiar sólo las enfermedades de los órganos —que siempre son efectos— y estudie también las necesidades del espíritu —cuyo fracaso o insatisfacción son a menudo la causa de aquéllas—, se enfocará seriamente el estudio biológico de las ganas. No hay efecto sin causa. Podrá ser loco o disparatado lo que dicte nuestro pensamiento, pero no lo que indica el cuerpo, por cuyo intermedio habla siempre la naturaleza biológica. Las ganas son siempre la expresión de necesidades. Si una persona tiene ganas de comer naranjas es porque necesita vitaminas, y la carencia en su organismo de ellas se expresa bajo forma de ganas.

Si se siente gana de tocar el piano, escribir poesías o leer a Bécquer es porque el espíritu necesita salir de una prisión que lo aprieta o lo envilece.

Cuando la bioquímica se halle tan adelantada que permita penetrar con sus investigaciones hasta la más íntima raíz de nuestros nervios y las nacientes de nuestra sangre se tendrá la expresión endócrino-humoral de las ganas y se verá que ellas no son sino urgencias del cuerpo o del espíritu, que todo es uno. Como a través de los antojos de la mujer grávida se expresan las necesidades nutritivas especiales del ser en formación que lleva en sus entrañas.

Nos damos cuenta que este bosquejo rápido que hemos hecho resulta simplificado y esquemático, y advertimos que en su consideración faltan otros factores y otras discriminaciones, que estudiaremos el día que tengamos ganas.

MODOS DE VIVIR

El edificio de la Universidad —Facultad de Derecho y Liceo Vázquez Acevedo— está rodeado de pequeños cafés de indiscutible vocación pedagógica, sostenida durante casi medio siglo. Situados, unos en 18 de Julio, otros en Tristán Narvajas y otros en Eduardo Acevedo, sobre sus mesas se escribieron —y se escriben todavía— apuntes y resúmenes, y en sus sillas se sientan nerviosamente quienes están a punto de pasar exámenes y testimonios. Testimonios, sí. Y en mayor número y más frecuentes que los exámenes, puesto que mientras éstos se realizan en los dos períodos conocidos del año, los testimonios que allí se preparan y se les da el apronte final, se toman durante todo el año, sin descanso —salvo Carnaval y Turismo— desde que allí cerca se levantó el edificio de la Caja de Jubilaciones y Pensiones Civiles.

Entrad en uno de esos cafés en un día de labor, acercaos a las mesas donde trabajan los testigos y los postulantes, y oiréis los repasos finales, las instrucciones del año entero, que el testigo, bajo la dirección del técnico, trata de aprender y repetir de memoria:

—Desde el 18 de febrero de 1905 al 24 de octubre de 1911 trabajó de lustrador de calzado en la Curva de Maroñas. De vendedor ambulante en el Cerrito, desde el 12 de noviembre de 1912 hasta el 28 de diciembre de 1917. Etc., etc.

Titubeos, nerviosidades, errores y hasta "amnesias", todo en estos repasos nerviosos y apresurados reeditan las mismas circunstancias de hace cuarenta años cuando allí mismo se aprontaban las materias de Secundaria y se les daba la cepillada final, por ejemplo, a Química preparándose para las preguntas bravas de Maggiolo, Della Croce y Landeira, la llamada

"cortina metálica", la línea de halves más difícil de pasar que hubo en el edificio de la calle Lavalleja.

Mas, podría decirse que los interrogatorios a que van a ser sometidos los testigos son todavía más difíciles de pasar que los exámenes meramente universitarios. Para los testigos no hay textos escritos ni mimiografiados, se debe estudiar libre, no hay apuntes de lo que pregunta cada examinador, puesto que las preguntas son distintas para cada caso particular.

Las notas que reciben los testigos oscilan también entre el "no aprobado" y el "sobresaliente", de acuerdo con la rapidez y exactitud de las contestaciones, la desenvoltura y seguridad del examinado y el grado de eficacia de su testimonio. Piénsese en las tres S que, fuera de toda duda, débeseles haber dado a los testigos presentados por un ex preso que se hizo adjudicar trabajos de corredor ambulante durante los 25 años que estuvo detenido en la cárcel por haber dado muerte a su tía, y de lo que ha dado cuenta la prensa. Compréndese bien cómo tal persona, convencida de su todopoderosa eficacia para preparar testigos, haya abrazado finalmente la responsable profesión de gestionador de jubilaciones, instalando junto al edificio de la Caja una academia que, prestigiada por el éxito personal obtenido, se impuso de inmediato en nuestra plaza.

En el oficio de testigo, sin embargo, no todo son flores. Como todo el trabajo se hace con la memoria (es muy difícil llevar apuntes y hacer pasar "ferrocarriles") se debe tomar fitina y glícerofosfatos para evitar olvidos fatales y desgarramientos que obliguen a retirarse durante la prueba. Por otra parte, se debe tener "le physique du rol", aspecto y edad propios para cada circunstancia. Un imberbe que recién comienza a trabajar no va a salir de testigo de servicios prestados antes de la primera guerra mundial. Se necesita un "veterano", y hay que buscarlo. Y hay que adecuar el tipo. Un bohemio que no se afeita ni corta el pelo no es el mejor como testigo de años de peluquería. Un flaco dispéptico no convence si acredita servicios de restaurantes.

Como se ve, el asunto no es tan fácil. Algunos creen que el técnico dispone de una profusa guardarropía de testigos y

que frente a los más variados expedientes jubilatorios no tiene más que sacar el testigo adecuado, darle una plumereada y ponerlo en actividad. Más o menos como hacía en el cine el doctor Chang, mago chino que disponía de cuerpos de médicos, abogados, mujeres, gangsters, etc., conservados dentro de otras tantas barras de hielo, y los sacaba del "frío" cada vez que necesitaba emplearlos. Esto, que ya hacen en Montevideo los acaparadores de las manzanas, los huevos y los limones, no se ha podido realizar todavía con los testigos, y se debe seguir trabajando con elementos frescos, y éstos deben estar prontos cada vez que a la vista de un postulante que entra al café con su completo administrativo, el técnico grite: —¡Marche un testigo!

Además, hay cosas que la gente no sabe y, por eso, no valora, y discute después el precio. Los testigos que trabajan en los Juzgados tienen que cobrar más que los de la Caja de Jubilaciones. Un divorcio es, a veces, un asunto más delicado que la testificación de tres años de cuidador de autos. Hay que tener un físico de mejor presencia e ir bien vestido. Me decía un testigo caro, ofendido por una oferta que lo humillaba:

—Vea mi sombrero ministro. Mi traje oscuro, cruzado. Las polainas y los guantes color patito. Y el portafolio de cuero que llevo bajo el brazo. ¡Soy un testigo de lujo para las pruebas de los grandes divorcios! ¡Cincuenta pesos! Hoy día con cincuenta pesos sólo consiguen testigos de alpargatas. ¿Dónde vamos a parar? ¡No estamos tan caídos!

Y movía en el aire aquel portafolio de cuero que completaba su aspecto intelectual y en el cual sólo llevaba dos refuerzos de jamón y queso que es lo único que toma en toda una tarde de trabajo.

Hay testigos para todos los testimonios, como corresponde a una sociedad bien organizada: choques, accidentes, coartadas, años de servicios, pruebas de fidelidad o de adulterio, actividades comerciales, industriales, profesionales. El testigo, laboriosa hormiga que trabaja en silencio, contribuye al orden social que nos protege. Sin sus servicios, nunca bien recompensados, las colectividades humanas retornarían a la ley de la selva, dramático caos donde cada uno tomaría lo que quisiera directa-

mente, sin la intervención de intermediarios como ahora se hace. Y entre esos intermediarios están los testigos, cuya labor queremos destacar en esta nota puesto que habitualmente se la rodea —no sabemos por qué— de un injusto silencio.

APOLOGÍA DE LA MUÑECA

Si la resistencia física del cuerpo humano radica en los huesos que constituyen su esqueleto, y la fuerza está en los músculos, no cabe duda que corresponde a las articulaciones poner en acción aquella resistencia y esta fuerza. Una articulación es así, no sólo el lugar donde goznes y troclcas harán posible el movimiento, sino también donde, por un sabio juego de palancas, se multiplicarán las fuerzas empleadas. Es en las articulaciones, pues, donde el potencial físico que está en el organismo en forma estática toma la forma dinámica y se exterioriza así en los gestos, la marcha, la carrera y la danza.

Si de la estatuaria egipcia, fría, hierática, inmóvil, se pasa a la escultura helénica se ve que es la intervención del movimiento —esto es, al juego articular— que corresponde el superior encanto y la gracia de la plástica griega. Porque la gracia del cuerpo está en el juego y la alegría de las articulaciones. Mirad, en el escenario de una playa, caminar a una mujer airosa, y veréis que el donaire, la majestad y la gracia residen en la elasticidad de sus articulaciones. Como lo está también la habilidad del atleta, la agilidad del gamo, la velocidad del corcel, el vuelo de los pájaros.

Siendo esto así, debemos preguntarnos cuál es la articulación que sirve más al individuo para su progreso en la vida social, profesional y política. Y, sin dudarlo, surge la respuesta: *la muñeca.*

Contemplad un instante la articulación de la muñeca. La tenéis al alcance de la mano. Bajo la fina piel que la recubre, los dos huesos del antebrazo — el cúbito y el radio— se articulan allí con los huesos del carpo. En relación con la masa del cuerpo, la muñeca aparece débil y fina; pero, si miráis bien, veréis que bajo su piel se deslizan las tensas cuerdas de

los tendones que llevarán las fuerzas de los músculos del antebrazo hasta el extremo de los cinco dedos, dotando a éstos de todos los movimientos de que son capaces y que han hecho posible la invención del fuego, la mecánica, la escritura, es decir, la civilización.

En Física, cuando una fuerza actúa venciendo una resistencia se dice que efectúa un *trabajo*. Llámase *máquina* a todo realizador de trabajo, siendo los más simples: la palanca, la polea, la cuña, el torno. Pero la Física, no dice nada de la *muñeca,* que es la máquina que en la vida colectiva realiza los trabajos más sorprendentes, aunque, bien es cierto, ella es una combinación de la palanca, el plano inclinado y, en especial, la cuña.

Pueblos primitivos e ingenuos no conocieron más que la cuña para mover los pesados monumentos que nos han legado. No conocieron la muñeca, tan superior a la cuña, pues en tanto que la cuña sólo empuja o levanta de un modo pasivo, y, diríamos, torpe, la muñeca, rica en movimientos, dúctil en cambios, no sólo aplica la fuerza, sino que la dirige de acuerdo con las dificultades cambiantes del obstáculo que encuentra.

Montesquieu definió a la política como la ciencia de prever las posibilidades. Y en todo tiempo han sido los políticos quienes mejor han comprendido y utilizado las capacidades de acción de la muñeca. Empleando un eufemismo delicado, el Presidente Julio Herrera y Obes llamó *influencia directriz* al empleo adecuado de la articulación radiocarpiana. Y así como el dedo índice es llamado así porque es el que se usa para indicar a dedo, las *designaciones* —operación más difícil— son obra, en general, de la muñeca.

Creemos obvio insistir en nuestros días y en nuestro país con nuevas pruebas para destacar el valor de la muñeca. Digamos que la función social que cumple esta articulación, y que todavía es omitida por los tratados de anatomía y fisiología, fué percibida por los poetas, como siempre más sensibles que los pesados sabios de lentes. En 1874, José Hernández en su Martín Fierro pone en labios del Viejo Vizcacha estos consejos:

Hacete amigo del Juez,
No le dés de qué quejarse;
Y cuando quiera enojarse

Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse.

El poeta, mediante veladas imágenes, llama *juez* y *palenque* a lo que en la mecánica social se denomina ahora *muñeca.* Y a tal punto se ha juzgado que tales consejos son encomiables y deben ser puestos como ejemplos a los montevideanos, que se ha elevado un monumento a quien los dijo, esto es, al Viejo Vizcacha. Y creemos que no es por azar que esté colocado en la misma plaza y a pocos metros del monumento al gran educador José Pedro Varela, quien —a fuer de verdad debemos decirlo— le da la espalda al viejo enaltecedor de la muñeca.

Como todo elemento cuya eficacia es reconocida, el empleo de la muñeca, se ha universalizado, denominándola, claro está, con designaciones idiomáticas propias de cada país. Así es que la traducción de muñeca al francés, no es "poignet" como tan candorosamente dice el Diccionario, sino que es *pistón.* Los franceses, que en todo tiempo han sido geniales en eso de sacar el máximo partido de toda cosa, han preferido la palabra pistón, por su significación en Dinámica. El pistón, en efecto, es el que empuja o impulsa en un motor, transformando la energía del combustible en fuerza motriz que se emplea para una función de desplazamiento. El pistón, a igual que la muñeca, gana en eficacia si un buen lubrificante facilita su deslizamiento.

Los franceses llaman "pistonage" a la acción de aplicar el pistón para la realización de un trabajo, que puede ir desde la obtención de un botón escarlata para la solapa hasta un sillón de una Academia. También en nuestro idioma se usa el derivado equivalente —"muñequeo"— para significar el trabajo insistente y múltiple de varias muñecas que se mueven entonces en varios frentes en una actividad sincronizada. Constituyen así una máquina formidable capaz de los trabajos más sorprendentes.

En los breves apuntes de Física que anteceden hemos querido exponer las funciones de la muñeca de un modo general. Hacerlo en particular sería darle a estas notas las proporciones de una guía social. Queda visto también cuán incompletos son

los textos de Anatomía que limitan los movimientos de la citada articulación a las simples extensión, flexión y lateralidad. Por ello, hay médicos que dejan después libradas sus aspiraciones a sus solos méritos.

¡Oh, muñeca! ¡Eje y centro, palanca y polea de tantas realizaciones que cumples de un modo callado y eficaz, silencioso y positivo! ¿Cuándo aparecerá el Walt Whitman, vigoroso y barbudo, que te cante en sonoros versos de bronce?

RADIOGRAFÍA DE LA COLA

Como una necesidad de la vida colectiva, hecha sobre la base del mutuo respeto, y para que frente a las ventanillas y entradas las gentes no se magullen, destrozándose la ropa y arrancándose los botones, surgió *la cola*. Es ésta una convención en la cual cada recién llegado renuncia al empleo de su fuerza para —armándose de paciencia y docilidad— esperar su turno, como si no pudiera o no deseara abrirse camino por su solo empuje personal. Así, el fuerte y poderoso forma en la cola a la par del débil, del niño y del anciano. No hay otro derecho que el orden de llegada.

Las personas acostumbradas a tomar las cosas cuando las desean, forman a regañadientes en las colas. De este modo, las colas domestican al hombre: le vuelven dócil, le enseñan a esperar su turno, a dominar su impaciencia, a respetar el derecho ajeno. En tal sentido, cumplen la misma función social que las "amasadoras" o salas de largas esperas. A tal punto vuelven dócil al hombre, que algún sociólogo proclive a las rápidas conclusiones podría afirmar que los dictadores ven facilitada su acción de obediencia y pasividad colectiva por el amaestramiento de las muchedumbres en las colas. Cuando se ve, en una ciudad, largas, muy largas colas a la intemperie para tomar un ómnibus, sacar una localidad en un espectáculo, para hablar en el teléfono público, para tener sitio en un restaurante y aun para más menudas necesidades, se comprende qué escuelas de disciplina —esto es, de dominio paciente de la voluntad y limado y pulido de los impulsos— significan las colas.

En los países europeos que tanto han sufrido por la acción de las guerras y postguerras, y dominio de los dictadores, que exigían igual acatamiento colectivo, las gentes forman cola ya

como un hábito adquirido tras prolongado aprendizaje. En esos pueblos la domesticación social es tan grande que un amigo me decía que temía detenerse en una esquina o frente a un local porque pronto, detrás de él, podrían irse colocando las gentes.

El Uruguay fué el último país en aceptar la cola. Regresábamos de Europa y de otros países de América donde la cola estaba impuesta desde hacía años, y veíamos aquí frente a las ventanillas del Estadio y las boleterías del Sodre, las mismas ardientes pujas de siempre: un tumulto de cabezas y de brazos del que de tiempo en tiempo salía, desprendiéndose, un hombre con los mismos esfuerzos que en un nuevo nacimiento, pero esta vez con una entrada en la mano.

Y bien, el uruguayo, actualmente acepta la cola. Por lo menos, ésta es la conclusión a que llegaría el espectador que mirara de lejos o al pasar. Porque, si se pone a observar con mayor atención o le toca formar parte de ella, verá que el criollo, llevándose por su indisciplina e indocilidad, ha aprendido ya a burlar la cola. No se detiene a respetar el derecho de los demás porque casi nadie considera que los demás tienen derechos iguales a los suyos. El se cree el más listo, el más fuerte, el más ingenioso y, por lo tanto, ¿qué necesidad tiene de esperar, poniéndose tras esa masa inhábil, pasiva y sin astucia que avanza lentamente? Pero no forcejea ni entra a rodillas y codos en la masa. Ya no se vale de medios físicos. Se ha superado frente a la nueva dificultad, y ahora sus procedimientos son otros. Todos vosotros podéis ser testigos en cualquier cola de cómo procede. Vedlo.

Frente a una boletería hay una cola tan larga que a veces se encurva como una sierpe que alcanzara hasta la calle. Llega nuestro hombre, y no va a formar directamente al extremo final para esperar su turno. No. Esto lo hacen, como él piensa, los "tarados" y los que no tienen "muñeca". Él se dirige a ver si entre los que ya están próximos a la ventanilla hay alguna persona que conozca. No ya un amigo, sino alguna persona a la que haya visto alguna vez en la vida. Y le pide que le saque las entradas, a menudo tres, cuatro o más, porque viene acompañado. Si no encuentra a ningún conocido es lo mismo: se dirige al que está junto a la boletería, y con la sonrisa ancha de criollo ventajero, le pide que le haga "una gauchada" y le

pone en la mano el importe de tres o cuatro entradas. Este acepta aunque no conozca al otro, pues no hacerlo significa exponerse a una respuesta incómoda, ofensiva y, hasta quizás, un incidente. Y, además, porque piensa:

"Hoy, yo por él; mañana, él por mí".

Y así hemos visto pedir estos favores, junto a las ventanillas, hasta a señoritas dirigiéndose a desconocidos. Podría argüirse que a nadie perjudica que quien está delante, en lugar de una entrada, saque cuatro. Pero, aparte del tiempo que se emplea en despacharlas, pueden ser las mejos ubicadas, y cuando ellas son limitadas, puede quien avanza respetuosamente encontrarse con que ya se han terminado cuando llegue a la ventanilla. Asimismo, no incluímos en la cuenta a aquellos conocidos del boletero y personas influyentes que entran directamente a servirse en la boletería, y las entradas reservadas por llamados telefónicos que no cesan de llegar.

Hemos acabado por pensar que una persona se resigna a ponerse a la cola solamente en los casos en que en la recorrida previa que realiza no encuentra en ella ningún conocido o no se atreve a pedirle a un desconocido la gauchada. Y pensamos si nosotros, que respetuosamente vamos a ponernos siempre en nuestro turno, no padeceremos alguna tara que nos quita audacia para proceder como nuestros compatriotas ventajeros, o quizás estaremos ablandados por nuestras residencias en el extranjero. Creemos que el no respeto de las colas exterioriza una cosa más vasta y general en el carácter y es el no respeto a los derechos legítimos y a las naturales jerarquías. "Largate", "atropellá", "no te duermas", "madrugalos", "buscate muñeca", son términos expresivos de quienes emplean en la puja social los mismos procedimientos ventajistas que en las colas. El estilo es el hombre. La muñeca es hermana de la gauchada y prima del acomodo y de la cuña. Pero de la familia hablaremos en próximas notas.

EL PRIMERO Y EL LUNES

En una nota anterior sobre la *gana* decíamos que a diferencia del europeo que determina sus actos de acuerdo a planes mentalmente preestablecidos, el uruguayo deja libradas sus acciones a la aparición o no de una fuerza ciega, subconsciente de raíces profundas y ocultas, llamada *gana*. Se actúa, se trabaja o se escribe según tengamos o no tengamos ganas.

Otra de nuestras características es postergar el comienzo de un plan o de una obra hasta el día primero del mes próximo o hasta el lunes que viene. "Veme el primero" —se le dice a quien viene a proponernos un programa de acción—. "Háblame el lunes" —se le responde a quien llega con propósitos nuevos—. El primero y el lunes aparecen así como fechas mágicas en las que estaremos dotados de energías y de entusiasmos de que ahora carecemos, y podremos entonces fijar nuestra atención y nuestro interés en lo que se nos quiere proponer. Del mismo modo, todas las licencias por enfermedad en nuestro país terminan un lunes o un primero, como si la salud también esperara esas fechas mágicas para restablecerse.

A veces los términos son más dilatados. Durante ese prolongado "dolce far niente" que es nuestro verano se posterga para después de la Semana de Turismo todo pronóstico y plan de acción. Si en un mes hay dos fiestas seguidas, será para después de ellas que se fijará el comienzo de un trabajo. Y cuando el año corresponde a elecciones, entonces desde tres y cuatro meses antes todo se deja para "después de las elecciones".

Desde los bancos escolares se nos ha repetido tantas veces aquel consejo sobre lo que debemos hacer hoy y no dejar para mañana, que ha acabado por fastidiarnos y, por reacción, sólo

hacemos hoy lo que no podemos dejar para mañana. Y así realizamos las cosas cuando ya no hay modo de postergarlas. Un médico comienza a escribir su trabajo para un Congreso pocos días antes de la fecha de su inauguración y hallando justamente en tal proximidad un excitante para la labor. Las tesis de agregación se entregan cuando ya van a cerrar la ventanilla. Y las conferencias se terminan de escribir o preparar la mañana misma del día señalado.

En los países del hemisferio norte las cosas pasan de otra manera. La acción es el resultado de una meditación previa, de un método organizado, de elaboraciones cerebrales prolongadas, de planes estructurados y que luego se van realizando de acuerdo a lo prefijado. Recuerdo mi sorpresa y admiración cuando un estudiante alemán me mostró su libreta en la que desde el comienzo del año estaba anotado todo lo que en el curso de éste iba a hacer: lecturas, excursiones, sitio y fecha de los deportes de inviernos, exámenes y hasta el amor. Todo europeo sabe así con larga anticipación dónde estará y qué es lo que hará un día determinado del año y hasta del siguiente.

Todos los primeros de año iniciamos una *agenda* en la que escribimos nuestros propósitos y obligaciones, pero nunca nos ha durado más allá del mes de febrero (la perdemos o la olvidamos entre libros). Es fácil comprobar que pocos criollos llevan en sus bolsillos esas libretitas llamadas Notes, donde los europeos anotan propósitos, fechas y obligaciones. Nosotros dejamos esa tarea librada a nuestra memoria, y ésta retiene solo aquello que realmente nos interesa. La memoria hace naturalmente la selección entre lo útil e inútil, entre lo importante y lo banal, lo que queremos y lo que nos es forzado. Nadie se olvida de una cosa que le interesa de verdad. Razón tenía aquella enamorada olvidada que le reprochaba dulcemente a su amado: "Si me quisieras no te habrías olvidado".

Dejamos para el lunes o el primero aquellas cosas que descaríamos no hacer, porque aquello que nos interesa o deseamos realmente lo hacemos ahora mismo. Lunes y primero tienen así el significado de kalendas griegas. Lo que queremos es ganar tiempo para no hacer las cosas y postergándolas

así para el lunes o el primero, esperamos tener tiempo para encontrar nuevos pretextos para no hacerlas. Lo que hacemos lo realizamos cuando ya nos resulta imposible o injustificable su postergación.

Creaciones de nuestra laxitud, inventos de nuestro ingenio al servicio de las pocas ganas de trabajar o de comprometernos en algo, lunes y primero son así realmente pretextos para postergar las cosas y cuya verdadera traducción es: "No me fastidies", "No me vengas con esas cosas", "Déjame tranquilo". Que es realmente lo que se piensa cuando se dice: "Háblame de eso el primero, veme el lunes, hágame acordar después de Carnaval, o mejor después de Turismo.

Un filósofo alemán que nos estudió, Keyserling, dice que tales características traducen en nosotros una falta de organización intelectual, una ausencia de disciplina mental e inmadurez espiritual. Porque nosotros —dice— procedemos aun por la acción de sentimientos subconscientes, ciegos y primarios donde los europeos lo hacen por estructuraciones elaboradas y definidas.

Yo pregunto de qué les sirvió y a dónde los condujo la tan madura organización intelectual a los europeos más disciplinados mentalmente. Por otra parte, esa organización severa y sistemática le quita a la vida lo imprevisto que es justamente lo más interesante y sugestivo, y que es la sal que busca todo espíritu curioso y vivaz. Tiremos —si no la hemos tirado ya—, la libretita de Notes y vivamos de acuerdo con nuestras auténticas inclinaciones, y nuestros verdaderos entusiasmos, cuyos móviles no necesitan ser anotados. Es lo que yo pienso hacer a partir del primero.

L A S O N A D A

ALGUIEN ha escrito —y luego otros lo han repetido— que uno de los rasgos del carácter del uruguayo es la tristeza. No lo creemos, y aquí, a nuestro juicio, se ha padecido una confusión. Se ha tomado por tristeza la ausencia de entusiasmos, la escasez de ánimo constructivo y de anhelos positivos y optimistas. Es realmente un gran escepticismo sobre nosotros mismos lo que está en el fondo de todo esto.

Un amigo propone a otro la realización de una empresa y es escuchado, primero, con atención; luego, con tolerancia; después con displicencia, si no con fastidio. Finalmente, si el otro insiste, oye siempre la misma respuesta: "Déjate de esas cosas". O si tiene mayor confianza: "No embromés". Y ello es así tanto para emprender una iniciativa, fundar una revista, iniciar una campaña positiva.

Hemos dicho una campaña positiva, porque, si ella es negativa, puede tener otra acogida. Nuestro espíritu escéptico nos da de nosotros mismos una noción de minusvalía. Sabemos que no podemos hacer mucho, y en todo caso que no podemos hacer lo que see hace en Europa y Norteamérica. Por lo tanto, nos hiere desagradablemente si alguien logra hacer algo de valor. Por ello, quien se destaca en cualquier orden, es seguido con atención voraz por numerosas personas, que van a celebrar gozosamente su caída, su fracaso o su derrota. Si alguien triunfara netamente y fuera un vencedor absoluto, quedaría demostrado que se puede triunfar aquí y quedaríamos humillados y tristes todos los que no lo hemos hecho. Su fracaso es, en cambio, nuestra disculpa, la justificación de nuestra debilidad o insuficiencia. Allí tiene su raíz ese vocablo de difundida aplicación: ¡Sonaste!, que se pronuncia con delectación cruel, con gozo sádico, frente a una derrota, una decepción, una

negativa, y que llega ya al grado superlativo del placer cuando puede decirse disfrutando con boca y dientes: ¡Sonó el invicto!

En una ciudad del interior, capital de departamento, don Antonio era presidente del club social desde hacía ocho años. Vecino respetable y respetado, ejercía por sus méritos, su criterio y su carácter paternal una especie de mayorazgo desde la presidencia de dicho club, para la cual todos los años era reelecto sin discusión. Hasta que un día un socio, fastidiado por una presidencia tan unánime, dijo en rueda de otros socios:

—¿Y si lo hiciéramos sonar al viejo?

Se proclamó otra lista que encontró rápidos adeptos y en la siguiente elección don Antonio fué derrotado. Nunca se explicó la razón de tal cambio, que la hallará si lee estas líneas.

Hace 40 años cuando se disponía colocar en la Plaza Independencia la Fuente Cordier —hoy en el Prado—, don Federico Vidiella que tenía por qué conocer a los uruguayos —había sido Intendente de Montevideo—, sostenía que en ese lugar tan céntrico debería colocarse una pita criolla de aceradas puntas como símbolo representativo del carácter nacional. La idea no prosperó, pero quien camina por Montevideo encuentra tunas espinosas y hostiles en muchas veredas. La pasividad de las autoridades respecto a esos erizados vegetales, demuestra el asentimiento municipal a este plebiscito vecinal.

Contaba Juan Pedro Bellán que cuando su drama "¡Dios te salve!!" triunfó en Buenos Aires, un día aquí en Montevideo se comentaba en un café su éxito. Y uno de la rueda, sorprendido, exclamó:

—¿Quién triunfó? ¿Bellán? ¡No puede ser! ¡Si trabajaba conmigo!...

La pequeñez de nuestro territorio que en lo intelectual se reduce, salvo excepciones, a las dimensiones de Montevideo, crea un escenario muy limitado en el que no se puede montar espectáculo donde lo heroico, lo lírico o el talento requieran despliegues. Sólo queda sitio para la leve comedia, el sainete o el cuadro de costumbres. Nos resistimos a reconocer talento a quien vemos todas las tardes por 18 de Julio o en el café. No en vano a las estatuas se les ha puesto siempre pedestal.

Existen varias formas de reírse como diversión, El francés utiliza el sutil matiz de una expresión intelectual. El inglés, un frío concepto objetivo donde se espera una explosión sentimental. El humor del portugués es en cierto grado doloroso porque lo hace sobre sí mismo. El italiano lo hace sobre toda una colectividad en la que él mismo está comprendido, como puede verse en su cine neorrealista. En el Río de la Plata tiene una modalidad muy particular que ha llegado a crear un género: la *cachada,* esto es, la burla del prójimo, la befa sobre el semejante, el goce y la fruición en vivisecar a otro. En el atardecer de un domingo, en que un caballo favorito sea vencido o un equipo invicto o campeón haya sido derrotado, escuchad las radios locales y tendréis la expresión más basta de lo que es nuestra cachada. En el reciente clásico del fútbol, que terminó con un empate, oímos detrás nuestro en el Estadio:

—¡No pueden quedar 3 a 3! Entonces, ¿quién cacha a quién?

Y decidme ahora si somos un pueblo triste, como afirman algunos, o si el sentimiento predominante en nuestro espíritu es un escepticismo tan grande y permanente que encuentra en sus mismos fracasos los motivos de su delectación.

Al volver a leer lo escrito, antes de enviarlo a la imprenta, me doy cuenta de que el tono de este artículo no es el habitual de leve chanza, sorna sonriente, propio de estas notas. Me pregunto por qué esta vez no he podido derivar en humor un sentimiento penoso e ingrato que ha acabado por dominarme. Y lo atribuyo a esta serie de días nublados en los que un cielo ceniza, como un cristal ahumado, ha apagado el sol. Y he sufrido un eclipse de humor, en el que espero no reincidir.

EXPRESIONES RIOPLATENSES

Nos referiremos a algunas expresiones muy significativas usadas en el lenguaje de los habitantes de ambas márgenes del Río de la Plata. Ellas son: "cara dura" o "cara rota", "mandarse la parte" y "dar biógrafo", vinculadas las tres por la raíz común de sacar partido de una alteración de la realidad. Empecemos por la primera.

Es bien conocido el estudio de la expresión de las emociones realizado por fisiólogos, psicólogos y artistas plásticos, quienes han descripto las exteriorizaciones gestuales y fisionómicas que corresponden a cada estado de ánimo. Si el hombre está triste, ello se traducirá en su rostro por el descenso de las comisuras de los labios, la laxitud de los rasgos, el entornamiento de los párpados, el apagamiento de la mirada y el entrecejo arrugado. Si es la alegría la que anima su espíritu, entonces las comisuras labiales se elevarán, los ojos bien abiertos cobrarán un vivo brillo y los músculos faciales pueden llegar hasta la expresión de la risa. Y así para cada una de las emociones, no ya sólo las extremas que hemos visto, sino también las más delicadas y tenues: la sospecha, la duda, el leve temor, la sutil esperanza, la velada ilusión. Por una conexión neurológica que la ciencia ha identificado, llega hasta los nervios y músculos de la fisonomía la expresión de la emoción experimentada — se sabe hoy— en el diencéfalo o parte interna del cerebro.

Y bien, se denomina *cara dura* aquel sujeto que está viviendo estados de ánimo que no se traducen fisionómicamente. Cumple actos de osadía, audacia y temeridad, y no se le mueve un músculo del rostro. Está al borde del miedo, el fracaso, el escándalo, la bancarrota, y su cara prosigue apacible, indiferente como si no pasara nada. De él podría decirse que podría recibir un puntapié en la terminación de la espalda sin que el

rostro tradujera el dolor y la humillación que tal impacto le produce. Atraviesa los mayores riesgos y peligros —la simulación, el empaque, la afectación— sin que se mueva su fisonomía. De allí el nombre: *cara dura*. Con diversas variantes idomáticas: cara de cemento, rostro de piedra, hormigón o marmolín, de acuerdo con el grado de solidez.

¿Por qué se le llama también *cara rota?* Porque se ha intuído que no mueven el rostro, no obstante atravesar grandes peligros, porque están rotas aquellas conexiones entre el miedo que se siente y el concomitante expresivo: músculos, nervios y piel del rostro. Y, justamente, esto toca el punto en polémica actualmente entre los neurofisiólgos que tratan de explicar el mecanismo en juego en el cara dura. Unos afirman que la máscara sólida de que logran revestirse llega a ocultar las emociones (cara dura); otros opinan que hay una conexión o rotura entre el asiento emocional y su exteriorización expresiva (cara rota). Esperemos que este apasionante punto sea finalmente dilucidado por los neurólogos de una ciudad de Minnesotta, llamada Montevideo, dado el enorme material de que pueden disponer para este estudio. Se podrá saber así si su agente productor es un virus como se sospecha a causa de su rápida y amplia difusión en grandes sectores de la población, y podrá localizarse la vía de transmisión, la que por su solidez parece ser la vía férrea.

Como ejercicio práctico señale el lector algunos ejemplos, tratando en lo posible de evitar toda referencia que pueda parecer simple coincidencia con personas actuales.

Distinga también el *caradurismo* de otras expresiones que tienen algunos rasgos similares: la *frialdad* (que traduce una anestesia afectiva, pero que no implica el disimulo y la artería de aquél), el *cinismo* (que revela hipócrita impudencia) y el *desenfado* (o despeje para zafarse de dificultades).

Veamos a continuación dos manifestaciones expresivas relacionadas por las ventajas que procuran, con la que acabamos de comentar.

Entre los actores teatrales llámase *parte, papel* o *pedazo* aquella porción de la obra que corre a su cargo, parlamento, acción o tirada. En ese instante el actor atrae sobre sí la atención de todo el público y de su desempeño depende el aplauso

que baja de las galerías o la frialdad con que lo escucha la platea. En el gran escenario que es la vida (¡Oh, Juan de Dios Peza!), gentes que quieren atraer sobre ellos la atención buscando deslumbrar, emocionar o sorprender, se *mandan la parte,* esto es, recitan o desempeñan un papel de modo tal que logran el éxito buscado. Muchas veces en una tertulia, la persona debe esperar con paciencia que llegue el instante oportuno para mandarse la parte en forma de relato personal de una hazaña cumplida, un triunfo logrado, un peligro atravesado. Pero aquí también como en el teatro, "la parte", no es siempre verbal. Otras veces es un desmayo oportuno, un ataque de nervios, una jaqueca brusca la parte que se manda el personaje que busca con ella esquivar una difícil situación de compromiso o ser objeto de un regalo, un perdón, o una licencia.

Existen conferencistas, tribunos y disertantes que creyendo no haber impresionado suficientemente al auditorio, en la parte final rematan con "le grand morceau de bravoure", brillante y ruidoso como un final wagneriano. Se dice entonces que en ese momento el orador "se ha puesto la víbora", referencia por similitud al instante en que el vendedor callejero, para atraer al máximo la atención sobre su específico, se enrosca en torno a su cuello el inofensivo aspid que reserva para esas escenas de suspenso.

Y ¿qué es *dar biógrafo?* Existen personas tan carentes de imaginación que cuando se les ofrece un solar frente al mar, un terreno de gran porvenir o un auto a un precio regalado, tales pichinchas no les significan nada y las escuchan sin emoción. Entonces quien las hace debe darles biógrafo, esto es, hacerle pasar con el más colorido cinemascope ventajas, virtudes excepcionales y superlativas del objeto u oferta. A esto se le llama también "poner adobe". Pero dar biógrafo tiene otra acepción. Cuando a una persona se le debe entretener para dilatar un asunto, se le pide a un colaborador que le dé biógrafo. Entonces un relato con emoción cumple la finalidad. En uno y en otro caso, dar biógrafo es seducir, retener o encantar a alguien con los mismos métodos que usa el celuloide: un episodio que toque su emoción y le interese.

Repetimos, al terminar, que estas expresiones aquí estudia-

das son exclusivamente rioplatenses. Por eso las hemos juzgado a propósito para comentarlas, dándole así al lector un poco de biógrafo demorándole el conocimiento de cómo va el peso uruguayo.

EL TEMOR AL PAPELÓN

Sin duda, uno de los signos que revelan que el sudamericano no ha llegado todavía a la completud psicológica es su permanente temor a pasar un papelón. Tengo miedo de hacer un papelón — piensan el conferencista, el examinando y el deportista al enfrentarse a la prueba. Me hiciste pasar un papelón — le reprocha un cónyuge al otro, un jefe a un colaborador, un compañero a otro. ¡Qué papel! — se lamenta una persona, creyendo haber llamado el ridículo sobre su persona en una ocasión determinada.

Conocimos una familia antigua, formada por un funcionario y varias señoritas solteras, llenas de melindres, y cuya sujeción al qué dirán era tan grande que hubieran dado motivos para un expresivo cuadro de costumbres. La idea del papelón era para ellos la norma ética. Se dejaba de hacer una cosa o se la hacía según ella significara o no un papelón. Salir las señoritas solas, no devolver una visita, que las niñas rieran en público, hablarles un desconocido ¡qué papelón! Pienso qué sabrosa comedia de costumbres habría escrito sobre este tema Gregorio de Laferrere, el autor teatral argentino de principios de siglo, autor de "Las de Enfrente".

Es fácil percibir que el temor al papelón —que es, en el fondo, miedo al ridículo—, revela un sentimiento de inseguridad, de insuficiencia, de inferioridad. Existen personas convencidas de su interioridad —intelectual, social— frente a las otras, y es ese sentimiento consciente aunque a menudo injustificado, de su minusvalía, el que está frenando permanentemente sus acciones bajo forma de temor al fracaso, y, más que esto, la obsesión del ridículo.

Claro está que el temor al papelón traduce, además, el ejercicio de una autocrítica, pero que se ejerce en exceso.

Existe un grado mayor de inmaduración y ella es cuando no se ha llegado todavía a la facultad de autocrítica, y entonces el sujeto es un "gaffeur" que incurre de continuo en la inoportunidad y la indiscreción sin darse cuenta y, por lo tanto, sin sufrimiento. En esta nota no nos referimos a él, sino al ejemplar medio, asediado de continuo por el temor a pasar un papel.

Tal síntoma revela, ya lo hemos dicho, una insuficiente completud del desarrollo psíquico. Al modo de los jóvenes pueblerinos que en un baile rural no se animan por vergüenza a salir a la pista, y como los escolares que no se atreven a recitar una poesía en público, nuestro hombre con temor al ridículo está todavía en una etapa de su desarrollo evolutivo y puede detenerse en ella. Y bien, debemos decirlo: en ninguna parte está más desarrollado el temor al ridículo que entre nosotros. Repetimos también que ello no está en oposición con un buen desarrollo de la inteligencia. Más que un déficit intelectual, traduce el temor al ridículo una inmadurez de los mecanismos afectivos (sentimientos), contra la cual, por ello, poco pueden las razones intelectuales.

El europeo culto es un ejemplar desarrollado intelectualmente de un modo pleno, que se mueve por razones predeterminadas, que sabe quién es, lo que puede querer y el modo de obtención. No toma en cuenta el qué dirán. Yo he visto en una calle de París a Georges Dumas, profesor de la Sorbona, haciendo compras en una feria vecinal, llevando bajo el brazo el largo pan flauta, junto a algún libro de filosofía. He visto a Breuler, el psiquiatra universalmente conocido por su obra "Esquizofrenia", llegar a su clínica de Zurich en bicicleta y aprovechar el cuesta abajo para hacerse con rueda libre una curva digna de Atilio Francois. Estos días, en Montevideo, con motivo del Campeonato Mundial de Pelota Vasca, hemos visto participar en él, vestido con sotana, al sacerdote francés Herramouspe, desempeñándose con los mismos bríos y agilidad y jugando con la misma alegría que los otros pelotaris.

Keyserling, que recorrió en viajero filósofo todo nuestro Continente, dijo que los sudamericanos se encuentran recién en el tercer día de la Creación (el europeo, naturalmente,

y también el asiático estarían hace tiempo en el séptimo día). El tercer día es el estrato en el cual la vida venció a la materia primordial. Quizás tenga razón el conde filósofo si se refiere al hombre que vive en los bosques amazónicos, en el mundo pantanoso de la selva virgen y en las alturas andinas. Pero creemos que en las ciudades que forman el litoral: Río, San Pablo, Buenos Aires, Montevideo, hemos avanzado mucho más. No obstante, la prueba de que no hemos llegado todavía al séptimo día la da la existencia de sentimientos como este que describimos: un exagerado temor al ridículo que priva a toda reunión de personas de la alegría que sólo da la espontaneidad natural.

Pero, para ser espontáneo es necesario un aparato anímico que funcione sin fricciones ni sobresaltos. Y ese feliz ajustamiento es obra de la cultura. Nos place saber que, en este Continente, nuestro pueblo es el que más ha avanzado en este camino.

Muchos seres no realizan todo lo que pueden o no son lo que debieran detenidos por el temor a pasar un papel. El sentimiento escondido pero íntimo de su minusvalía los vuelve recelosos, huidizos, levemente malignos para apreciar las acciones de los otros, cuyos fracasos no les desagradan, pues cesa así de humillarlos su superioridad o su triunfo.

Otras consideraciones caben hacer referentes a derivaciones de este mismo sentimiento. Así, entre otras, la rudeza que todos los viajeros europeos señalan en el latinoamericano y que traduce, por una parte, su fuerte vitalidad y, por otra, la ausencia de su cabal ajustamiento anímico, y de allí el temor a perder fuerzas si afloja sus tensores, y esto explica esos contrastes de violencia y dulzura cuando ellos aflojan. Pero, al llegar a este punto, en que hay que hilar muy fino para no pasar un papelón, detiene mi pluma el temor a nuestros críticos, siempre tan ilustrados como valientes.

MEDITACIÓN SOBRE EL GUARANGO

VIAJÁIS en un ferrocarril o en un autobús, y los pasajeros leen, descansan o conversan en discreto tono. En eso asciende un grupo de personas, generalmente jóvenes, que buscan con sus propósitos vulgares y voces fuertes llamar sobre ellos la atención. De allí hasta que descienden, todo el pasaje tendrá que sufrir las molestias de quienes con sus dicharachos, risotadas, bromas y hasta golpes entre ellos, buscarán ser el centro de la atención de todos. Y lo lograrán; pero, a igual que es el centro de nuestra atención un absceso molesto y congestivo que padecemos en nuestro cuerpo. Tales seres incómodos aparecen en los medios colectivos: cines, teatros, tribunas del Estadio, en las calles, pues los caracteriza su necesidad y complacencia en la exhibición de lo que ellos consideran ingenio. Estos abcesos del organismo social se llaman *guaranguería,* y los agentes patógenos que se encuentran en su foco se denominan *guarangos.*

No es fácil la definición de la palabra *guarango.* Nada nos dice su etimología. El vocablo guarango, como chango y guagua, es de origen quichua y de las alturas andinas ha descendido a las márgenes del Río de la Plata, donde ha tenido extensa difusión. El Diccionario de la Academia define guarango como sinónimo de incivil y maleducado, lo que no es exacto. Para nosotros, guarango es aquello que con el deseo de destaque y la apariencia de ingenioso es vulgar, tonto o de mal gusto.

¿A qué razones psicológicas obedece esta cualidad casi exclusiva del Río de la Plata, cuyas consecuencias todos padecemos y que tan mal nos deja en el extranjero cuando viaja un grupo de compatriotas transportando dicha característica?

El hombre culto es un ejemplar desarrollado intelectualmente de un modo pleno y armónico, que sabe siempre quién es, lo que puede querer y dónde está. La persona que no tiene un desarrollo completo y equilibrado de su personalidad y que desea ocupar un sitio notorio en el mundo busca compensar aquella insuficiencia con medios supletorios: la ostentación, la grosería y, como una suma de ambos: la guaranguería.

En el núcleo de este personaje está el deseo de llamar sobre sí la atención y como no posee una calidad auténtica, suficiente y natural, el sujeto se excede en este mecanismo de compensación, porque, por una parte carece del sentido de la medida —que da la culta discreción— y, por otra parte, sus recursos intelectuales y verbales no pasan de la vulgaridad. En el fondo de todo ello hay un sentimiento de inseguridad de sí mismo, y el sujeto para su autoafirmación necesita llamar sobre él la atención de los demás y destacarse, ignorando que quienes tienen calidad auténtica lo hacen naturalmente y sin jactancia, como respiran o caminan.

La jactancia del guarango se parece mucho a la vanidad infantil, porque una y otra tienen la raíz común de una inseguridad. El niño en su indefensión, en un mundo que ve que pertenece a los mayores, necesita autoafirmarse para escapar a la angustia y al desvalimiento de su inferioridad. Por ello altera con su fantasía la realidad: se piensa héroe, se cree vencedor y Tarzán y los personajes del cine o deportivos son sus personeros. El adulto guarango mantiene esa psicología infantil necesitado de gloriola y de halago de sus condiciones, porque íntimamente no está seguro de ellas. Y las risas que logra como festejo a sus salidas, la atención que provoca con sus gracias le halagan, pues no advierte la inadecuación de los medios y la inoportunidad de su situación que zozobra ya en lo zafio y lo vulgar.

No podían faltar en la obra "Radiografía de la Pampa" páginas dedicadas al estudio de este fenómeno tan difundido en las urbes platenses. Para Martínez Estrada, el guarango es el gracioso sin cultura. Pero no se tome el concepto de incultura como sinónimo de ignorante, puesto que puede haber profesionales, médicos, abogados, políticos fabulosamente incultos y, por ello, proclives a la guaranguería. Acierta tam-

bién Estrada al señalar la necesidad de que alguien asista a la guarangada para que ella se exteriorice, y esa necesidad de público la logra en el vestíbulo del teatro, el vagón del ferrocarril, el salón de fiestas.

Ortega y Gasset, que en sus estadas en las urbes platenses debió sentir repetidas veces sobre su cultísima sensibilidad los zumbidos y lancetazos molestos de este anofeles, dedica al "guaranguerismo" algunas páginas de su ensayo "El hombre a la defensiva". El guarango siente, según Ortega, un enorme apetito de ser algo admirable, superlativo, único. Vive embriagado por el elixir de imaginarios triunfos, pero como en la realidad no le sobrevienen auténticos triunfos, duda entonces de sí mismo. Para sostenerse sobre la existencia necesita compensarse, sentir de alguna manera la realidad de esa fuerte personalidad que quisiera ser. Ya que los demás no parecen espontáneamente dispuestos a reconocerlo, tomará el hábito de aventajarse él en forma violenta. De ahí que el guarango no se contente con defender su ser imaginario, sino que para defenderse comience luego por la agresión. El guarango es agresivo, no por natural exuberancia de fuerzas, sino, al revés, para defenderse y salvarse. Necesita hacerse sitio para respirar, para poder creer en sí; dará codazos para poder caminar entre la gente y crearse ámbito". El filósofo español no lo dice, pero se advierte bien que el guaranguismo está comprendido entre los fenómenos sociales estudiados en "La Rebelión de las Masas", y de allí su carácter agresivo: el guarango quiere salir de la masa inculta y hace para ello irrupción violenta en los medios cultos.

Entre nosotros, este fino ensayista que es Daniel Vidart, ha dedicado al tema un estudio muy lúcido. Desglosa de la guaranguería otras subformas de la cultura platense que podrían confundírseles: el rastacuero, la guasada, el guapo, la compadrada. Con acierto señala la ostentación desmesurada del título por parte de los profesionales, la cultura mal digerida de la cita libresca, la exhibición de la casa y del mueble nuevos, la insistencia en lo ornamental como algunas de las características que ostenta el guarango o la guaranga de la dorada medianía criolla.

Porque —creímos ocioso decirlo— la guaranguería no es únicamente verbal. Ella responde a un estado de espíritu y tiene, por tanto, todas sus exteriorizaciones. Existe una manera

guaranga de vestir que le da al sujeto una falsa seguridad, hija del sastre. Trajes a cuadros detonantes, hombreras fabulosas, corbatas capaces de producir estrabismo. A juzgar por los modelos recientes de autos, el decorado chillón de los nuevos apartamentos y la cargazón ornamental de algunas casas, parece que asistimos actualmente al florecimiento del estilo guarango como hace cincuenta años existió el estilo cursi. Pero, en tanto que éste tenía todo el encanto triste de un romanticismo decadente, el nuevo estilo irrumpe detonante y agresivo con tales estrépitos como aquellos que en Roma despertaron alarmadas a las aves vigilantes del Capitolio, hace 15 siglos...

Nuestra conclusión, sin embargo, no es pesimista. En el haber del guaranguerismo debe anotarse que traduce derrame y desperdicio, si bien en forma inferior, de una vitalidad exuberante y de un deseo plausible de destaque. Es, como también lo ha observado Ortega, la degradación de una buena cualidad; a nuestro juicio, una etapa de pasaje en la evolución caracterológica de una sociedad de aluvión todavía no integrada, a la que afluyen de continuo contingentes cosmopolitas y elementos suburbanos, unos y otros con culturas primarias y hasta elementales. Debemos, pues, sufrir al guarango como lo hacemos con las manifestaciones de la crisis del desarrollo de la pubertad.

UN "DÉPAYSÉ"

Un intelectual paulista, en cuya compañía yo recorría las calles montevideanas, me expresaba su sorpresa y admiración frente a las librerías de tipo francés que encontrábamos en las calles 25 de Mayo, Juan C. Gómez, Juncal y otras. Al modo de las librerías de la rue de Seine y de la rue Jacob, allí estaban las últimas ediciones de Plom, Gallinart, Flammarión y una buena colección de revistas parisienses. No se explicaba nuestro acompañante cómo San Paulo, que en otros aspectos nos supera, no tuviera a igual que nosotros esa expresión de la cultura francesa.

Y es que Montevideo desde larga data ha vivido con los ojos puestos en París. No obstante formar parte de América del Sur, estamos más cerca de la Avenue de l'Opera y de Champs Elysées que de Quito, Bogotá o Caracas. Podría decirse que el uruguayo vive de espaldas a un continente que le es extraño, mirando los barcos y los aeroplanos que vienen y van a Europa. La convencional división geográfica en la superficie terrestre del planeta en cinco continentes no repara que por su raza, usos y costumbres la costa atlántica sudamericana integra la cultura europea.

Durante la Guerra Grande, Montevideo fué una ciudad francesa. Ved cómo se repartían sus 40.000 habitantes en el año 1846: 19 mil franceses, 11 mil orientales y los restantes españoles, argentinos y libertos. El catastro de Montevideo en la época de la Defensa señala como franceses más de la mitad de los comercios y residencias de las calles 25 de Mayo, Rincón y Sarandí. Las personas adineradas vestían a la última moda de París. Y aún se conservan en algunas casas, como pequeños cuadros decorativos, aquellos figurines en colores: las damas con capotas de raso y apretado talle y rica profusión de en-

cajes en las mangas, en el busto y en la pollera polizón; los hombres con paletós de colores, botones dorados y chalecos bordados.

Era entonces cuando Montevideo hacía esfuerzos para parecerse a los dibujos y grabados que desde los barcos surtos en la rada hacían los marinos franceses: la bahía quieta y gris como una lámina de zinc, la Iglesia Matriz dominando sobre un número de manzanas ajedrezadas apretadas en el extremo de la península por una campiña verde y levemente ondulada que llegaba hasta la ciudadela. Ved, en la casa de Lavalleja las hermosas litografías, llenas de encanto, obra de los tenientes de corbeta D'Astrel, Lauvergne y Fisquet.

Luego de la Guerra Grande continuó el interés por lo francés y a tal punto que en 1855, cuando la toma de Sebastopol por los franceses en su guerra contra Rusia, se hizo una tregua en Montevideo en la enconada lucha interna entre los floristas —los caudillos— y los conservadores —los principistas— para celebrar juntos aquel acontecimiento. Y esa identificación con el espíritu galo no iba a cesar durante el siglo que siguió. La liberación de París, el 24 de agosto de 1944, fué celebrada en Montevideo con tan alborozada alegría como sólo pudo serlo más en el propio París. Manifestaciones populares entusiastas a cuyo frente iban el presidente de la República y la señora de éste llevando la bandera francesa recorrieron las calles cantando "La Marsellesa". Y bandas de música, cohetes, discursos y asuetos estudiantiles que duraron dos días.

Siendo, pues, tan fuertes los lazos que nos unen a la madre latina qué extraño es que todo montevideano aspire a ir a la Villa Lumière y que su deseo tenga la misma dimensión que su nostalgia al regresar. Porque podría afirmarse que quien vuelve —en especial, si la estada se ha prolongado un año o más— no es el mismo que fué. El encanto de París lo ha envuelto en sus efluvios y durante cierto tiempo —hasta que aquél se desvanezca como un perfume— se le oirá suspirar y gemir: —¡Oh, París!

Justamente estos días me tocó estar en compañía de un compatriota culto que regresó hace pocas semanas de Europa. Intelectual curioso y ávido de cultura, enriqueció sus conocimientos durante su estada en París. Conciertos casi diarios, es-

pectáculos teatrales, conferencias sobre arte, continuadas visitas a los museos de pintura. Regresó rebosante de París, lo que se exteriorizaba por el empleo frecuente de locuciones galas. No ya sólo *charme, souvenir, rendez vous, souper froid,* como todo el mundo, sino ya *nuance, risque, flaneur* y hasta *foulard* y *pardessus,* eran palabras que acariciaban su oído como una brisa de París.

Una tarde llegó a mi apartamento a tomar el té. Las ventanas de un lado dan al parque. Al mirar por ellas, mi amigo vió un paisaje compuesto por verdes opacos y, entre ellos, alguna azotea de tejas. Haciéndomelo notar, me dijo:

—Voilà: un Cézanne!

Cuando por las ventanas que dan al sur miramos al mar pasaban unas velas blancas y por la rambla, haciendo rodar un leve sulky, trotaba un caballo decorativo. Tomándome del brazo, mi amigo musitó:

—Regarde: un Dufy!

Tanta cultura francesa ya no le dejaba ver directamente a la naturaleza. Todas las cosas que veía eran para él "tableaux", "esquisses" y naturalezas muertas. Agobiado de intelectualidad, le invité a pasar a la mesa. Nos sentamos en el instante que llegaba trayendo el servicio de té la doméstica criolla, una morena de redondos brazos y busto de ébano. Mi visitante lanzó una exclamación:

—Tiens: Un Figari!

Nota: Pude haber titulado este artículo "Un afrancesado", pero lo titulo "Un dépaysé", porque yo también estuve en París. Parbleu!

ORIGEN Y MECANISMO DE LA GAUCHADA

BENJAMÍN Subercaseaux, en su obra que ya hemos citado, "Chile o una loca geografía", al referirse a aspectos y problemas políticos de Chile, afirma que este país no tiene funcionarios verdaderos porque existe una gran resistencia para aplicar las sanciones que deben existir cuando falla el mecanismo que sostiene a la vida social y humana. Y aclara: "En esto de las "sanciones" está la clave de todas las deficiencias que venimos anotando. En Chile repugnamos de las sanciones haciendo alarde de cierta piedad generosa para los culpables, que hablaría muy alto de nuestro espíritu conciliador y magnánimo si esta debilidad no fuera, en realidad, algo muy opuesto a estos valores morales. Es precisamente por desintegración moral que perdonamos tan fácilmente las malversaciones y los abusos. Optamos por una regla de conducta que podría beneficiarnos, más tarde, en una circunstancia análoga. Hay tal inconsciencia e irresponsabilidad en el manejo de la cosa pública, que podríamos decir, sin temor a errar, que cada político perdona la falta que está dispuesto a cometer."

No creemos que hayamos llegado entre nosotros a la situación que señala para su país el escritor chileno. Pero llevamos miras de acercarnos a ese camino como lo revela, entre otros síntomas, la difusión de la práctica que se denomina una *gauchada*.

¿Qué es la *gauchada?* No es meramente un servicio, una colaboración. Es eso, pero además es la ayuda para cometer un acto ilícito, burlar una ley, obtener un beneficio indebido, escapar a una sanción. Un automovilista, por su culpa, ha provocado un accidente. Le pide al oficial amigo que hace el parte que le haga una gauchada: fabricando un testigo que diga que él venía por su mano, a escasa velocidad, tocó boci-

na, etc. Personas de bien hacen la gauchada como testigos de postulantes a la jubilación certificando servicios inexistentes. En las colas que se forman frente a las boleterías, un recién llegado, en lugar de ir a ocupar su sitio al final, se dirige a quien está primero en la ventanilla y le dice, al tiempo que le coloca en sus manos el dinero para las entradas: —¿Me hace la gauchada? El aludido, aun sin conocerlo, acepta porque sabe que él, a su vez, recurrirá en la oportunidad al mismo procedimiento.

¿Por qué se llama gauchada? El gaucho, que en sus faenas se está jugando todos los días sus huesos, es audaz, temerario, valiente. De él tiene la gauchada la temeridad y la audacia. Pero hay en ella una parte negativa, incorrecta, que no corresponde al carácter del gaucho. Llegamos a la conclusión de que se denomina gauchada, no por el estado de espíritu —abusador, listo, ventajero— de quien la pide y beneficia de ella, sino por la generosidad, sin recelo, la ayuda sin preguntar nada que dispensa el gaucho cuando se le pide, sin reparar en sacrificios ni meditar si se compromete. He aquí que la denominación corresponde, no al carácter de quien la pide, sino al espíritu de quien la dispensa y que colabora así, por corazón no más, en una acción dolosa.

Porque siempre la gauchada es un delito, grande o pequeño, consagrado o no por el hábito burocrático: pedirle a un amigo de un Juzgado que "entierre" un expediente para librarse del pago de honorarios, de un expediente del Municipio para que no llegue la resolución negativa y obligatoria a un propietario o a un constructor. Todos los días en el hospital un médico debe atender enfermos que no tendrían derecho a la asistencia gratuita, nada más que porque un conocido o un colega le pide que le haga una gauchada, perjudicándose también el Estado con costosos análisis y radiografías.

Tan generalizada está entre nosotros la práctica que aquí estudiamos que podría afirmarse que del mismo modo que todo el derecho civil actual se asienta en el Derecho Romano, todo el derecho jubilatorio en nuestro país tiene por base la gauchada. La gauchada que los testigos prefabricados le hacen al aspirante a jubilarse, como es de pública notoriedad y de fácil comprobación. Los cafés que rodean la Caja son el campo de la última práctica y de allí salen bien entrenados para la prueba. Así se explica cómo en el solo departamento de Co-

lonia se jubilaran 400 modistas, todas cortadas por la misma tijera: la gauchada. En tal sentido, no es la Sociedad Nativista "La Criolla", sino la Caja de Jubilaciones el lugar de Montevideo donde en la actualidad hay más gauchos.

La modalidad que estudiamos tiene muchos rasgos comunes con otra práctica nuestra, la *muñeca,* lo que es natural, puesto que ambas exteriorizan el mismo estado de ánimo de desaprensión, desenfado y burla del derecho de los demás. Pero fácil es destacar sus diferencias. La muñeca, en general se emplea para obtener un puesto, ascender en la escala profesional o social. Es una fuerza que empuja, y de allí el nombre de *pistón* que le dan los franceses. La gauchada es para esquivar una obligación, eludir una multa, escapar a una sanción. Es siempre un delito de falso testimonio o de encubrimiento, en que el criollo incurre, aun sabiéndolo, por puro corazón y porque le gusta vivir en el plano de lo temerario.

Creemos innecesario aclarar que en la verdadera gauchada no interviene nunca "la coima", la que le quitaría aquel elemento de desinterés material que le da el nombre. La participación de la coima convierte esta ayuda en un soborno, una compra o un pago, y ya esto no es en modo alguno una gauchada.

Sabemos que algunos lectores que según nos dicen buscan nuestro artículo para pasar un buen rato, en este instante no lo estarán pasando, pues esta nota ha resultado el negativo de esa efigie en colores que es el montevideano de nuestro tiempo. Séanos permitido traer a colación un relato de Gabriela Mistral.

Refiere que vió a una dueña de casa brasileña exprimir tres limones agrios en un solo guisado, y al preguntarle la razón de una rociada tan excesiva, le dijo: "En días calientes, cualquier plato se corrompe y no llega a la tarde sino gracias al limón".

Efectos del almíbar nacional que se puso es la descomposición a que alude el párrafo inicial de Subercaseaux.

En la oportunidad apretaré un nuevo limón, aunque le cueste al lector un rictus cítrico.

OFICIOS MENORES

En todo tiempo han existido, junto a los trabajos serios, de necesidad social, evidente, otros que son considerados menores y cuya utilidad a primera vista no aparece. Así, en las ferias vecinales todo el mundo reconoce la necesidad de los puestos de hortalizas, de gallinas y de productos de granja. Pero, los cantores y músicos no son reconocidos como necesarios, y hay quienes no ven su utilidad. Sin embargo, qué buen efecto produce, cuando se está junto a jamones, chorizos, morcillas y embutidos, escuchar la música suave de una guitarra que toca un triste o una vidala. Y cuando en el puesto de gallináceas, éstas, entre aletazos y últimos cloqueos, pasan a mejor existencia, qué oportuno es escuchar una canción optimista que reafirme la fe en la vida.

Los músicos y cantores de las ferias cumplen así una función espiritual innegable: en medio de tantos productos de cerdo, quesos, patatas, repollos, ajos y cebollas, haciendo contraste con ese doble materialismo animal y vegetal, ponen los cantores la nota delicada, artística, filarmónica. Y si quien canta es —como con frecuencia ocurre— un ciego, entonces cobra la música un carácter sentimental al que es muy difícil sustraerse.

Siempre me ha apasionado la música popular. Por ello, por más apremio que tenga en las compras que realizo en la feria, siempre me he detenido junto al ciego que con guitarra —que toca él mismo o un acompañante— canta décimas con las que se enriquece nuestro folklore nativista.

Me detengo junto al ciego cantor. Vienen a mi mente los aedas griegos, el ciego Homero en primera fila, cantando en

los mercados de Atenas sus décimas sobre las aventuras amoroso-guerreras del ingenioso Aquiles o los viajes de Ulises, el mayor turista de Grecia. Me enternece la letra emotiva de las canciones, acompañadas por el sonido de las seis cuerdas de la guitarra y el ruido de los níqueles que van cayendo en el platito. Y, en medio de los paseantes cargados de cestos con hortalizas y frutas o empujando cochecitos donde se van acumulando las compras, junto al grito de los verduleros, del vendedor de mejorales o de agujas para primus y el canto o el cloqueo de las gallináceas que se venden, la voz del ciego extiende el sonoro puesto ambulante de su canción.

Así fuí cómo me acerqué al cantor de la feria de la calle Brito del Pino en la mañana del jueves. Allí estaba, sus ojos velados por grandes lentes negros, a su lado el guitarrero, con un pie puesto sobre el clásico banquito, y en otro banquito el platito receptivo. Con una voz, en la que la emoción ponía un trémolo dolorido, el ciego cantaba dirigiéndose al público:

La limosna que me dé
su gran generosidad
servirá a este pobre ser
para su felicidad.

Busqué en mis bolsillos y deposité unas monedas en el plato. Al hacerlo y, ante mi sorpresa, oí que el ciego en voz baja me decía: —"Gracias, doctor". Lo miré más detenidamente y vi que detrás de los lentes oscuros me guiñaba un ojo travieso. Lo reconocí:

—¡Barboza! ¿No te da vergüenza?

—¿Qué quiere, doctor? De algo hay que vivir.

Aquello requería una explicación. Puse mi cesto en el suelo y me dispuse a escucharle. Hizo una pausa en su trabajo, y me explicó:

—La vida está difícil. Y ya hay pocos oficios que dejen. Los días de semana vendo números para rifas en 18 de Julio. Los domingos, en el Estadio, vendo fotografías, pero eso ahora da poco. El cuadro de los campeones mundiales, que antes dejaba algo, se vino al suelo. La foto de Nacional... bueno, no quiero ofender a nadie que mañana o pasado uno puede necesitar. La de Peñarol todavía deja algo, pero no mucho, no vaya a creerse. Hay changas en que se trabaja bien, no lo

niego: el día de la Virgen del Verdún, en Minas, y el día de San Cono, en Florida. Allí sí; el trabajo es compensado, pero es sólo una vez al año. Trabajé como "claque" de la Comedia Nacional, pero a los 15 días me despidieron. Parece que yo aplaudía mucho y la gente desconfiaba.

Entrecortando su relato con algunos gritos de: —"¡A voluntad!" "¡A voluntad!", dirigidos al público y sacudiendo el platito, Barboza siguió explicándome:

—Aquí en la feria, siempre uno se defiende. Primero trabajé con la verdura. La papa y el tomate, bien que mal, siempre dan algo. La fruta es más arriesgada. Y la flor es loca: a veces da, a veces no da. Hay que levantarse a las 4 de la mañana para irla a buscar a las quintas. El trabajo de ciego es más descansado. Y después, rinde bien; no puedo quejarme. Es más rendidor que inválido. (¡A voluntad, señores, a voluntad!). Pero también tiene sus contras: hay que andar cambiando de de feria porque a los pocos días ya el ciego está muy visto. Después, hay que ir mitad y mitad con el guitarrero. Además, la gente de hoy ya no tiene aquella caridad de antes. ¡Hay que ver! Personas acomodadas, que uno sabe que están en buena posición, hasta doctores, como creen que uno no los ve, pasan de largo sin cotribuir. Dan ganas de sacarse los lentes y decirles lo que se merecen. Pero, no se puede. Hay que comprimirse. Es el oficio. Hay otras personas que, haciéndose las confundidas, ponen en el platito las monedas esas nuevas de dos centésimos como si fueran las de veinte. ¡Las cosas que tiene que ver un ciego! Y hay que callarse. ¡A voluntad, señores, a voluntad!

El ciego, que tampoco era manco, prosiguió:

—Pronto voy a estar mejor. Desde el 16 de octubre alquilo un garage para poner un club político y trabajar hasta las elecciones. Lo alquilaré para cualquier clase de propaganda política. Tanto me da Riñón como Judith. Soy apolítico, y hago mi negocio. Por otra parte, el resultado todavía no está claro, y es una macana comprometerse así sin ver. Un club político siempre es buen negocio. Exige poco capital inicial. Se paga el alquiler del garage, se alquila una mesa, seis sillas y un altoparlante, y ya está. El retrato, las banderas y los discos los traen ellos. Hace cuatro años con lo que gané con un garage político viví seis meses. Debiera haber elecciones más seguido.

El compañero del ciego, que hacía un rato que estaba

bordoneando impaciente, ya lo tocaba francamente con el codo, incitándolo, a proseguir el trabajo. Yo comprendí, saludé y me alejé. No había caminado muchos metros cuando ya la voz emocionada y temblorosa de Barboza llegaba a mis oídos:

Piedad para un pobre ciego
que vive de la limosna.

EL CONDUCTOR MONTEVIDEANO

Se sabe bien con qué brío el indio charrúa, en la época anterior al Descubrimiento, emprendía sus malones. Armados de mazas, rompecabezas y flechas, con plumas de ñandú que ceñían verticalmente en su cabeza, animados de un gritería infernal para infundir espanto y paralizar a sus contrarios, así entraban en los poblados a los que hacían víctimas de su belicosidad.

No menos brío y pujanza demostraron más tarde los gauchos de las montoneras. Jinetes hábiles en potros briosos, sus melenas sujetas por vinchas, en los brazos bronceados fuertes lanzas o tercerolas. Y puede decirse que durante casi un siglo las luchas en nuestras cuchillas se liquidaban finalmente con estas cargas incontenibles de escuadrones de jinetes ante cuya pujanza cedían las resistencias adversarias.

Si faltara todavía una prueba para demostrar que nuestra caracterología coincide con la de nuestros antepasados directos, bastaría observar al conductor montevideano para darse cuenta que él es el representante auténtico en nuestra época de aquellos bravíos antecesores.

Paraos en una esquina de Montevideo a observar el tránsito, y sin esfuerzo reconoceréis en la fisonomía, los gestos y el ímpetu de los conductores montevideanos a sus antepasados indios y gauchos. Llega a la bocacalle, jinete, no ya en un solo corcel, sino manejando veinte caballos humeantes y ruidosos, y al encontrarse en la esquina con otro u otros conductores, aparece el antepasado. Congestionado el rostro, viva y furiosa la mirada, saliente el labio pronto al desafío y el insulto, apretado el puño que con saña aprieta el volante como otrora la maza o la tacuara, cada conductor es un belicoso enemigo de los otros conductores, y cada esquina el escenario de una per-

manente puja de quien pasa primero en base a la temeridad, la imprudencia, la inconsciencia.

Para que se pueda ver que no exageramos, transcribimos a continuación el juicio que le ha merecido el conductor montevideano al cronista brasileño de la revista "Minuto", publicado en Río de Janeiro. Y advertimos que en materia de tránsito, parecería que los brasileños no deberían sorprenderse por nada. Dice así:

"En Montevideo, un conductor de auto es un enemigo declarado de otro conductor que encuentra por el camino. Como no sabe quién debe adelantarse, por ejemplo, en un cruce con amplia visibilidad, si ambos vehículos llegan a determinado punto a un mismo tiempo, la colisión es inevitable. El deseo de cada chófer es molestar o perjudicar al otro. Yo manejé sólo un día regido por el Código de ruta de aprobación universal, por el cual debe adelantarse el que avanza por la derecha. En Montevideo cruza el que tiene cara de reyerta. La enemistad entre los conductores hace torturante manejar en esa hermosa ciudad."

Aquella fórmula que aprendimos en Física, mv^2, y por la cual la fuerza viva de un móvil equivale al producto de su masa por el cuadrado de la velocidad, se trueca para nuestro tránsito en m^2v, fuerza del vivo, esto es, la velocidad por el cuadrado de la masa. Cuanto más grande es el vehículo mayor es la prepotencia del conductor y su desprecio por los vehículos menores y la vida de los que van en ellos. Los pesados remolques y enormes autobuses son así los reyes y dueños de las carreteras. Los camiones se cruzan y molestan a los autos, éstos apretan a los balillas, a los cuales no les queda más que dificultar a las bicicletas y monopatines. Ya sabemos dónde quedan la preferencia por la derecha y el tránsito preferencial de ciertas calles. El más grande, el más prepotente, el más belicoso y agresivo —y a menudo el más inconsciente— pasa primero.

Creemos que el examen de chófer ha de incluir un amplio conocimiento de insultos, dado el empleo continuo que de improperios y denuestos hacen los conductores. Si fuera a hacer caso de todos los insultos y de los desafíos a pelear que recibe quien maneja, éste no podría dedicarse a otra cosa en todo el

día. A juzgar por la variedad del repertorio de que disponen, pensamos que en esta materia los examinadores son más exigentes con los chóferes de taxis. Al mismo tiempo, éstos deben saber expresar en cualquier momento fisionómicamente los diversos grados de la cólera desde el simple enojo al profundo odio, y los matices de la lástima desde la conmiseración hasta el desprecio por los conductores no profesionales que tienen la osadía de disputarles la posesión de la calle.

Todos los extranjeros que pasan por Montevideo se sorprenden de las características de nuestro tránsito y no se sorprenden de que su cifra de accidentes sea de las mayores. Ciudad edificada en damero, el conductor encuentra cada ochenta metros un cruce transversal en su camino. Si se piensa que tal como suenan frenos y elástico en cada frenada —y el conductor montevideano lo hace cientos de veces durante el día—, frenan sus arterias, sube su presión y el corazón acelera su ritmo, no ha de sorprender el aumento considerable de los enfermos arteriales que alarma ya a la población. Y es que tanto sufren los elásticos de los coches como la túnica elástica de las arterias; y aquéllos pueden cambiarse, y éstos no tienen repuestos.

La población de Montevideo en el curso de ochenta años ha crecido diez veces y sus calles siguen teniendo el mismo ancho y no ha aumentado su número. Esto es lo mismo que si el cuerpo humano adulto tuviera las arterias del mismo calibre que cuando era diez veces más pequeño, en la infancia. Y se quiere solucionar tal situación aumentando el número de inspectores de tránsito, quienes, con miradas ávidas de multas, son los censores de la circulación. Los inspectores, pese a la importancia que se dan —parecería que sin ellos los astros dejarían de moverse—, no pueden hacer nada contra aquella plétora de autos que tienen las calles montevideanas, estrechas y coloniales.

Seamos justos: algo hacen los citados inspectores. Cuando el índice de choques y accidentes decrece y ya promediado el mes, parece que no va a abatir el record del mes anterior, se organiza una revisación general de libretas de conductor en una esquina crucial: Jackson y Canelones o Boulevard y Rivera. Los conductores que no tienen libreta huyen en sus coches y salen a perseguirlos los inspectores en motocicletas. Esto produce siempre vuelcos, choques, accidentes, y de este modo

se logra cada mes que la cifra de accidentes no sea inferior a la del mes anterior. Y esto nos enorgullece porque creemos que es un síntoma de progreso y modernidad. Sin advertir la parte que les corresponde de ello a nuestros antepasados, el indio bravío y el gaucho indómito.

Pora terminar debemos aclarar que si en este artículo se nos ha deslizado sin darnos cuenta, alguna pizca de belicosidad, debe atribuirse a que nosotros también manejamos auto.

¿PUBLICÓ USTED UN LIBRO?

Son las 9 de la mañana de este luminoso día primaveral. El sol entra por la ventana y, como un lebrel, se extiende a mis pies. La mañana me ha comunicado su optimismo. Junto a mí, sobre el escritorio, está la pila de ejemplares de mi libro que acaba de aparecer. Y, pluma en mano, me dispongo a escribir las dedicatorias de los ejemplares cuya distribución voy a comenzar. Suenan en mi puerta dos golpes y a mi voz de ¡Adelante!, entra sutilmente y con menos ruido que un gato, un hombre vestido de negro, al brazo un paraguas que gotea. Mirándome por encima de los lentes, la voz misteriosa, me dice con incredulidad:

—¿Ha publicado usted un libro?

Con la mirada le señalo los ejemplares que están a mi lado. Entonces él, sentándose, me dice:

—Vengo a acompañarlo en tan dolorosos momentos. Usted no sabe lo que ha hecho, y conviene que no se quede solo. Llevado por sus anhelos literarios y con sacrificio de su economía, ha pagado usted la edición de su libro, y espera que éste sea leído por el público y que los críticos se ocupen de él. Su ingenuidad me toca el corazón.

Tentado estuve de arrojar de mi habitación a quien así me hablaba. Pero él, sin pausas, continuó:

—Veo que se dispone a mandar su libro de regalo. Pero, ¡sea lógico! ¿Quién lee un libro que se recibe de regalo? Se lee —cuando se lee— de acuerdo con el gusto particular en ese momento, que no se va a interrumpir para ponerse a leer un libro que no se ha pedido y que llega en ese momento por correo. ¿Cree usted que va a leer su libro quien está siguiendo la serie del Séptimo Círculo o de Manchas de Sangre, interrumpiendo la lectura de "Un cadáver en el ascensor" o de

"La exprimidora macabra"? Los pobres autores deberían hacer lo que ya hacen los médicos en sus publicaciones científicas: poner al final de su obra un resumen de media página. De este modo, el lector, que no leerá más que este resumen, puede contestar al autor que le ha enviado el libro cuando lo encuentre en la calle y no pueda esquivarlo: ¿Qué le pareció la trama? ¿Y los caracteres psicológicos? ¿Y el final? ¡Sobre todo el final!...

Los ojos cargados de expresión de mi visitante eran dos taladros fríos que yo sentía con dolor penetrar en mi espíritu.

—¿Quién va a leer su libro? ¿Escritores compatriotas? Están muy ocupados en sus propias lucubraciones para interrumpirlas y leer ensayos que no les interesan, poemas subjetivos o cuentos ajenos. En París o en Nueva York, toda editorial que publica un libro dispone de críticos a sueldo que ocupan las columnas de los diarios en una propaganda universal. Aquí, publicar libros es como hacer sombreros en un país de sinsombreristas. Peor aún: el pobre autor debe disculparse entre sus conocidos como si se diera a una toxicomanía vergonzosa. Hágame caso: no publique más libros. Coloque ese dinero en una Caja de ahorros. Le dará el 4 %. Sus familiares estarán más tranquilos. Y dedíquese a leer los diarios. No le va a sobrar tiempo. Especialmente ahora que todos tienen suplementos literarios con temas foráneos tratados por autores extranjeros. ¡Usted comprende que no se van a desprestigiar publicando artículos y relatos de personas que las gentes ven por 18 de Julio!

Cerré el ejemplar de mi libro en el que había pensado escribir una dedicatoria. Mi visitante, acercando su silla, prosiguió con palabra seca y silbante:

—El mayor homenaje que recibe en este país quien publica un libro, es que no se diga una palabra de él: signo de que no tiene ningún error ni dice disparates. Pues éstos aparecen en seguida en los estudios críticos de nuestros aristarcos de bolsillo. ¿Quiere usted que se hable de lo que escribe? Ponga algunos errores además de los que naturalmente no podrá evitar. Se hablará de ellos. (Siguiendo tal consejo, al escribir este artículo puse que el paraguas goteaba lluvia, a pesar de que diez líneas antes había dicho que era un hermoso día de sol). Cuenta Vaz Ferreira que cuando publicó la primera edición de "Lógica Viva", nadie dijo ni escribió una palabra

sobre ella y pasaban los días. Finalmente, un amigo en el Círculo de Armas le dijo:

—¿Sabe, don Carlos, que he leído su obrita?

El autor, esperando elogios, se arriesgó:

—¡Ah, sí! ¿Qué le parece?

—¡Que usted se olvidó de ponerle índice!

Fué éste el único comentario que mereció en el país la referida obra. ¿Tuvo mayor repercusión la segunda edición publicada treinta años después? Más o menos. Sólo se ocupó de ella en el suplemento dominical de un diario un doctor. Mas de Ayala, a quien le da por escribir y se le disculpa —¡es psiquiatra!— esa manía de no poder tener quieta la pluma. Hágame caso. Si quiere pasar el tiempo no escriba. Hágase socio de algún club. Por ejemplo, el Club de Pesca o el Club de los Diabéticos, que deben ser lo mismo, pues uno y otro se pasan el día programando regímenes dietéticos. Además tienen una revista y de tiempo en tiempo le permitirán publicar gratis en ella algún artículo literario que aparecerá entre reclames de implementos de pesca y de aparatos para análisis del azúcar, y será leído por los socios.

Separé de mi lado la pila de ejemplares de mi reciente obra y los puse en el suelo. Tocándolos con el extremo de su paraguas, mi interlocutor me preguntó:

—¿Piensa presentarlo a un premio para pagar algo de lo que le ha costado? ¡Se va a volver loco! Si lo presenta al concurso municipal que organiza la AUDE, los escritores independientes de la AEUI dirán que usted es un oportunista que busca medrar junto al calor oficial. Si lo presenta a los premios del Ministerio de Instrucción, dirán que usted se arrastra por el piso del Palacio Taranco implorando un mendrugo vil. Y es casi seguro que usted no saque nada, y digan de usted todo eso y algo más. ¡Y en su cabeza, ya agotada por el esfuerzo del libro, se le armará un galimatías entre las mayúsculas AUDE, AGADU y AEUI que le va a dejar el cerebro como el teclado de una máquina de escribir! ¡No sabe cuánta lástima me inspira usted! He subido hasta aquí para decirle que mi piedad no tiene límites. Comprendo su dolor y he venido a participar de él. A acompañarle el sentimiento. Se ha dicho que es en esta ocasión, en la cárcel y en la cama cuando se

conocen los amigos. No quiero dejarlo solo en estos instantes. Podría hacer usted otro disparate, el último, ¿me entiende?

Y diciéndome: ¡No somos nada!, me dió un abrazo negro. Colgado de su brazo, el paraguas lloró una lágrima fría.

VIAJE EN ÓMNIBUS

He observado que el manejo del auto me pone muy precipitado y nervioso, y que el tránsito, cada vez más difícil, le quita a mi espíritu la calma y la serenidad que tanto aprecio. Consideré también que resultaría un verdadero paseo viajar en esos coches nuevos que circulan por Montevideo y que yo veía, blancos y grandes como yatchs, pasar junto a mi auto. Resolví ir en lo sucesivo a mi trabajo en ómnibus, y dejar mi coche sólo para lo realmente imprescindible.

Yo no sé por qué no le caí en gracia al guarda. Como yo tardara un poco en reunir las monedas que sumaran doce centésimos, él, impaciente, gritó:

—¡Pagando y corriéndose! De a dos en el pasillo.

Venciendo grandes dificu!tades para poner y sacar las manos de los bolsillos y no caerme, pagué y me dejé empujar por el pasillo. Pero el guarda no estaba satisfecho:

—¡Van muy flojos! ¡Más apretados todavía!

Y, aludiéndome, agregó:

—A ver ese de gabardina: ¡No tan cómodo!

Su impertinencia me molestó, pero resolví responderle con mi indiferencia. Mas, él personalizándose claramente conmigo y golpeando con un objeto duro contra una ventanilla, me espetó:

—A ver, Bigote: más apretado. ¿Por qué no se compra un auto? ¡Por seis vintenes quiere viajar como en un Cadillac!

Había gente que se reía. Yo, que siempre busco pasar inadvertido, sentí gran vergüenza al verme aludido en público y en esa forma.

Mientras era así zaherido en lo moral, véase lo que me ocurría en lo físico.

Sobre mis riñones, un pasajero flaco se me estaba incrustando y ya tenía introducido su codo en lo que debía ser mi peritoneo. Una señora gruesa, cartera incluída, se dejaba caer contra mí como si yo fuera un sofá. Y delante mío una mujer pequeña, que yo creí que llevaba un niño en brazos, pero que resultó un atado de ropas, me lo puso contra el rostro al punto que para poder respirar debí doblar la cabeza. Mi único apoyo era una mano tomada del hierro superior y así mi cuerpo giraba en cada curva o frenada poniendo a prueba la resistencia y elasticidad de las articulaciones de mi cintura, caderas y rodilla. No podía contar para el apoyo con los pies, porque éstos me eran pisados y debía de continuo cambiarlos de lugar. Y todavía el guarda:

—A ver el del Cadillac, que no deja pasar. ¡Afinándose!

Yo trataba por todos los medios, aun dejando de respirar, de ocupar el menor lugar en el espacio, buscando al máximo afinarme, comprimirme, achicarme, lo que todavía no satisfacía al guarda quien quería evidentemente que yo desapareciera en el éter. Al mismo tiempo, llegaban a mis oídos los comentarios hechos a gritos de los pasajeros y pasajeras. Una mujer muy conversadora criticaba a las gentes que les da a todas por viajar a la misma hora. Otra, de voz chillona, decía que la culpa de todo la tiene el Gobierno y que ya le van a pedir otra vez el voto en las próximas elecciones. Un sujeto abriendo el diario como si estuviera en el escritorio de su casa, me metió una punta en un ojo. Al tiempo que otro, muy gordo, al pasar para descender me torció y me dobló en dos contra el hierro de un respaldo.

¡Y pensar que soy de una generación que hace treinta años desafiaba a duelo por el hecho de ser pisado, mirado de reojo o empujado! Y yo ahora era sacudido, comprimido, retorcido, achatado y no reaccionaba. Por suerte, ninguna persona conocida me veía en la vergonzosa y ridícula posición que debía dar a mi cuerpo, como resultante de las diversas fuerzas que sobre él gravitaban.

Ya en el límite de mi resistencia, llegué a mi destino. Con las mismas dificultades que en un nuevo nacimiento, me abrí paso y toqué yo mismo el timbre. No lo hubiera hecho. Se me vino el guarda convertido en una fiera:

—¿Usted qué se cree? ¿Que usted manda en el coche? ¿Por qué tocó el timbre? ¡Usted es un atrevido!

Lo miré. Tendría unos 26 años. Su melena negra salía por debajo de la gorra. Se puso los boletos en el bolsillo y me desafió a bajar para pelear.

Pensé que a un medio pesado no le está permitido cruzar guantes con un peso gallo. Salvo que éste aumente 16 kilos o que yo los perdiera. Busqué bajar. Todavía el conductor, haciendo causa común con el guarda, me abrió la portezuela con tal violencia y a destiempo, que si no me tiro para atrás me achata la nariz.

El guarda me despidió:

—Y éstos son los que le toman a uno el número y se van a quejar a "El Plata". ¡Atrevidos!

Finalmente me encontré en la calle. Pero mi descorazonamiento era inmenso. Había perdido mi dignidad y tres botones de la gabardina. Mi ropa estaba arrugada, mi calzado pisoteado. Mi propia estimación herida gravemente. Me arrastré hasta un banco de la plaza. Mascando mi derrota y mi vergüenza. Por suerte, pude desquitarme. Rompí en cien pedazos, que deshice, el boleto, testigo y documento de mi más grande humillación.

LA ALEGRÍA DE VIVIR O EL PODER DE LA RADIOTELEFONÍA

Por más que pensamos no podemos darnos cuenta cómo podíamos vivir antes sin la radiotelefonía. Porque, desde que tan maravilloso invento se ha difundido y ha penetrado en nuestro hogar, no podemos pasar un instante sin escuchar sus generosas y diversas ondas, a que, a cualquiera hora, nos traen la noticia sensacional, el bolero de moda, el episodio teatral que sacudirá nuestros nervios, sin contar con los jabones, aceites, solares y liquidaciones que, entremezclados con música española, nos harán saber dónde está la pichincha de nuestra conveniencia o la tienda donde, casi regalado, encontraremos de todo para el hogar.

Desde que abrimos los ojos en la mañana hasta el instante que apagamos la luz de nuestra mesita de noche, la radio está allí, junto a nosotros, transmitiéndonos música reconfortable, ritmos tónicos, canciones alegres, que nos acompañarán a través de la pesada jornada del día.

Mientras tomo mi desayuno, doy vuelta ya el botón del aparato trasmisor porque no quiero perderme "la hora del desayuno alegre", ¿allí está?: después de unos chillidos eléctricos y sacudidas en el espacio, llega a nuestros oídos, embelesándonos, mientras ponemos manteca al pan, la hora del desayuno alegre, en la que justamente en estos instantes los Hermanos Chavalinos están terminando la hermosa canción "Ya todo acabó". Oídlos para vuestro gozo:

Ya mis perros se murieron
Y mi rancho quedó solo.
Falta que me muera yo
Para que se acabe todo.

Hay quienes de mañana para tonificarse para el resto del día, se dan inyecciones del complejo vitamínico. Otros se tonifican con una ducha escocesa. Yo lo hago con la hora del desayuno alegre porque, después de haber oído esa canción, el espíritu queda alegre, jovial, rebosante de optimismo, tal como si se hubiera leído un libro de Marden o el artículo de "Selecciones" que enseña cómo ser feliz.

Así da gusto comenzar el día. Puede afuera llover o haber espesa neblina. Podéis encontrar vuestro auto en llanta. Pueden golpear vuestra puerta los cobradores. Con la tonicidad que ha logrado vuestro espíritu merced a la transmisión radial os lanzáis a la vida acorazado de optimismo, y vuestros labios gozosos, repiten: la vida es bella, la vida es bella.

Si os quedáis todavía en el hogar, podéis, para vuestro placer, escuchar en todas las radios los noticieros de la hora 9. Niños muertos en la China, inundaciones en el Japón, las estadísticas de accidentes de tránsito de la última semana, la débil cotización del peso uruguayo, la baja de precios en Tablada, la garrapata del ganado, huelgas en la F. I. L. C. U. y en la A. N. D. A., terremotos en Chile, el atraso en el pago del presupuesto: son el néctar delicioso que os escancian las diversas radios que se disputan vuestra oreja para verter en ella la noticia deleitosa que os hará feliz. Y así con la cara rebosante de alegría, podéis lanzaros a la calle a comenzar el día. ¡El mundo es vuestro!

¡Qué largas son las horas lejos de la radio! Pero, cuando apresurando vuestra labor, llegáis corriendo a vuestra casa y os sentáis junto al aparato, ¡qué satisfacción! Justamente, es la hora de los episodios radioteatrales y vuestro espíritu gozoso puede, para su alegría, elegir entre las diversas estaciones y los diversos títulos: "La mano del muerto", "El profanador de sepulturas", "¿Quién mató al viudo?", "Un cadáver en la frigidaire", vuestra atención salta de un episodio a otro no pudiéndolos escuchar todos al mismo tiempo como quisierais, aunque todos tienen de común la misma voz tónica y optimista de un locutor, sin duda, pariente de Boris Karloff o de Peter Lorre.

Quizás los profesores de dietética y nutrición no tarden en explicar la acción benéfica que sobre el proceso de la diges-

tión tiene el estar escuchando, mientras se come, episodios dramáticos. Porque esa acción benéfica existe, máxime cuando se interrumpe, como es lo habitual, la trasmisión para dar cuenta de un espantoso accidente de tránsito o el hundimiento de una casa de apartamentos. ¡Entonces, vuestro estómago, que estaba en el deleite, debe lindar ya con el frenesí!

Y no hablemos del arte y la discreción con que se pasan los avisos. Un aceite, por el hecho de elaborarse en España, se ha apropiado de la hermosa música de una ópera española y con tal insistencia que en el resto de vuestros días no podréis ya escuchar esa inspirada música —sea en un concierto, sea en el disco— sin que aparezca, asociado, el nombre del referido aceite. Diversas clases de yerbas y de jabones, medias y calzoncillos, zapatillas y soutiens se apropian así de música nativa o clásica, a tal punto que ya vemos el día que una marca de paraguas alemanes se anuncie con los temas de las sinfonías de Beethoven. Y nunca podremos agradecerle a los ingenios que tienen tales ideas. Porque ya no es necesario esperar el sábado para escuchar a Lamberto Baldi en el Sodre: a toda hora, y junto al nombre de un jabón, una yerba o un agua mineral, aparecen Mozart, Schubert, Ravel. ¿Cuándo, ni en los mejores días de la Revolución Francesa hubo una democratización mayor y más auténtica de la cultura? Ésta ya no es el privilegio de quienes pueden comprarse un piano. Se da vuelta un botón y veinte siglos de música se vierten en vuestros pabellones auditivos entre nombres de zapaterías y ofrecimientos de sal inglesa.

No quiero fatigar al lector —y separarlo más largo tiempo de su aparato de radio— describiendo hora tras hora —podría decir minuto tras minutos— las maravillas sonoras que durante el transcurso de todo el día le estarán trasmitiendo, para su regalo espiritual, las diversas estaciones de radio. El propio lector con sólo dar vuelta un botón puede comprobarlo no sabiendo qué admirar más: la perfecta dicción de los múltiples locutores, el lenguaje cuidado y verdaderamente castizo de sus locuciones, la mesura y ponderación de los comentaristas, en especial los de deportes, la altura en el enfoque, el desinterés en la opinión, el fino discernimiento en el juicio, la cultura exquisita en el comentario crítico. ¿Qué edad del género humano —ni aún la de Oro— ha conocido privilegios semejantes? ¡Y pensar que hay personas que dicen que hubieran

preferido vivir en otra época —en la Grecia de Pericles o en el Renacimiento italiano— cuando este maravilloso invento aún no se había realizado!

Llegá así la medianoche. Si sois comerciante, no queréis a esas horas saber nada de capitales e intereses. Si sois bancario, no queréis saber ya de números. Si sois empleado público, deseáis por un instante no saber nada de aumentos, operaciones ni licencias. Si sois médico, nada de enfermos. Y si sois psiquiatra, nada de locos. Pues, ahí está la Radio Oficial que destina esta hora, justamente, para la música clásica, reparadora, que os conduce como de la mano al sueño. Conocéis su sitio en el dial: C. X. 6. Dáis vuelta el botón y esperáis. Sin duda, para vuestro deleite saldrá del aparato una música descansada, calma, sedante. En efecto, escuchad: "Se va a trasmitir el Aria de la Locura de la ópera "Lucía de Lammermor".

¡Oh, Radiotelefonía, octava maravilla del cerebro del hombre de este siglo! Moderna alfombra mágica y auténtica lámpara de Aladino: ¿cómo podíamos antes vivir sin ti?

EL TELÉFONO, ELEMENTO MÁGICO

Ya nadie ignora que los objetos que nos rodean están dotados de espíritu y de intenciones a igual que los seres animados. Esta magia de los objetos es más manifiesta en algunos de ellos, por ejemplo, en los espejos, los cascabeles, los paraguas, los guantes usados, las ropas viejas y en el teléfono. Sí, en el teléfono.

El teléfono es un periscopio que asoma dentro de nuestra casa. Y por el cual salen de continuo, y se instalan junto a nosotros —así estemos en la habitación más cerrada del más alto apartamento— personas que vienen con un problema o en busca de algo que necesitan. Nunca llega la persona feliz, porque una persona es feliz porque no necesita nada. Lo más a menudo, sale por el tubo de ebonita el indiscreto, el pedigüeño, el inoportuno. Siempre porque tiene una dificultad, padece un disgusto o le falta algo. Rara vez para invitarnos a bodas.

Pequeño monstruo implacable, sólo dotado de un tímpano felino y una laringe terrible, el teléfono nos mira fríamente con sus diez ojos numerados, buscando el sitio donde nos herirá con la noticia incómoda, nos deprimirá con la pena o excitará nuestros nervios con la espera, el disgusto o el temor. Chimenea que llevamos hasta nuestro escritorio o nuestra cama, y por la cual saldrá el humo audible de otros escritorios y de otras camas. Icono laico donde se cuelga a menudo nuestra esperanza, se arrodilla nuestro ruego o vibra la protesta airada. Reservado confidente de nuestras mentiras, cómplice de nuestros disimulos, testigo discreto del miedo y la derrota. Teléfonos!

Caños de la escopeta en manos de la persona desocupada que os ha elegido de blanco para su entretenimiento y a quien disparar proyectiles verbales al oído, le resulta más cómodo y económico que ir a la feria de diversiones a tirar pelotazos

al negro que cae dentro de la pileta. Amenazante bulldog de fuerte cabeza y muy cortas patas y de tan terrible poder que debemos tener siempre atado a una pared. Cabeza dotada sólo de oído y garganta, y que presume de virtuosa, pues como no tiene cuerpo no tiene instintos; y admoniza luego como una reseca vieja sufragista. Teléfonos!

Cuando deseo estar solo un rato o me retiro a descansar, al pasar junto al teléfono miro sus diez ojos numerados pidiéndole piedad, y toda mi actitud debe ser de imploración. Como si de tal artefacto pudiera salir de pronto un león, una serpiente monstruosa, una araña descomunal, o algo peor todavía: un tonto.

Porque el teléfono es la punta de lanza del latero ocioso quien, cada vez que se le ocurra, entrará en vuestra casa a través de esa chimenea-periscopio y se sentará a vuestro lado cuando os disponíais a trabajar. Es el helicóptero de los cobradores, la barcaza de desembarco de los vendedores de heladeras y números para las rifas, a quienes habíais esquivado con éxito en la calle y en la oficina, pero que os darán la captura cuando os creíais a salvo en la intimidad.

Aspirador eléctrico que se enchufa en tu oído, irá a sacarte así te refugies en la más alta torre de marfil, te pierdas en el dédalo de las ciudades o te abroqueles en un castillo rodeado de fosos. Aunque te sumerjas en el agua o asciendas en el aire irá a sacarte. E irá a sacarte, así te escondas en la celda de un monasterio o, solitario, te encuentres como Robinson en una isla, pues ya todas las islas del planeta tienen teléfono. Y tu cabeza, tu corazón y tu cartera ya no podrán estar más a salvo en parte alguna.

Áspid de larga cola que asoma dentro de tu casa su chata cabeza de crótalo. Vehículo transmisor y no detetizable de las epidemias de calumnias, de los microbios de la intriga y del verdadero virus de la verdadera rabia. El aparato de teléfono sería perfecto si quien escucha pudiera, apretando un botón, hacer salir del otro lado, junto a la persona que habla, un guante de box o un zapato de fútbol. Todos pagaríamos —esta vez, sin protesta— tal suplemento.

Hace 40 años, poco después de la invención del gramófono, dábamos una moneda para poder ponernos unos auricula-

res que nos hacían oír el aria de "Tosca" la Marcha de Garibaldi y el Danubio, ya Azul. Ahora, en el teléfono automático, ponemos una moneda y escuchamos la voz conocida de un pariente que nos hace un encargo. ¡Es vertiginoso lo que progresamos!

La intimidad, la dulce y callada intimidad, tan fecunda para las ciencias, las artes y el placer de vivir, ha huído, con un vuelo de palomas asustadas, herida por los timbres telefónicos. Retraimiento solitario, apacible retiro, dulce néctar de la soledad nemerosa. ¡Oh, Fabio!

El teléfono es el enemigo Nº 1 del hombre hasta por las ventajas que procura. Te habrá pasado repetidas veces esto: Te levantas temprano, te afeitas, te vistes decorosamente y concurres a una oficina, una boletería o un ministerio a formular una demanda. Llegas, al fin, junto a la persona buscada y cuando vas a iniciar tu gestión suena el teléfono que es atendido de inmediato. Otra persona, sin moverse de su casa, quizá sin afeitarse ni vestirse ni bañarse —lo imaginamos siempre barbudo y en pantuflas— con el teléfono te gana de mano y tiene prioridad en su llamada y es atendido antes que tú que has concurrido, no sólo con la voz, sino con toda tu persona, traje incluso. Y así te sacan las mejores localidades, pierdes la oportunidad buscada y también algo irreparable: el tiempo.

A pesar de nuestra docilidad cada vez mayor para aceptar costumbres sociales que no aprobamos, no hemos podido todavía silenciar nuestra rebeldía frente a esta prioridad injusta lograda por el teléfono y estamos tentados de concurrir a tales gestiones provistos de un pequeño timbre que suene incómodo como un teléfono.

Periscopio, chimenea, aspirador, bulldog, ruido con prioridad: son alguna de las tantas ventajas del teléfono, que, sin duda, han ido descubriendo progresivamente los diversos directores de la UTE, lo que explica los sucesivos aumentos de las tarifas. Después de lo que dejamos escrito, no podemos estar en desacuerdo con tales aumentos. Pero nada costaría que los cobradores explicaran todo lo que dejamos dicho a los clientes cuando éstos, frente a las nuevas tarifas protestan, gimen o se retuercen.

OFICIO DE TINIEBLAS

NADA es perfecto en sus comienzos. Aun los mayores genios comienzan por ser un recién nacido con sus llantos y pataleos. ¿Por qué, entonces, a la U.T.E. se le exigió desde sus comienzos que sus apagones fueran perfectos, totales, inobjetables?

Se recuerdan los primeros apagones que casi no merecían el nombre de tales: afectaban a un área escasa de la ciudad, no se seguía en ellos una racional distribución y, generalmente, las lamparillas eléctricas no se apagaban totalmente. Sus filamentos, aunque con muy leve luz, quedaban incandescentes, y los objetos y las personas todavía se distinguían algo. Así nadie se golpeaba contra las puntas de los muebles, nadie se caía por las escaleras, y las gentes tenían tiempo de terminar lo que estaban haciendo. Como es natural, a nadie satisfacían estos apagones, que fueron llamados de "revalúo", y pronto la prensa se hizo eco de las protestas y las quejas.

Pero, desde hace unos meses, las cosas han cambiado. La U.T.E. ha recibido al fin, los modernos grandes generadores electromotores, se han habilitado nuevas centrales dinamo-emisoras, y, ahora sí, se tienen apagones satisfactorios. Y aunque todavía, no obstante los mejores esfuerzos de la U.T.E., ninguno de sus apagones ha podido afectar a la ciudad entera, ellos son distribuídos equitativamente, hoy un barrio, mañana otro, con los naturales privilegios para los barrios de sus directores y de los políticos influyentes.

Durante estos apagones, la actividad de la ciudad se detiene. Las sombras salen de atrás de los muebles y del interior de los roperos, y llenan todas las habitaciones. Los muebles tienen más ángulos, hay más sillas al paso, se pisan los patines y los zapatos ajenos. El tránsito de las calles se detiene. Y la

U.T.E. respira satisfecha, pues ahora cumple con el enunciado de su sigla: Usina de Tinieblas del Estado.

No vamos a ofender la cultura de nuestros lectores recordándoles las ventajas de la oscuridad, de las sombras, y de la noche. Ellas han sido en todo tiempo eficientes colaboradoras de la poesía, del hechizo y del amor. Sí, del amor. Ejemplos: "El Cantar de los Cantares", del Rey Salomón (Cap. 2, vers. 17) y el tango "Todo a media luz". Sabido es cómo la oscuridad vuelve más expresivos y afectuosos a los enamorados. Y cómo, privada la vista se afina el tacto. Lo hemos visto este carnaval, en bailes donde la penumbra de las "boites" ha desarrollado tactos en un grado tal como sólo existía, hasta ahora, dentro de los autobuses. Y se sabe cuánto puede el tacto en la vida social y a qué errores y sofocones expone la falta de tal sentido.

Por otra parte, en la oscuridad nuestra ciudad recupera su aspecto colonial. No es ésta la primera vez que Montevideo debe alumbrarse con velas. En 1795, el Cabildo de Montevideo estableció el alumbrado público, que se hizo con velas de sebo, a cargo del establecimiento de velería de Francisco A. Maciel, y se creó el impuesto de alumbrado a razón de real y medio por puerta! Negros africanos con la escalera al hombro y la caja de velas a la espalda, sostenida por una correa, tenían a su cargo el mantenimiento de los faroles aun en las noches de más crudo pampero. Tal género de alumbrado existió en nuestra ciudad hasta 1834, que fué sustituído por faroles con aceite.

En cada apagón, pues, Montevideo se quita más de cien años de edad. Por otra parte, las velas son los paracaídas o la rueda auxiliar de la luz eléctrica. Sin ellas, cada apagón sería un naufragio completo, sin personas ni objetos sobrevivientes. Merced a ellas, se distinguen aún las manos que se agilizan, sombras que se esfuman, bultos que se mecan.

Durante los apagones, las bebidas de los bares y los platos de los restaurantes toman un marcado sabor a estearina. Porque en el instante del apagón todos gritan: ¡Las velas! ¡Las velas! Y, al rato, sorprende el número de creyentes que con un cirio en la mano parecen estar en una procesión a San Antonio o

al 03. Señalemos que esta multiplicación actual de las velas ha coincidido con el aumento electoral de la Unión Cívica.

Pero, no hay profeta en su tierra y menos en este país donde el sujeto "contra" tiene tan grande difusión. ¡Y, así se llega a criticar hasta a la U.T.E. por sus apagones! Frente a tales críticas, la U.T.E., al mismo tiempo que difunde apagones —y como para conformar a todos— deja encendidas durante todas las horas de la mañana las luces de una calle entera o de un edificio público. De este modo, nadie puede poner en duda la excelente voluntad para servir a las más variadas opiniones.

Por otra parte, a los eternos desconformes y sempiternos críticos debemos decirles que quizás la U.T.E. tenga, para realizar sus sistemáticos apagones, razones de orden estratégico y que, por ello, no puede hacer públicas. Tal como la oscuridad de Londres la salvó de ser destruída por las bombas enemigas, los sucesivos y variados apagones de Montevideo —hoy en un barrio, mañana en otro— desorientan a un posible desembarco de marcianos. Los críticos injustos tampoco han reparado por qué no han llegado todavía hasta nuestras playas platos voladores. ¿Por qué? ¿Eh? La U.T.E. mantiene a Montevideo en un plan permanente de defensa antiaérea. Las gentes no saben y critican. Y el directorio recibe las saetas, blasfemias y hasta la no reelección que en todo el tiempo ha sido el premio que han tenido los profetas, los apóstoles y los directores. ¡Hasta cuándo, Catilina!...

POR LA UNIDAD DEL ESPECTÁCULO

Ya nos hemos referido en páginas anteriores al pequeño volumen, titulado "Carnet de Voyage", que publicó en París el actor Pierre Bertin a su regreso de la "tournée" por el Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. En muchas de las costumbres de los sudamericanos, Bertin encuentra, al mismo tiempo que la buena intención y la ingenuidad que las inspira, cierta dosis de primitividad subyacente. Veamos cómo refiere una "soirée" de poesía dada en el Club Uruguay por J. L. Barrault, Madeleine Renaud, Desailly y Bertin.

Luego del discurso del presidente del Club, J. L. Barrault inicia el recital con un poema de Villon. Los fotógrafos se dan a su tarea con todo entusiasmo, y esto enerva a Barrault. Los versos son cortados por los fogonazos:

"Frères humains qui après nous vivez...
(Flashes! Flashes!)
Ah! écoutez, fiches-nous la paix!..."

"Los fotógrafos se repliegan al fondo de la sala donde, desde la escena los vemos, se ponen a hablar y fumar con los empleados del club, yendo y viniendo. Esto nos molesta mucho. Madeleine, muy nerviosa, debe pedirle al presidente que los haga callar, y todo esto durante la recitación del pobre Barrault y delante de un público imperturbable."

Un recital de poesías, como un concierto musical, una conferencia y también una representación teatral, requieren un clima espiritual que se rompe por la intervención de elementos extraños, en especial, si éstos participan con fogonazos e interponiendo sus figuras físicas entre el espectador y los artistas. Recientemente vimos cómo, durante una lectura de poemas au-

tobiográficos, una ilustre conferencista rogaba al fotógrafo que no interviniera y debió repetir su pedido ante la insistencia de aquél. Con el propósito de documentar el espectáculo, intervienen en éste, lo perturban y hasta lo modifican, puesto que parecería que se creyera que la finalidad del acto se reduce a que le saquen fotografías. Quien ha subido a una tribuna o a un escenario conoce cuán tenue y frágil es la cinta de emoción que une al artista o al orador con el público. Y quien desde su butaca logra el estado de emoción estética sabe con cuánta facilidad lo pierde por la intervención de ruidos, conversaciones y fogonazos.

Y qué decir del martirio del conferenciante que debe proseguir hablando como si nada pasara mientras sus músculos faciales se contraen por sectores espasmódicamente a cada fogonazo que recibe en los ojos. A título documental, diré lo que vi en una conferencia este verano en el Museo Pedagógico.

El orador con buen elan había iniciado su disertación y —como diría un cronista deportivo— ninguna incidencia anormal se produjo en los primeros diez minutos. Pasados éstos comenzaron a llegar los hombres de la maquinita. Interponían sus figuras físicas entre el orador, que seguía hablando, y el público, no muy numeroso pero muy repartido en las butacas en hemiciclo. Estudio previo de los ángulos de enfoque, y luego: ¡Flash! ¡Flash! ¡Flash! El orador parpadeaba a cada fogonazo, pero seguía hablando. Hasta que llegó otro fotógrafo, se paró entre la tribuna y el auditorio, y se dispuso con gran calma a realizar pacientemente su obra. Miró al orador con indiferencia profesional, lo enfocó con un desgano de rutina, apretó un botón y la lamparilla... no funcionó. Después de insistir tres veces, optó por cambiarla. Y ante un nuevo fracaso (el orador, cada vez, se ponía en pose), acabó por pensar si no sería que andaba mal una especie de pequeña batería que llevaba sobre el lado izquierdo de su cuerpo. La palpó, movió una palanquita, esperó que la batería se calentara, y ahora sí, sacó la foto del orador que seguía hablando, pero sin que pudiéramos atenderlo, distraída nuestra atención por el trabajo que se desarrollaba entre él y nuestra vista.

Después el fotógrafo —siempre desde el mismo sitio, frente a la tribuna— miró al público que, ya dije, estaba muy repartido. Estudió, sin apuro, el modo de enfocarnos. Por su expresión desconforme, parecía que no le satisfacíamos. Hasta que

sus miradas encontraron en un rincón del salón una pequeña escalera; fué a buscarla, la abrió frente al público, se subió a ella y desde allí nos fotografió, previo nuevo calentamiento de su batería y una corrección de diafragmas. A sus espaldas, el orador seguía desarrollando el tema. Pero toda nuestra atención estaba absorbida por el trabajo físico que, al mismo tiempo, realizaba el fotógrafo, a quien debimos haber aplaudido terminada su afanosa labor. Cuando se fué, nuestros ojos volvieron al conferenciante, pero éste, en ese cuarto de hora, se había distanciado mucho y ya no pudimos alcanzarlo.

Orador y fotógrafo eran dos acróbatas independientes que trabajaban al mismo tiempo en un circo de dos pistas. Habría conveniencia, para evitar la dispersión del espectáculo, que acordaran sus trabajos respectivos. Por ejemplo: que el orador fuera destacando las dificultades que va venciendo el fotógrafo en su labor. O que éste retoque y embellezca los retratos del orador al tiempo que éste saca brillo a sus metáforas y obtiene mayores efectos retóricos. O, simplemente, que el conferencista desarrolle un tema, que podría ser "Las Avispas" de Aristófanes, con ilustraciones mímicas o ballet a cargo de los fotógrafos.

De este modo el espectáculo lograría la unidad de cuya falta todavía se resiente.

TAMBIÉN LAS CANILLAS HACEN PAROS

Después de la batalla de Trafalgar, los ingleses consolidaron su dominio de las aguas, lo que les permitió extender su imperio a los cinco continentes e islas adyacentes. Fácil les fué, con tal dominio, entubar las aguas de nuestro río Santa Lucía y hacerlas llegar a los lavatorios y bañeras montevideanas. Un disciplinado servicio de canillas tan seguro y cumplidor como el Banco de Londres, ponía en manos de los usuarios la voluntad de lavarse y bañarse cuando tenían ganas.

Pero, el tiempo siguió su marcha. Primero, fué la India que se independizó. Después, Egipto; le siguió Palestina; y hace pocos años las aguas corrientes de Montevideo dieron su grito de libertad, y ése es el grito ronco y, sobre todo, seco que repiten las canillas. Y es que las canillas ya no son inglesas. Son criollas y usan los slogan nativos: —"No se me da la gana", "Tengo licencia por enfermedad", "Cuando se me antoje", "Me voy con los veinte días".

Ya los textos escolares de geografía enseñan que el río Santa Lucía nace entre las sierras de Minas y termina en las canillas de Montevideo. Las líneas de bombeo —¡qué bellos nombres tenemos ahora que no tenemos agua!— son ramificaciones domiciliarias del citado río. Las cañerías son el sistema circulatorio (sic) que llevan (resic) el líquido elemento hasta la unidad individual ciudadana. Como nadie sabe que tiene hígado hasta que le duele, con los ingleses nadie sabía que existían cañerías porque no se rompían. Sólo los insomnes las conocían, porque, justamente, las cañerías aprovechan las noches de insomnio para desperezarse, jurar, renegar, y ahora para tramar en voz baja los sabotajes y ponerse de acuerdo para los paros.

La Compañía debería poner serenos insomnes para vigilar estas huelgas en el servicio público. Pero los serenos, como ocurre siempre, tienen un sueño a prueba de bomba y nada les despierta. Por eso se llaman "serenos" y son seleccionados en pruebas tan rigurosas que son verdaderos campeonatos de sueño, donde se aprecia tanto la duración como la profundidad.

El agua sabe que con los ingleses no se juega. Los erizados acorazados de Su Majestad Imperial cruzan de continuo los mares. Peñones o islas estratégicas vigilan celosamente sobre tal obediencia. Por ello, le responde hasta ahora toda la masa líquida del planeta. En cambio, después que los ingleses se fueron de Aguas Corrientes, a nosotros no nos obedece ni el agua de una bañera, donde ya los esquives del jabón nos ponían en ridículo. Miramos la roseta de la ducha con la misma interrogante con que el paisano inquiere en las largas sequías al cielo, implorando agua para sus tierras ávidas.

—¿Lloverá?, se lee en sus miradas. —¿Tendrá agua?, preguntan las nuestras. Y sobre la incógnita de la roseta enigmática nada puede, no ya Baigorri (el hombre que hacía llover) ni el padre Améndola (que encontraba más fácilmente petróleo que agua), sino la misma O.S.E. que no osa hacer pronósticos y sólo hace comunicados explicando por qué no hay agua.

Y, naturalmente, las explicaciones son siempre satisfactorias: porque llueve poco, porque llovió demasiado, porque están instalando una nueva gran bomba de bombeo. etc. Siempre para explicar por qué no hay agua. Frente a tantos factores, no nos explicamos cómo, a veces, hay agua. A lo mejor, ahora. Vamos a ver. (El autor deja de escribir y se levanta. Va al lavatorio y abre una canilla: le responde el refunfuño ronco y airado de una garganta metálica. El autor, asustado, cierra ese chorro de gárgaras de aire enojado. Vuelve a su escritorio y sigue escribiendo).

En un homenaje a Newton, en Londres, todos los oradores habían loado al descubridor genial de la ley universal de la gravitación. Hasta que se adelantó un poeta y dijo: —"Hago

votos por la eterna condenación de Newton, quien, al revelar una verdad, quitó un misterio a la naturaleza".

Tan ingleses como Newton, los técnicos que tenía la ex Compañía de Aguas Corrientes eran eficaces, objetivos, fríos. Las canillas, tan sujetas como el agua del estrecho de Gibraltar, cumplían sin paros ni protestas su cometido rutinario, pasivo y sin imaginación. La técnica, una vez más, mataba, o por lo menos sojuzgaba, a la magia de los objetos y de los elementos. Se sabía que cuando se abría una canilla salía siempre agua. Mejor dicho: ni se pensaba que ello pudiera no suceder. Tan naturales como la respiración o los latidos del pulso, los cierres y aperturas de las canillas lo eran también de su chorro líquido que siempre estaba allí indefectiblemente.

No había incógnita, interrogantes, dudas, misterio. El Consejo de la O.S.E. quizás sea menos técnico que los ingleses, pero contribuye, en mayor grado que ellos, al misterio. Hemos visto a personas ya desvestidas, junto a sus bañeras, deshojando margaritas como antes se hacía para interrogar a Cupido y musitando referente al agua: "¿Mucha? ¿Poquita? ¿O nada?" Y otras personas, ya enjabonadas, repitiendo el soneto de Darío: "¡Sí..., no...ª sí..., no... Y sabías que te quería ya!"

¡Poesía, magia, misterio!... ¿Hay plata que pague todo eso? Y pensar que todavía hay gentes y diarios que protestan frente a las cuentas de la O.S.E. que legítimamente podrían poner todavía un 20 % por sus servicios de suspenso, enigmas y encantada incertidumbre.

YO QUIERO SER ANIMADOR[1]

HALLÁBAME sentado en mi escritorio y mi vista recorría diversos apuntes iniciados, pues debía escribir mi semanal artículo. No sabía cuál de ellos elegiría y me encontraba en cierta perplejidad. Quería yo que mi nota fuese risueña sin ser mordaz, interesante sin ser pedante, grave sin llegar a pesada. Sacóme de la dificultad de mi empeño el timbre del teléfono. Y una voz juvenil, a un tiempo emocionada y sumisa, me dijo:

—¿Es usted el señor Fidel González?

—Los miércoles.

—¡Quiero expresarle que sus artículos me encantan!

—¿Qué desea usted pedirme?

—¡Quiero ser animador!

Se me representaron mentalmente, de golpe, todos los animadores que en tarimas, tablados, escenarios, reuniones familiares, repartos de premios, tómbolas, kermeses yo estaba viendo de continuo desde hacía meses, llevando el humor y la gracia a lugares que sin ellos serían páramos desolados. Inquirí, exigente:

—¿Reúne usted las condiciones necesarias?

—Sí, todas. Tengo un gran smoking blanco. Me hago yo mismo la gomina. Y he logrado, a punta de tijera, el bigote de galán mejicano.

—¡Bravo! ¡Usted triunfará! Y ¿ha estudiado usted algo?

—¿Cómo? ¿Se necesita estudiar?

—¡Perdón! Me equivoqué. Quise decir ¿qué sabe usted?

—¿Se necesita saber algo?

—Parecería: gestos, expresiones. ¿Ha ido usted a la Escuela

(1) A la manera de Mariano José de Larra.

de Arte Dramático, a los Cursos de Declamación, o por lo menos, ha visto a nuestros oradores parlamentarios?

—No, señor, no...

—¡Perfecto! Así usted mantendrá íntegra su modalidad personal y, a la vez, no se singularizará por conocimientos profesionales. Su voz, no obstante, no me parece la mejor.

—Con los altoparlantes, puedo darle la intensidad necesaria para ser oído por todo un barrio. Además, su valor no está en la fuerza sino en la modulación.

—¿Por ejemplo?

—Oígame usted: "En estos momentos asciende a nuestra tarima musical una cabalgata de astros". O esto: "Cariñosamente, la señorita hija de los dueños de casa va a entregar desde el piano, enhebrada en perfumes y brisas, la milonga "Viejo Verde". O esto otro: "Con ustedes el talentoso y varonil folklorista nacional que engarzará en un joyal de topacios y corcheas la primicia de su poema: "¡Pegame, negro, pegame!"

No sé por qué rara asociación de ideas mientras le oía, las palabras "jabones", "yerba" y "medias" se mezclaban a sus palabras. Llevado ya próximo al éxtasis auditivo, mi oído era acariciado por todo el léxico persuasivo, lleno de sugestión y brillantina, de un locutor, bolerista y animador. Me lo representaba ya en esas reuniones familiares, cumpleaños, compromisos matrimoniales, bautismos, donde el animador que se solicita por teléfono como se piden los sandwiches y la sidra, llega con su alegría espontánea y llena la casa con su ingenio y su altoparlante. Vedlo de pie, describiendo los regalos:

—Y este valioso reloj de oro con cadena del mismo valioso metal ha sido regalado a la gentil señorita cuya efeméride festejamos por su señor abuelo, quien ha querido alegrar este onomástico con su valiosa presencia. ¡Un aplauso, señores y señoras, para el señor abuelo!

Y sigue la descripción de los restantes regalos: el paraguas. (¡Vean qué hermosa empuñadura!), la licuadora, la plancha eléctrica, la tostadora de pan; y nunca falta un distraído que haga una oferta creyéndose en un remate. Pero, por suerte allí está el animador que nunca se desanima y todo lo salva con su voz metálica y su sonrisa tan llena de interés.

Representante actual y vigente del ánimo regocijado y de la alegría prefabricada, el animador está presente en todas las

ócasiones, aun en aquellas donde se podría pensar que no es necesario: la presentación de una comparsa de negros lubolos, de una murga estrepitosa, de una recitadora escotada que dice poemas de Santos Chocano o de Nicolás Guillén. El animador es hijo del micrófono; inventado éste, el órgano creó la función, y surgió aquél en tal abundancia como los hongos después de la lluvia. Pero, no olvidemos que mi locutor está todavía en el aparato, untándome el conducto auditivo externo con su entrega de miel melosa. Siempre exigente, le pregunto:

—¿Sabrá usted pronunciar con gran énfasis todas las letras de una palabra y decir: *áctomo* por *átomo, tracedental* por *trascendental, compiscuo* por *conspicuo, previlegio* por *privilegio, metereológico* por *meteorológico,* y otras semejantes?

—Sí señor, sí; todo eso digo y muchas más.

—¡Perfecto! ¡Usted triunfará! No necesita recomendaciones.

Y no pudiendo ya contener mi gozo, me lancé sobre las cuartillas a componer este artículo que termino así, alborozado: ¡Oh, gracia antigua de los salones y de las tertulias, flor del ingenio de los caballeros y las sonrisas traviesas de las damas, en un lenguaje de abanicos, monóculos y suspiros! ¡Oh, gracejo de las conversaciones antiguas donde la flor del espíritu esparcía su perfume de gracia e intención! ¡Siglo de oro de la delicadeza y de la distinción: habríais perecido en este siglo de material plástico sin los actuales animadores; alegría por entrega, regocijo en conserva, flor y nata de una época de tan dormida sensibilidad que debe ser despertada por fuertes voces metálicas que entran en las casas por patios y ventanas, bajando del cielo o llegan del mar, llenando las ciudades y hasta el campo y los parques con reclames, boleros e hiperliquidaciones, sin la distinción, ya desusada, de lo tuyo y de lo mío!

SOMOS TODOS CONTRABANDISTAS

Los diversos historiadores que se han ocupado del proceso evolutivo de nuestro país coinciden en afirmar que éste ha nacido bajo el signo de la ganadería. Aquellos cien animales vacunos y las dos manadas de yeguarizos traídos en 1607 por Hernandarias y que se reprodujeron en tal forma que al fundarse Montevideo, en 1726, llegaban a 25 millones de cabezas, han sido —se afirma— el origen de nuestra riqueza y también de nuestra nacionalidad como se le reconoce oficialmente incluyendo un ejemplar de cada especie en el escudo nacional. Sin embargo, creemos tal versión equivocada, y que, en verdad, es bajo el signo del contrabando que se forma nuestro país.

En efecto, en 1700 toda nuestra campiña está llena de vacas y se las ve correr en rebaños y no se ha fundado en ella una sola población para su explotación o su vigilancia. Es hasta entonces nuestro país una gran estancia, rica en ganado vacuno y caballar, administrada desde Buenos Aires. La población y las autoridades de Buenos Aires tienen un sistema de explotación de nuestra riqueza que les favorece por entero. Con un permiso especial del gobierno y mediante un beneficio al fisco —la tercera parte— venían partidas de faeneros y se proveían fácilmente de cueros en abundancia. Nuestro país es así para Buenos Aires una gran estancia y todo se desarrollaba tranquilamente, a tal punto que consta en documentos de la época, el gobierno español de Buenos Aires se niega a fundar en nuestro suelo poblaciones estables por ser ello contrario a sus intereses.

Pero he aquí que los portugueses inician el contrabando de ganado para el norte y llevan su gula hasta el exceso de fundar una población —Colonia del Sacramento— mismo enfrente de la ciudad española que beneficiaba de su situación de centro

comercial. No sólo cueradas en gran escala, sino que también grandes tropas de ganados son llevadas para el Brasil y hasta intentan los portugueses fundar nuevos poblados en las ensenadas de Montevideo y de Maldonado. Y es sólo entonces cuando los españoles inician la colonización de la Banda Oriental, motivada tal medida, como vemos, no por la ganadería que ya existía y muy próspera desde hacía dos siglos, sino por el contrabando que amenazaba quitarle la riqueza con que los españoles de Buenos Aires se beneficiaban hasta entonces. No es, pues, el signo de la ganadería, sino el del contrabando aquel bajo el cual se inicia nuestro devenir histórico. No queremos decir con ello que en el ya citado escudo se cambien la vaca y el caballo por un contrabandista.

Y no es sólo en el origen de nuestro país que aparece el contrabando. Éste se hallará presente en todo su desarrollo. Fundado ya Montevideo, tuvo sólo el carácter de guarnición militar (se le llamaba también Presidio) y no le estaba permitido comerciar, lo que debía hacerse desde Buenos Aires. Además, la política fiscal aplicada por España a estas Colonias fué tan absurda y restrictiva que condujo necesariamente al contrabando. Por otra parte, como decía una nota de la época: "¿Quién es capaz de poner guardias a un Océano de tierra?" Dado que toda la frontera norte estaba abierta sin vigilancia alguna, aquellas medidas tan severas cerraron para el comercio el puerto de Montevideo y abrieron las puertas de la frontera. Barcos portugueses y también ingleses, franceses y holandeses, llegaban frente a Maldonado y Colonia cargados de mercaderías de ultramar y volvían con cueros y sebo. Fué así y durante largos años el contrabando la forma normal de comercio. Grandes fortunas existentes todavía tomaron entonces origen. Y se dedicaron a la tarea de arriar tropas para el norte —lo que no era considerado como un delito—, burlando la vigilancia española, la mayor parte de los gauchos y hasta caudillos que se destacarían en la lucha por nuestra independencia.

El contrabando practicado así durante más de dos siglos ha acabado por consustanciarse con nuestro carácter y podríamos afirmar que lo llevamos en la sangre. Todo uruguayo es un contrabandista en potencia. Aquel de los lectores que no haya traído, de su viaje a Buenos Aires, entre sus ropas, jabones y

perfumes, género y calzado, aquel que del Chuy no haya venido con "secos y molhados" y de Santa Ana no haya pasado con latas de Abacaxí y de "Amarelhino", que tire el primer guijarro. Como vemos que no cae ninguno continuamos.

Tan difundido entre nosotros hállase el contrabando que días pasados la policía detuvo a un auto suponiendo, como es natural, que llevaba carne clandestina; pero se equivocó, pues no llevaba contrabando de carne. Era de botellas de cognac esta vez la carga clandestina.

También se explica de este modo el gusto de nuestro público por las novelas de aventuras en las que actúan bucaneros del Caribe o filibusteros de las Antillas —quienes llegaron también hace dos siglos hasta nuestras costas del este—, y la especial atracción por las películas de contrabistas, donde nuestra emoción se pone de parte de los delincuentes cuando los pobres, en pleno trabajo, en la madrugada, húmeda y brillante, son sorprendidos por la policía que a balazos agujerean barriles y más barriles que mueren de alcoholrragia externa. Todo ello con sonidos de bocinas, pitos, tiros, frenadas y los gritos del caramelero del cine porque ése es el instante cuando el público consume más caramelos de contrabando.

Existe una satisfacción especial en usar artículos comprados de contrabando, y esto es ya explotado por gentes ingeniosas. Cuando llegan a nuestro puerto los grandes transatlánticos italianos, sube a ellos escondiendo su mercancía bajo el sobretodo, un vendedor de pañuelos de seda, quien luego a bordo los vende como pañuelos italianos. Los visitantes uruguayos le arrebatan de las manos este artículo confeccionado en un modesto tallercito de la calle Domingo Aramburu.

Cigarrillos, encendedores y relojes, artículos de nylon, sweters y camperas, todo puede comprarse de contrabando en las calles de Montevideo. Nuestro origen marcó nuestro destino y no podemos escapar a esa fatalidad. Después que una película francesa demostró que todos somos asesinos, vemos ahora que también todos somos contrabandistas. Sólo nos falta, para estar completos, la pierna de palo, el parche en un ojo y el loro sobre el hombro. Y varias valijas más.

CICLOS DE CONFERENCIAS

MONTEVIDEO, pese a que es ubicado por los geógrafos en la zona templada, tiene un invierno en el que abundan los días crudos que la llovizna, el viento y el frío vuelven inclementes. La Universidad, el Ateneo, Los Amigos del Arte y otras instituciones beneméritas, velando por la salud del pueblo, han preparado recintos cerrados, donde las gentes encuentran amparo durante el mal tiempo. Esto es aprovechado por algunas personas —intelectuales, en su mayoría— para hablar largamente sin ser interrumpidos. Estos actos, en los que una sola persona habla y cien o doscientas escuchan, se llaman *conferencias* y dan comienzo a las siete de la tarde, hora en que la virazón enfría al máximo el aire de la calle. Creemos ocioso explicar por qué incluímos esta nota referente a las conferencias en la serie que venimos publicando sobre la climatología de nuestro país. Gómez de la Serna llama a la Argentina la primera consumidora de conferencias del mundo, y afirma que en Buenos Aires el conferenciante recién llegado se siente galvanizado y crece por sí mismo y por el trato especial que recibe. Como si respirara un alcaloide que estuviera en el ambiente, se siente una afluencia verbal y espiritual como en ningún otro sitio. Las lámparas de los conferenciantes que se encienden a las 7 de la tarde proyectan una luz confidencial y, en medio de una tensión de concierto, puede el disertante hacer el desahogo perfecto de su locura interior. Termina Ramón diciendo que el conferenciante es una ilusión de Buenos Aires, pero ¡cuidado con creérselo demasiado!, pues él debe saber desvanecerse como una ilusión.

Todo lo dicho es aplicable por entero a Montevideo, dado que ambas metrópolis del Plata tienen comunes caracteres de formación intelectual, avidez cultural, y entusiasmo medite-

rráneo. Recordemos que García Sanchiz, que en España no había juntado valor para dar conferencias, en Montevideo se hizo charlista y luego prosiguió, ¡y en qué forma!, la actividad que le había despertado el alcaloide aquí respirado.

Todo conferenciante está hablando siempre de sí mismo. Si Goethe ha podido afirmar que el arte es siempre una confesión, y se ha dicho que toda obra es siempre autobiográfica, la conferencia, más que cualquier otro género de actividad intelectual, es el mejor medio de hablar de sí mismo extensamente y sin ser interrumpido ni contradicho. Aunque el título de la disertación sea "El Polo Sur", o "La Selva del Amazonas", el tema tratado realmente resulta ser "Lo que Yo vi en el polo sur", "Lo que Yo hice en la selva amazónica", porque naturalmente el disertante expone sus opiniones, muestra sus estados de alma o exhibe los frutos de su inteligencia. De este modo atrapa más gentes que si dijera claramente que va a dar lectura a una serie de poemas inéditos.

Es de práctica que en el curso de la disertación, el conferenciante, con énfasis y simulando encontrarse frente a una dificultad imprevista, se dirija a sí mismo preguntas, de las que, el muy hipócrita, conoce ya las respuestas. Nunca se ha hecho una pregunta a la que no sepa contestar. Y si alguna vez deja una interrogante sin respuesta es porque está haciendo una escena de suspenso para proseguir, en una segunda conferencia desarrollando el tema. El signo de interrogación que queda así abierto es el gancho en que deja prendido al auditorio hasta la próxima charla.

Para que una mesa común se convierta en una tribuna de conferencias, debe tener inexcusablemente, un vaso y una botella de agua. Porque el vaso de agua es el atributo formal de la conferencia y el acto de tomarlo la parte de mayor interés de la disertación. Todo conferenciante debe ser un actor que sepa en público tomar con espectacularidad un vaso de agua. No basta saber lo que se va a decir, si el disertante no se ha preparado con repetidos ensayos privados en cómo se bebe un vaso de agua en público. Además, debe tomarlo, no cuando tenga sed, sino cuando se haya formulado a sí mismo una de aquellas preguntas de suspenso. Entonces, cuando toda la sala ha quedado en muda expectativa, a riesgo de alguna hemorra-

gia cerebral entre los auditores, prolonga la tensión tomando por su cuello la botella de agua mineral y la destapa con displicencia y siempre hablando. Y aquí un consejo importante de quien ha cometido muchas conferencias: cerciorarse, antes de empezar el acto, de que se ha puesto sobre la mesa el destapador, porque hay saboteadores que lo esconden y entonces lo que debería ser sólo un acto verbal se convierte en un forcejeo manipular circense, que siempre encontrará entre el público quien lo festeje.

Dar una conferencia es siempre una aventura. No se sabe cómo se puede salir. Un amigo, conferenciante reincidente, se persigna al pasar a la sala. Después vi en las plazas de toros de España que los toreros hacían lo mismo al entrar al ruedo. Y es que toda conferencia tiene algo de lidia con el tema, de lo que no se está seguro de quien venza a quien. Por eso, al público no le agrada que la conferencia sea leída. Es dar el salto con tantas redes de seguridad que ya no hay riesgo alguno. Por otra parte, contra lo que podía esperarse, las conferencias leídas son siempre más confusas porque el conferenciante, cuando se le entreveran las hojas, debe leer salteado y él no queda satisfecho aunque el público encuentre que ésa es justamente la parte más profunda.

Aquel estímulo tónico, con que el orador se siente supervalorizado está en buena parte en la sala llena que encuentra cuando se adelanta acompañado de la presidenta de la institución cultural. Las salas donde se dan conferencias debieran disponer de filas enteras de muñecos de cera que podrían ser prestados de una sala a otras, y que servirían para rellenar las hileras de filas vacías. También estimula al orador percibir sobre él una mirada atenta que no pestañea, siempre que no se trate, claro está, de un ojo de vidrio. Le es muy grato al orador que, terminado el acto, vengan a estrecharle la mano como después de todo salvataje. Las gentes que se levantan y se van lo dejan en la duda de si lo odiarán eternamente o si le siguen estimando a pesar de todo.

El público no es atraído por el tema de la conferencia sino que sigue a un orador como se sigue a un actor o a una vedette. A Marañón se le llenan las salas diserte sobre "Las ex-

travagancias de doña Juana la Loca" o lea la guía telefónica de Madrid.

Como pasa con todo producto comercial —cuyo éxito estriba en la novedad—, las conferencias han debido últimamente cambiar de nombre para asegurarse un público. Ahora está de moda preparar la trampa llamándolas "cursillos" (tras el disfraz del diminutivo están escondidas 6 conferencias), "coloquios" y también "seminarios", y así las gentes entran sin desconfianzas y hasta creyendo, por esos nuevos nombres que ellas también, ¡las pobres!, van a poder hablar un poco.

Al invierno, inclemente y crudo, que nos tenía recluídos en los locales cerrados, sigue la primavera que, como en el cuadro de Boticelli, nos invita a salir con flores y flautas y en muy buena compañía, a correr y saltar sobre la campiña verde y soleada. Retornan a nuestros tejados las golondrinas, aunque no precisamente las que sabían nuestros nombres. Florecen los duraznos así los pavías como los pelones. En las ferias reaparecen los tomates y las arvejas, pero no a los precios que aprendimos el año anterior. Las tiendas y la naturaleza liquidan los saldos de invierno. Y entre éstos, las conferencias que ya no se escucharán hasta el próximo invierno. Salvo algún conferenciante proveniente del hemisferio norte que —trasnochado— venga aquí en nuestro verano a hacer sus manifestaciones invernales.

TRIBULACIONES DE UN ELECTOR CONSCIENTE O EL PATIO DE LOS NARANJOS

FORMO parte de la numerosa legión de personas que sólo se ocupan de política los meses que preceden a las elecciones y, luego de realizadas éstas, sólo vuelven al tema político cada vez que deben protestar ante el aumento de las tarifas de los boletos de ómnibus y el precio de los artículos de primera necesidad (yerba, tabaco y entradas al Estadio). Entonces gritamos: —¡Plebiscito! ¡Referendum!, como gritan ¡offside! los jugadores de fútbol cada vez que les hacen un gol.

Así como aquellos ciudadanos que ya han obtenido un empleo público y, agradecidos y pensando ya en el aumento, trabajan en política y se llaman militantes, fuerzas activas o elementos vivos, nosotros, los que no estamos afiliados a un club ni tenemos retrato de político alguno en el comedor, somos considerados como las clases pasivas, el electorado flotante, la masa incierta. Pero es, justamente, para este electorado no definido que va dirigida toda la estrepitosa y costosa propaganda que desde dos meses antes de las elecciones llena las calles, el aire y el éter de todo el país.

Evidentemente, esa propaganda no va dirigida a los partidarios ya declarados, que ya saben por quién van a votar, sino a nosotros, que no nos hemos decidido todavía y que, según parece, por el interés que se toman en convencernos y los gastos que significan tales propósitos, seríamos los que realmente decidiríamos las elecciones. Es, pues, a esa masa de apolíticos, neutrales y dubitativos que va dirigida toda esa ofensiva de discursos, congas, jotas, y otros argumentos sonoros.

Pensando en todo esto llegué a una conclusión: a la postre, seríamos nosotros, los indiferentes, los que no pisamos un club,

quienes decidiríamos el resultado de las elecciones. Me di cuenta de golpe de nuestra tremenda responsabilidad, y entonces, a los efectos de que mi voto fuera discernido del modo más justo, resolví informarme de las plataformas y programas de cada una de las tendencias y subtendencias en disputa en el campo de la política. Para ello, dado que la avenida 18 de Julio se ha convertido en el foro y la agora donde tiene lugar la disputa entre las diversas propagandas, me pareció lógico realizar una tarde un caminar informativo desde uno a otro extremo de esa avenida, empapándome de las propagandas en pugna, ofreciendo mis tímpanos a la perforación de los argumentos más ruidosos, mis pupilas a la diversidad de números, letreros y colores, y mi razón a las pruebas de la sutil dialéctica en que van envueltos aquellos argumentos. Y es del resultado de esta cruzada de la esperanza que paso a informar, para su provecho, a todos aquellos dubitativos y apolíticos que están en mi caso y de los que soy ejemplo.

Ya en la largada, en la Plaza Independencia, se me atravesó un enigma de tal magnitud que, comparado con él, aquel problema que conturbó tanto al Príncipe Hamlet, resultaba un simple juego del doble o nada. En un ángulo de dicha plaza, ocupando el mismo edificio, en los altos del mismo café, había dos juegos de retratos. Uno de cuerpo entero, de paso y gesto decididos, era rodeado de leyendas que aseguraban que no sería traicionado, al tiempo que la música de una jota gallega reafirmaba musicalmente tal propósito. A su lado y con letreros del mismo tamaño y color, el busto de tres hombres jóvenes, igualmente decididos, afirmaban que no serían avasallados y lo aseguraban con música de D'Arienzo. Allí fué mi primer problema: elegir entre la jota y el tango, quiero decir entre ser traicionado o vivir avasallado. Cruel enigma del que me sacó un brioso pasodoble que salió de un fuerte altoparlante y que, dando ritmo a mis piernas, me llevó hasta la iniciación de la avenida.

Encontré allí un camión parlante que me aseguraba con gigantesca voz que todo elector consciente debía votar por la lista 305. Pensé que no hacerlo era reconocerse como un inconsciente, y anoté el número de esa lista en mi libretita de quinielas. Lo acababa de hacer, cuando pasó, tonante, otro for-

tísimo altavoz que afirmaba que todo votante responsable estaría con la 426. Si no lo estoy —pensé—, era confesarme un irresponsable. Y anoté el número también, dejando para más tarde optar entre ser inconsciente o ser irresponsable. A los treinta metros, un letrero enorme me aseguraba que votando por la 118 se rebajaría en un 30 % el costo de la vida. Pensé en mis hijos y en los de mis adversarios, y reconocí que era inhumano negarme a lograr esa rebaja, la que parece dependía de mi voto, y anoté también el número. Pasó un camión sosteniendo la necesidad en el gobierno de la continuidad de los mismos hombres responsables, único modo de obtener una sostenida acción de unidad. Me convenció. Pero detrás venía otro camión afirmando la necesidad de una renovación total de valores, de una política nueva que nos sacara del desgobierno de un gobierno que no gobierna. Aquí se me entreveró un poco la comprensión, pero los gritos eran tan fuertes, que también anoté el número. Parecía un inspector de tránsito.

Seguí avanzando en medio de una vocinglería caótica, entre olas de volantes, en una batahola infernal, en un mar de ruidos contradictorios, músicas de ritmos en pugna, en un océano sonoro de órdenes dispares. Pasó un tremendo camión ofreciendo una lista de hombres fuertes. No pude ver si detrás venía otro ofreciendo, a su vez, mujeres débiles. Una propaganda no me dejaba escuchar las otras. Rebotando así de lista en lista, saltando de una a otra vereda, como un papel un día de viento, llenándome los bolsillos con proclamas adversas y cajas de fósforos con retratos y números, buscando un punto de apoyo para mi mente, náufrago en aquel mar tempestuoso de listas, fósforos, argumentos, retratos, boleros, números, tangos, gruesas voces imperiosas, agudas voces femeninas implorantes, llegué a Ejido, y debí apoyarme en un árbol. Era una hoja de la tormenta, tan grandes eran mi debilidad y mi agotamiento.

Pasó entonces un camión político de la Unión Cívica, y comprendí. Con esperanzas, elevé mis ojos al cielo. ¡Pero, allí también se hacía propaganda! ¿Cómo lo permites? ¡Oh, Señor! Antes, era tu voz que descendía del Sinaí. Ahora es una voz grabada que se trasmite desde lo alto con consignas para el domingo 28 de noviembre. Y así pasaron dos aeroplanos con los números primos: la 14 y la 15, persiguiéndose en el aire

como dos pájaros enemigos, y disputándose el cielo, localidad reservada antes para los dioses del Olimpo y luego para Ti, que desde lo Alto todo lo disponías.

Mi espíritu, ya dislocado por todo lo que veía y oía, no pudo más. La cabeza me giraba como un trompo, los tímpanos rechazaban toda propaganda sonora, mis nervios estaban al borde de la locura. Y tomé mi resolución. Me dejé ir por el cuesta abajo de Ejido para la Aguada. Después, siempre en cuesta abajo, seguí por Agraciada y luego Millán me absorbió. Llegué así frente a la puerta del Hospital Vilardebó, y entré. Un portero, sin que yo precisara decirle nada, me abrió un portón de hierro y me dijo: Pase.

Me encontré en un tranquilo patio de naranjas. Qué calma apacible, qué silencio, qué reposo de cartuja. Qué bien se encontraba allí mi espíritu en esa paz conventual, lejos de la artillería infernal del centro de la ciudad. ¡Y es a esto que le llaman manicomio! — pensé.

Me senté en un banco y comencé a darle a mis nervios la infusión de paz que necesitaban. En eso, se abre una puerta y veo avanzar hacia mí a un hombre de túnica blanca. Es el médico de guardia. Su paso es ágil y saltarín, parece de goma. Viene tarareando y marchando al compás de una música que escuché en 18 de Julio. En su pecho trae una escarapela de color con un número. Se acerca a mí, me coloca, paternal, una mano en el hombro y me dice, sonriendo:

—¿Usted estará con nosotros? ¡La 178! ¿No?

LA PEREGRINACIÓN AL VERDÚN O EL CERRO QUE ORA

Todo el sábado se pasó nublado y por la noche estuvo cayendo una garúa fina y persistente. El amanecer del domingo fué retardado por espesos y anchos nubarrones oscuros que cubrían el oriente. Más tarde, el sol pudo iluminar con sus rayos algunos sectores del cielo; pero pronto las nubes se apresuraraban a cubrirlos.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron así en una lucha dramática entre el sol, queriendo mostrarse, y los grandes nubarrones espesos, tratando de impedirlo. De vez en cuando, una lluvia fina, procedente de nubes más bajas que corrían rápidas, alejaban las esperanzas de aquellos que en el campo, entre las sierras, mirábamos de continuo el cielo, aguardando que el tiempo mejorara para ascender al Verdún. La cumbre de este cerro, donde está el santuario de la Virgen, aparecía rodeada por una capa de nubes persistentes. Era, justamente, el día de la Virgen del Verdún y debía realizarse la peregrinación. El poder y los prestigios de la Virgen se ponían a prueba en esta lucha contra el mal tiempo, precisamente, el día de su fiesta.

A las diez de la mañana los horneros, desde los árboles, lanzaban sus alegres y agudos trinos, que imitaban luego los demás pájaros. Las aves de corral sacudían las plumas y se lanzaban al campo. Los caminos recuperaban su movimiento. La Virgen había triunfado. El sol lucía en el cielo y sus rayos que se filtraban entre las nubes, iluminaban las sierras y los valles. Ya los feligreses ocupaban los caminos de acceso al monte sagrado, y por la carretera que lo une a Minas una caravana

ininterrumpida de peregrinos llegaría durante el día entero. Además, miles de autos y centenares de ómnibus y de camiones llegaban de todas direcciones. El cerro se animaba, cobraba vida y movimiento. Y de él procedía una voz grave que invitaba a los fieles a la plegaria.

La peregrinación al Verdún, que llega a reunir más de cincuenta mil personas, es, creemos, el único espectáculo gregario, la sola festividad colectiva en nuestro país. A diferencia de otros países, México, por ejemplo, donde las grandes masas participan en fiestas y ritos comunes, carecemos de estos actos colectivos, lo que muestra, una vez más, nuestro acendrado individualismo. Los grandes coros de las ciudades del interior están formando entre nosotros ese espíritu gregario que nos falta. Por otra parte, la peregrinación al Verdún no es sólo un acto religioso. Tiene una animación y un colorido que escapan al ritual y a la liturgia, llegando a ser en su etapa final una alegre romería en la que el diablo mete la cola, como después veremos.

Mientras hacemos esta consideración, más autos y más grupos de peregrinos van llegando a la falda del Verdún y se inicia la ascensión al cerro. El camino hasta el santuario mide más de un kilómetro, la altura del cerro se aproxima a los doscientos metros, su ascenso es muy empinado y el camino no es firme, pues está cubierto de guijarros y piedras sueltas. La marcha se hace así laboriosa y lenta, y la columna es tan densa que las dificultades aumentan al encontrarse con los que ya bajan.

Se ven personas que ascienden descalzas y algunas mujeres llevando en sus brazos a un hijo, ya crecido, suben pisando con sus pies desnudos aquellos guijarros sueltos y piedras filosas. Lo hacen en el cumplimiento de una promesa hecha, sin duda, por el término feliz de una enfermedad de ese hijo.

El camino de ascenso, con ser ancho, está totalmente ocupado por peregrinos, que suben, unos, y otros bajan; y la multitud es tan apretada como no lo es más la de la Avenida 18 de Julio a las 7 de la tarde. De vez en cuando, las palpitaciones de nuestro corazón o el cansancio de las piernas nos hace detener, y aprovechamos para mirar el paisaje. Desde lo alto, se ve el caserío blanco de Minas, rodeado de arboledas y tierras

labradas. Más allá, la represa del arroyo de San Francisco, y más lejos la Colonia de Vacaciones de la U.T.E. con sus edificios que parecen palomares en la falda de una de las tantas colinas. El campo parece una inmensa alfombra con cuadriculados en las diversas tonalidades de verde. Las nubes no se han dado por vencidas en su lucha con el sol y vemos cómo se aproximan desde el este y cubren ya el cielo sobre el Campanero.

Seguimos ascendiendo. Ciudadanos de Montevideo, paisanos de los más apartados rincones, labriegos de los departamentos, obreros de fábrica, niños de las congregaciones, Hermanas de Caridad, sacerdotes, madres llevadas de sus brazos por los hijos, hombres fuertes, mujeres bellas, jóvenes sanos, hombres y mujeres de todas clases sociales —gentes de calzado fino y de zapatos gruesos, de botas y de zapatillas— toda una multitud apretada, diversa, multicolor, compone un friso vivo que asciende por las laderas del cerro, coreando los himnos religiosos que transmiten los altavoces. "Cantemos al Amor de los Amores", "Pan Divino", "Un día al cielo iré" y un canto regional para la Virgen del cerro:

Serrana Divina,
Madre de Jesús,
Bendice a tus hijas,
Virgen del Verdún.

Se interrumpen los cánticos para dar comienzo a la misa, la que tiene lugar en el santuario, en la parte más alta del cerro. La voz grave del sacerdote y su oración, que es repetida por el coro de feligreses, llega a nuestros oídos transmitida por los altoparlantes que están repartidos en el cerro. Y, como no los vemos, tenemos la ilusión de que es el cerro que ora, como hasta hace un instante cantaba.

Cuando llegamos a lo alto del cerro, termina la misa, escuchada por miles de fieles arrodillados sobre las piedras, en torno al altar. Un pequeño templo constituye el santuario y en él creyentes reconocidos han depositado las más diversas ofrendas. Hermosas cabelleras femeninas que han sido ofrendadas en la ejecución de un voto, aparatos ortopédicos y hasta yesos de inválidos, curados como en el cumplimiento de un milagro.

Para nosotros, el milagro es que en este momento no esté lloviendo sobre el Verdún. Los nubarrones espesos que se avecinaban desde la dirección de Aiguá, cubren ya la ciudad de Minas, sobre la que está lloviendo. Llueve también sobre el Arequita y sobre el cerro de la Fuente Salus. Llueve en el valle del Santa Lucía y sobre el arroyo La Plata. Y, justamente, sobre el cerro sagrado desciende en este instante, abriéndose camino recto entre las nubes, un rayo de sol. Es verdaderamente una estampa, que nos trae a la mente las imágenes santas de los pintores primitivos, que representaban los estigmas iluminados por rayos de luz bajados desde el cielo.

Miramos el paisaje. A los pies del cerro se eleva el humo de los fogones; se ven los techos de centenares de ómnibus y de todo medio de locomoción. Por los caminos, extendidos como arterias, siguen viniendo gentes. Y más lejos, y en todo el alcance de nuestra vista, no se ven más que cerros y cerros que parecen grandes olas encrespadas de un océano verde. Los árboles de eucaliptos ponen una ceja oscura sobre el campo extenso. No vuela un ave. La inminencia del mal tiempo los ha llevado a sus refugios. La misa ha terminado y descendemos.

Si el ascenso del cerro fué grave, formal, religioso, su descenso es alegre, vivaz, y la animación en el valle linda ya próxima a lo pagano. En el monte, bajo los árboles, centenares de fogones. Ollas, asados, mates, y más ollas y más asados y más mates, por todas partes. Uno debe caminar abriéndose paso entre los asados. Y el humo que nos pica en los ojos ya no es de incienso. Grandes voces, gritos, carcajadas. Todo ello con un fondo musical de acordeones y guitarras. Aquello es el reino del asado y de la damajuana. Porque no se estilan botellas —se han suprimido los intermediarios— y se emplean directamente las damajuanas. Hay un tono festivo de kermese, y no sabemos a qué extremos se llegaría en épocas anteriores porque en los árboles están clavados avisos terminantes en los que se prohiben varias cosas y, entre ellas, bailar.

Pero el ánimo está alegre porque acaba de limpiarse de las culpas mediante la peregrinación, el aire vivificante de la sierra anima y entona el espíritu, y, además, el espíritu del vino de las damajuanas pone chispitas brillantes y diabólicas en las miradas. Y, pronto, los jóvenes de una rueda invitan a

las muchachas de otra, y ya están enlazadas algunas parejas, bailando al son de acordeones, a despecho de la severa prohibición.

Pero, a semejanza de un castigo bíblico, ahora llueve —y ¡en qué forma!— mojando a los pecadores y a los demás. La criatura humana está hecha con tal levadura que purificados estos pobres romeros de sus pecados por su reciente peregrinación, iban de inmediato a iniciar nuevos pecados como quien comienza cuenta nueva. ¡Perdónalos, Señor!

EL DIOS VERDE EN PUNTA DEL ESTE

Son las seis de la mañana. Sentados sobre las rocas, vemos cómo las gaviotas, que recién se levantan, componen su tocado mirándose en el espejo azul de la bahía. Enero de 1955. Punta del Este hierve en pleno Festival Cinematográfico. Sus noches esplendorosas están iluminadas por las estrellas del cielo y del celuloide. Sobre los cines resplandecientes, líneas de banderas, que el viento extiende, juegan a la Unesco. En los casinos, entre el ruido de las fichas y el murmullo de las conversaciones, salta el grito autoritario: ¡No va más!, y el del destino: ¡Negro el 31! En las pistas de las "boites" —tan apretadas como autobuses montevideanos— parejas tenaces tratan de empujar el ritmo de la rumba o del bolero "un paso más adelante". En Cantegril, hombres y mujeres rondan como lobos los bungalows de las artistas, y éstas —modernas diosas condescendientes— se dejan fotografiar, admirar, autografiar.

Sorbiendo con todos nuestros sentidos la mañana, caminamos luego en torno a la bahía, cuando vemos una figura que parece saltada de Judea hace 2000 años. Viste una túnica blanca, sobre ella, y cruzándole el hombro izquierdo, una capa azul. Barba nazarena y largos cabellos. En la mano izquierda una Biblia, y la derecha —el índice extendido— pronta para la prédica o la admonición. Como viene bajando del sitio donde está el cine "La Fragata", nos parece que es un personaje de "El Manto Sagrado" que ha escapado del rollo de la película hacia la playa a darse un baño refrescante, agobiado por sus pesadas vestimentas de largo metraje. Más próximo, lo reconocemos: es el Dios Verde, dulce figura que desde años recorre, predicando, los pueblos de campaña y las calles de Montevideo. Le saludamos y nos explica:

—He venido a predicar la humildad, la vida sana, la pu-

reza. Los seres humanos marchan por el camino de la perdición. Usan la cabeza como un adorno; la peinan, la tiñen, la perfuman, le ponen pomadas, pero lo de adentro no les interesa. Vea, usted; las mujeres fuman, beben whisky y otros alcoholes, juegan a los naipes y a las quinielas, dígame: ¿qué leche pueden dar? Y ¿de quién es la culpa? De los hombres, que se han dejado ganar el dominio y, a su vez, se han puesto pantalones cortos, camisas floreadas que llevan fuera, y en el cuello, como un babero, un pañuelito de color con una moña a un lado.

Por suerte, nosotros no nos habíamos puesto todavía el equipo completo de veraneante que traemos. Esto pareció satisfacer al Dios Verde que, después de respirar, prosiguió:

—El hombre hace todo lo posible por anular su espíritu y su cerebro. Ingiere esos alcoholes de la Ancap que perforan las cañerías de plomo. En plena noche estrellada, se encierra en pequeños espacios a saltar, a sudar, a ahogarse a los chillidos, ruidos y golpes de lo que llaman música bailable. En Montevideo se está preparando el Carnaval, y pronto las calles se llenarán de murguistas, a los que se les pagan premios y que pedirán, ellos también, la jubilación. Por todas partes, concursos de desnudos: Mis Atlántida, Mis Malvín, mis colibacilos. Y estos días todo esto culmina en Punta del Este a la que yo llamo Punta del Escándalo, y he venido para salvarla de la perdición y volver a las gentes otra vez a las costumbres sanas: que se acuesten a las diez de la noche, que marido y mujer paseen juntos del brazo o se sienten con sillas en la vereda, y sólo se beba agua mineral. Yo soy el ejemplo: no fumo, no bebo alcohol y ninguna mujer puede decir que yo le haya faltado alguna vez el respeto.

Vamos caminando por las calles de Punta del Este, solitarias a estas horas. Llega un auto zizagueando, se detiene frente a un chalet y bajan dos parejas que regresan de una "boite" Los trajes y las caras ajadas. Uno de los hombres, que parece venir "allegretto", canta todavía acompañándose de movimientos de cintura: Negra: ¡Quiero conga!! ¡Dame conga! ¡Negra!

El Dios Verde lo mira con profunda piedad como a un enfermo desahuciado. Y continúa:

—Vine a predicar que se cerraran los bares, las ruletas y las salas de baile. El vicio vuelve al hombre estúpido. Y luego

la vanidad y la ostentación lo pierden. Leed, hermano, lo que dice aquí San Lucas, capítulo 9, versículo 3. (Nos alcanza la Biblia abierta). "No toméis nada para el camino, ni báculo, ni alforja, ni pan, ni dinero, no tengáis más que un solo vestido". ¡Un solo vestido! ¡Y he leído que una delegación al Festival del Cine casi se retira porque en los roperos del bungalow que le destinaron no había suficientes perchas para los trajes! Mi traje es siempre el mismo y me alcanza. Ando descalzo. Como las aves, no uso sombrero. No necesito casa: duermo a la intemperie, bajo los árboles. No tengo dinero. Y son estas costumbres naturales las que vengo a imponer a Punta del Este.

Hasta ahora el tono del Dios Verde era suave y dulce, su mirada tranquila, su gesto calmo. Pero recién estaba en el "adagio". Ahora entra al "brioso":

—Sodoma y Gomorra fueron castigadas con una lluvia de fuego por su disipación y olvido de las sanas leyes naturales. Castigo terrible, pero merecido. Babilonia corrió igual suerte por motivos análogos. En Punta del Este hay que hacer una limpieza general. He visto en los diarios fotografías de las artistas de cine. En trajes de fiesta, en trajes de baño y sin trajes. Es la locura, tras la disipación y después del vicio. ¡Pecado, abominación, castigo!

Y son tan flamígeras las miradas que lanza en dirección a los pinares de Cantegril que tememos que los árboles empiecen a arder, recibiendo ya su lluvia de fuego. Pero, embalado yo también, me anoto una frase:

—Una noche aparecerán escritas las palabras bíblicas: Manen, Teses, Phares en los letreros luminosos donde ahora se lee: "La Tromba", "Le Carrousel" y "Yacaré-Paguá".

—¡Muy bien, hermano! —me dice apretándome el brazo, y toma otra vez la posta:

—Llegué hace una semana a San Carlos. Prediqué en la plaza contra los mercaderes que engañan y envenenan al pueblo. Fuí agredido, lapidado y debí ir a la comisaría. En mis 40 años de ejercicio (no quiero jubilación) se me ha llevado preso 67 veces. Conozco calabozos, prisiones y cárceles. Después de San Carlos, por la costa del arroyo Maldonado, y siempre predicando por el camino, llegué a Punta del Este. Quise aquí predicar, pero nadie me escucha. Los autos pasan veloces echando humo y tierra. Las gentes corren de la playa a la ruleta, y de ésta a las "boites", y no hacen caso. Las artistas del

cine absorben toda la atención. La policía no me ha llevado preso. Desilusionado y triste por el destino de tantas gentes, vuelvo a Montevideo, donde siempre se me precisa. Ya saqué el pasaje en el Motocar.

Le acompañamos hasta la Estación. Caminando por el medio de la calle, viene a nuestro encuentro un grupo de hombres vestidos de oscuro, camisas y cuellos duros, corbatas negras. Parecen venir de un velatorio o de un duelo a pistola. Son los empleados de la ruleta, que terminan de cenar y van a acostarse. Al cruzarnos, nos llegan sus palabras:

—Diez plenos al 32. El 8 salió cinco veces seguidas. ¡35 mil pesos en el punto y banca!

Nuestro acompañante sacude la cabeza, levanta los hombros, como diciéndome: ¿No ve? ¡No hay nada que hacer! — y luego suspira hondamente.

Antes de separarnos, hace una oración. De pie, la cabeza inclinada hacia adelante, las manos juntas en las palmas, musita como en una velada letanía:

—Haced, Señor, que la pureza, la templanza y la humildad vuelvan al hombre. Para que haya elecciones menos caras que las últimas. Para que no haya quinielas, coimas, timbas ni Ancap. Para que se suprima el Carnaval, los concursos de bellezas y los festivales de cine. Para que las mujeres vuelvan a usar polleras, y los hombres se pongan los pantalones largos. ¡Haced, Señor!

Cuando el motocar parte, nos quedamos pensando que el Dios Verde nos ha defraudado un tanto al abandonar su lucha contra el pecado. Pero, quizás sea mejor así. Hubiera sido muy triste ver una noche en el Country su barbuda cabeza sobre una gran bandeja de plata. Y junto a ella, a la rumbera de Noa-Noa bailando la danza de los siete velos.

EL HOMBRE EN EL BALNEARIO

Un amigo que encuentro en Punta del Este me describe encantado la extraordinaria sensación de bienestar que experimenta llevando esta vida subacuática: mañana y tarde se sumerge en el mar, y luego en el hotel, se pone bajo la ducha, por lo menos, en tres ocasiones. Y es ,justamente, mientras cae sobre su cuerpo el agua del bañero que llega al máximo su beatitud, la que, por otra parte, se exterioriza en sus gestos y en sus exclamaciones que culminan con el canto de alegres letras.

He pensado que tal felicidad se debe a que mi amigo ha retornado en el balneario al período más feliz de la existencia del hombre: la etapa prenatal, durante la cual vivía en el seno de un líquido tibio y se sentía como pez en el agua. Todavía no se había asomado al mundo y no sabía nada de sus calamidades: las disputas entre los hombres, las inclemencisa de los elementos, de los impuestos y de las patentes. El regazo materno le procuraba la seguridad plena, el sustento y el calor. Nada perturbaba la paz, la serenidad, y era total la felicidad del ser en ese período anterior al nacimiento.

Fácil es encontrar pruebas que demuestran el anhelo del hombre de retornar a tan bonancible etapa. Una de ellas son los sueños de sentirse flotante, suspendido, sin peso, y que revelan que en nuestro cuerpo queda memoria de aquel período. Otra, son las actitudes de encogimiento como en ovillo de muchos psicópatas, quienes, excesivamente frágiles y sensibles, rehuyen la lucha con la dura vida enemiga y se repliegan en actitudes catatónicas semejantes a las posiciones prenatales. Y la prueba más acertada, a nuestro juicio, de esa necesidad de retorno que experimenta el adulto civilizado normal la constituyen los balnearios que para el cumplimiento de tan feliz regresión ha sentido el hombre actual la necesidad de crearse.

El hombre en el balneario, y particularmente en esta península donde está el hotel, en cuya terraza escribo, se encuentra rodeado por el agua. Satisface así, subconscientemente y, por ello, sin darse cuenta del motivo, su necesidad de regresión a la vida acuática. El mar llega hasta él tendiéndole las olas que lo mecerán como una cuna y su insistente rumor tendrá el mismo ritmo del arrorró materno. Por las canillas saldrá el agua a estrechar sus manos o bajará por la ducha a envolverlo en un abrazo. Por todas partes agua, y en este mes de enero la naturaleza contribuyó también con prodigalidad a envolver al veraneante en una atmósfera líquida.

Se me dirá que no todos los veraneantes que están en el balneario se bañan en el mar. Pero ya nadie ignora la cantidad de actitudes simbólicas, derivaciones e identificaciones que equivalen a la realización de un acto y lo sustituyen. Los grandes nadadores son los personeros mediante los cuales entran en el mar todos los que no lo hacen personalmente: los reumáticos, los friolentos y los mirones. Quizás en el yatchman es más manifiesta esa evasión del mundo cotidiano y su intolerancia para la vida colectiva, volviendo al mar —representante materno para el psicoanálisis— cada vez que la vida adulta lo hiere o le fastidia. Y el deseo al retorno acuático prenatal llega al máximum, y casi al desideratum, en el nadador de profundidad, que utiliza el pretexto de la pesca submarina, y al cual, rodeado totalmente de un líquido salino, le llega el oxígeno por un tubito que llamaríamos umbilical.

A nadie puede sorprender ni ofender este deseo de regresión amniótica que describimos en el hombre que está en el balneario. Pero, a fuer de veraces, debemos manifestar que la mayoría de los veraneantes no han menester regresar tanto para lograr su anhelada felicidad. Buena parte retorna a la feliz pubertad, y la mayoría al paraíso de la infancia.

Hombres serios ya entrados en edad se ponen pantaloncitos cortos y calzan sandalias como en la edad más infantil. Bustos calvos y rollizos como Tiberio se envuelven en camisas floreadas. Gruesos cuellos proconsulares se adornan con un pañuelito de color de primorosa moñita a un lado. Habréis visto,

muy dignos representantes del foro, la política, la industria y el comercio con camisetitas marineras buscando, sin duda, la palita y el baldecito que los complementa. Desde la terraza donde escribo veo venir en bicicleta en un gozoso deslizar en rueda libre a un respetable hombre de banca sexagenario. Pantalón corto, camisa flotante, vellos y cabellos al aire, el deleite que se advierte en todo su cuerpo es sólo comparable al que experimentaba hace cincuenta años haciendo lo mismo.

No hay duda que su actual felicidad estriba en darle aquí libertad al niño que vivía en él abrumado por la gravedad y la importancia de sus funciones sociales.

Quienes estamos, pues, en el balneario, vivimos en el gozoso paraíso de los niños. Nada falta para nuestra felicidad. El chef de cocina, los "botones" del hotel y la telefonista son los sustitutos maternos a quienes estamos ligados por un nuevo cordón umbilical, por el cual nos llega todo lo que necesitamos y nos hace felices. Claro que nos apresuramos a escribir esta nota antes que nos llegue la cuenta del hotel. Ya Freud destacó suficientemente las consecuencias de los traumas en la infancia, cuyas huellas pueden quedar para toda la vida y ser, incluso, causa de la neurosis. Y no sabemos si cuando nos llegue el turno de recibir tan fuerte trauma quedaremos en condiciones de seguir escribiendo. O iremos a sumergirnos en el mar, perseguidos por el hotelero.

VARIACIONES SOBRE EL TEMA NUDISMO

El celebrado productor sueco había sido invitado para participar en el Festival de Cine de Punta del Este. Su película, "Un invierno sin Mónica", fué aplaudida en todos los idiomas. El productor dió luego, siempre en sueco, una conferencia de prensa de tanto interés que fué materialmente devorada por los cronistas de cine. También fué materialmente devorado el "souper-froid" que el ilustre sueco brindó a los periodistas. Y cuando, siempre en sueco, se bañaba en la playa de San Rafael, vino un marinero, de antigua sensibilidad, y lo llevó preso, "por desacato a la moral", como escribió en el parte policial.

Enrojecemos de vergüenza pensando qué pobre idea de nosotros se habrá formado tan ilustre visitante. ¿Cómo es posible que así un marinero rural, con ideas de las épocas de las cavernas, haga que luego en Europa nos atribuyan un grado primario en nuestra evolución cultural? Descontamos que las autoridades del festival se habrán apresurado a desautorizar públicamente al marinero de marras. Y que la Cancillería habrá presentado ya sus excusas al distinguido huésped. Nuestra Legación en Estocolmo, tan abundante de personal adjunto, ¿no dispone, por ventura, de un Agregado de Playas que ilustre con sus informes técnicos a los marineros de nuestros balnearios? Y mientras no dispongamos de un personal culto e idóneo, no enviemos a bañarse a visitantes extranjeros que lo harán, naturalmente, en su idioma y su manera propia.

Existe una ley general de fisiología que afirma que la acción de un excitante disminuye por la repetición de la excitación. Un ruido, que nos incomoda la primera vez, luego por su

reiteración, no es percibido. Análogo efecto decreciente tienen también las excitaciones visuales. Y es por todos conocido lo que le pasa al veraneante recién llegado a la playa: desearía tener ojos circulares para que nada de lo que pasa en su torno le fuera ajeno; y después de unos días, lee un suplemento en colores sentado debajo de una sombrilla. Este agotamiento de la acción del excitante por efecto de su repetición explica que las playas nudistas de Suecia —y a las que llega el latinoamericano esperando presenciar escenas propias del Decamerón— defrauden: las mujeres —Evas integrales— están tejiendo tricotas o cosiendo ropas de los hijos tal como lo hacen en el invierno cubiertas de abrigos, junto a la lumbre.

Quizás para llegar a este grado de "insensibilización" de los sentidos deba iniciarse tal práctica desde temprana edad. Porque en lo que nos es personal, pese a ejercicios reiterados de la voluntad, que hemos redoblado por el método Coué y la obra de Payot, no hemos podido avanzar mucho y nuestros ojos, como criaturas desobedientes a las órdenes paternas, no cumplen los mandatos imperativos de la voluntad cuando cerca pasa una beldad exponiendo redondeces y razones que saltan a la vista. No desesperamos en llegar por la repetición del excitante —y en eso estamos— al acostumbramiento y la rutina, de tal modo que el próximo verano, o el otro, podamos leer tranquilamente las obras completas de Kant bajo una sombrilla a mediodía en la Playa Brava de Punta del Este.

Modernas investigaciones sobre la actividad cerebral revelan que ésta es distinta, en una misma persona, en las regiones frías que en las templadas o en las cálidas. Un fisiólogo argentino es autor de un trabajo científico titulado "La electroencéfalografía en los habitantes de las regiones antárticas". El grado de la emoción y, por ende, los sentimientos —y derivado de éstos— el curso del pensamiento, son distintos en una u otra latitud. Lo que en Sicilia motiva un drama pasional, en París termina en una canción. La euforia y el optimismo que comunica el sol de enero es muy distinto al pesimismo gris de julio. Un verano con Mónica no es lo mismo que un invierno con los osos de Alaska. Y hasta con la temperatura cambian las denominaciones.

Puede comprobarse que lo que en invierno se llama des-

cuido inelegante, negligencia desagradable, mal gusto, en verano y en un balneario se denomina detalle chic, exquisito gusto, distinción. Digno paralelo en las costumbres de una época en la que el léxico ha sufrido tal trastrueque que brutal quiere decir bellísimo, trágico es estupendo, asquerosidad es preciosura, animal persona, monstruo lo perfecto y bestia lo notable. Os dejáis la camisa afuera: buen gusto. El short es sucio, arrugado, indiscreto: sois un refinado. Estáis despeinado: detalle chic. Vais descalzo luciendo pies necesitados de cuidados ortopédicos: sois un exquisito. Hace unos años, tales exquisitos sólo se veían junto al arroyo de Pando después de un asado con mucho vino en el prado de la vecina y progresista localidad.

Cuando más ropa trae una mujer cuando llega a un balneario, menos se pone para el baño. A una dama que llegó al hotel, con cuatro baúles de ropa, la hemos visto en la playa con sólo dos cintas transversales a la altura del nacimiento de las extremidades. Daban ganas de iniciar una colecta para vestir su desnudo.

Nada calman a los ojos humanos el alimento que se da a sus pupilas. Los ojos son como los dictadores europeos de 1938: las concesiones que se les hacen exaltan su voracidad de nuevo espacio vital. Y es que, frente a los dominios que aún le quedan al Reino de Bikini, se olvida, no ya el paraguas de Chamberlain, sino el mismo habano de Churchill y hasta el sombrero ministro de Míster Eden.

Sin embargo, se ha señalado que nunca la mujer tuvo mayor dominio sobre el hombre que cuando mostró menos. La Pompadour, la Dubarry, que dirigieron a reyes, no mostraban ni el tobillo, por lo menos en público. La Duquesa de Windsor, por quien Eduardo VII perdió el seso y el Imperio, no aparece nunca en traje de baño. La sugestión, el misterio, los atisbos de la imaginación tienen así elementos para soñar, de los que se desposée el desnudo. Así era que frente a una dama de 1800, ataviada de amplias polleras con polizón y miriñaque, decíale el caballero con versallesco modo: —"¡Oh, venturosa Cloe: Permitid que este humilde servidor sea vuestro rendido Dafnis!" En 1955, el varón y la muchacha están tendidos los dos en la arena, desnudos 95 %. El, bostezando, le dice: "¿No querés una Coca Cola?"

El nudismo no es cosa nueva en nuestro país. Como pasa con el esperanto, la filatelia, los vegetarianos y la Unesco, hace decenas de años existían aquí precursores que no eran entonces escuchados. Un amigo nos refiere que hace treinta años viajaba una noche de crudo frío invernal en un tranvía de la Unión. Envuelto en grueso sobretodo, calado el sombrero, rodeado su cuello por la bufanda, fumaba en la plataforma posterior y le soprendió la falta de abrigo del guarda, quien tenía el cuello de su camisa abierto y parecía hacer ostentación de su resistencia al frío. Cuando le expresó su sorpresa, el guarda contestó que desearía todavía estar más desabrigado, si se lo permitiera el Reglamento, porque, agregó: —Yo soy nudista, ¿sabe?

Se entabló entonces un cambio de argumentos en pro y en contra del nudismo, en el que el guarda llevaba ventaja, cuando nuestro amigo acertó con una razón suprema: —Si en este tranvía, todos fueran nudistas, ¿cómo se iba a saber quién es el guarda?

El guarda sintió el impacto certero. Musitó apenas un ¡ah!, se rascó la nuca y se fué a cobrar un boleto allá adelante. Pero de pronto, mientras despunta el boleto se le debe haber ocurrido algo, porque con la mano abierta, hace a su contrincante seña, como diciendo: "Esperá, que ya te tengo". Va para la plataforma luego con paso triunfante y le deja caer el argumento decisivo:

—¿En qué se distinguirían? ¡Y la cartera!

FIN DE SEMANA EN PUNTA DEL ESTE

LOS ESPOSOS PEREZ

IRÍAN a pasar la licencia anual a Punta del Este, y para encontrar a este aristocrático balneario en plena temporada, la hicieron coincidir con el Gran Festival Internacional de Cine. Un mes antes empezaron a preparar los atavíos. Ella llenó tres valijas. Vestidos de colores para las mañanas, claros para las tardes, oscuros para las soirées nocturnas. Una serie de trajes de baños de sugestión creciente. El, dos valijas con sus trajes diversos: de sport, de vestir, smoking blanco, un juego completo de sweaters y de shorts: para el desayuno, para el almuerzo, para hablar por teléfono, para leer el diario, etc. Y, naturalmente, dos docenas de pequeños pañuelitos, de colores distintos, para el cuello.

El señor Pérez es funcionario bancario. Y cuando iba a partir en sus vacaciones, tuvo lugar la huelga que todos conocemos. Debió quedarse en Montevideo a la espera de los acontecimientos. Las noticias que llegaban del Este hacían arder su impaciencia: los diarios, a ocho columnas, se ocupaban casi exclusivamente del Festival extraordinario, fotografías de las bellas vedettes saliendo en bikini de la piscina, crónicas de los esplendorosos saraos, noches de casino donde giraba la rueda de la fortuna, orquestas internacionales en "boites" a media luz propicia para el ensueño y la aventura inesperada.

Finalmente, solucionado el conflicto, debieron reducir su programa a un fin de semana. Y un sábado, bien temprano partieron, llenos de ilusiones y de valijas, con ávidos deseos de participar, siquiera por dos días, en la loca efervescencia que vive la capital del placer. El auto rueda veloz, y el señor Pérez, mientras acaricia el volante, va silbando la alegre conga que bailará y que le alucina ya sus oídos. Ella piensa en el orden con que va a ponerse los diferentes trajes.

Después de arreglar las cosas en el hotel bajan a la Playa Brava. Justamente la gente se agrupaba en torno de un bañista, semiahogado en un remolino próximo a la costa, y a quien se le está haciendo la respiración artificial. Esta incidencia les quitó las ganas de bañarse y pasaron la mañana en la playa conversando con conocidos de Montevideo que también acababan de llegar ese sábado.

Por la tarde, pasearon por la Avenida Gorlero. Aquello era 18 de Julio a las siete de la tarde. Las mismas personas, pero en shorts. Una señora rolliza, de short muy corto, mostraba unas piernas semejantes a las de William Martínez.

Cuando, por la noche, llegaron al Casino, era todavía temprano. En la ruleta, gentes modestas jugaban su fichita de un peso, y las mujeres arriesgaban sus veinte centésimos en los caballitos. En pocos minutos el Casino se llenó: es que llegaban los autobuses con los excursionistas de Montevideo. "Una noche de Punta del Este por 6.95". Entraban en tumulto, como traídos por barcazas de desembarco. El señor Pérez lucía su sweater color patito hepático que le había vendido la casa importadora asegurándole que era ejemplar único para toda la República. Y entre los excursionistas venían diez iguales. Pensó que iban a ser tomados por el equipo de Sud América y se metió en la "boite".

Allí también era temprano. Pero, estaban tan cansados que se sentaron. (Caja: treinta pesos). Se anunciaba un show de gran animación. Dos colombianos, dos chilenos y un español constituían juntos un quinteto argentino, "Los Hermanos Rodríguez", los más auténticos folkloristas del Norte Argentino. Aparecieron al fin y dieron comienzo a sus canciones, lentas, monótonas y tristes. Se les moría el caballo, después el perro, luego el cerdo y la oveja. El rancho se les quemaba, la enramada se les deshacía. Y ellos salían por esos caminos de Catamarca, una mano aquí, otra mano allá. El matrimonio Pérez casi lloraba.

Fueron a San Rafael. Allí era ya demasiado tarde. En el casino había tanta gente que se hubiera podido caminar sobre las cabezas. Faltaba el aire, faltaba espacio, faltaba plata. Cin-

co y seis hileras de personas en torno a cada mesa mirando a un hombre, poseído ya por el vértigo del juego que apostaba con fichas de cinco pesos.

Con la misma facilidad con que en Montevideo se penetra en un ómnibus a las doce del día, pudieron los esposos Pérez entrar a la "boite". Resultado: 200 pisotones, 59 codazos, 29 rodillazos. El perdió el sweater, color salmón a la portuguesa, que se había cambiado en el auto. Ella recibió en una oreja un violento codazo propinado por un brasileño excitado que en plena euforia carioca saltaba encabezando un "cordón". Mientras los Pérez trataban de bailar, otros le tomaron la botella de whisky .(Caja: 140 pesos).

No podían quedarse sin ver a los artistas de cine. Cuando llegaron al Country, allí estaban cenando. Excepto dos o tres artistas, los demás eran tan desconocidos que las gentes les hacían firmar autógrafos para saber quiénes eran. Las mesas donde comían eran rodeadas por el público, los cronistas y locutores radiales que hacían la trasmisión en cadena de brodcastings de las incidencias del acto masticatorio con el mismo entusiasmo deportivo con que describen las jugadas preparatorias de un gol. (¡En estos momentos la Pampanini acerca un trocito de pollo a sus labios! ¡Lo va a comer! ¡Lo come! ¡Señoras y señores radioescuchas: la Pampanini acaba de comer su tercer trocito de pollo! ¡El score, hasta este momento, es el siguiente: La Pampanini 3, El Pollo 0. Sigue el partido!)

Tampoco el señor Pérez pudo escapar al embrujo de la artista italiana. No le alcanzaban los ojos para mirarla. La señora acabó por enojarse:

—¡Por Dios! ¿Nunca has visto una mujer? La gente te mira. Me estás haciendo pasar un papelón. ¿Para esto me trajiste?

—Y yo te dije algo cuando tú miraste a ese tipo — contraatacó él de contragolpe.

Ese "tipo" era Walter Pidgeon que elegante, displicente, burlón, se dejaba admirar y retribuía con picardía las miradas femeninas.

Los esposos Pérez, reñidos entre ellos, volvieron al hotel sin hablarse.

Regresaron al día siguiente a Montevideo. Prosigue la frialdad y se tratan de usted como cada vez que riñen. El no puede dejar de pensar en los ojos y la boca de Silvana Pampanini. Y soñando, casi se va con el auto a una cuneta. Ella, callada, los ojos entornados, piensa en un hombre que a un tiempo tuviera la juventud de Jean Claude Pascal, la desenvoltura de Walter Pidgeon y la fuerza vital de Pat O'Brien. Y suspira tan hondamente que parece quedarse sin aire en los pulmones. El lo nota y con brusquedad le dice:

—¿Qué le pasa, ahora?

—Nada.

—Me pareció que se quejaba.

—Será el calor...

LOS FANTASMAS DE SAN RAFAEL

Sobre la masa verde opaca del bosque de pinos, flanqueado por la torre del Golf como un alabardero, destaca su mole —piedra, ocre, pizarra —un macizo castillo medieval. Su severa arquitectura Tudor le da una gravedad de monasterio, y mientras os váis acercando por la carretera que bordea al mar, vuestra imaginación no puede dejar de evocar legendarios castillos semejantes de la época dramática de Enrique VIII y Ana Bolena.

Algunas mañanas la niebla que viene del mar lo envuelve, o en los atardeceres le rodean los celajes de gasas que se desprenden de los pinos. No sorprendería entonces ver cruzar, apenas dibujado en el aire, el espectro de algún rey muerto trágicamente que llega clamando venganza.

Por las mirillas de sus ventanas ojivales —suponéis— estará observando la doncella cautiva, vestida de largos mantos y tocada de alto sombrero, que atisba la llegada del caballero amado. Esperáis oír el chirrido del puente levadizo, un apagado grito, la jauría que ladra en el pabellón de caza, el piafar de un corcel que acaba de llegar sudoroso al patio de armas. Y dominando el lejano horizonte desde las torres almenadas, soldados de yelmo y armaduras vigilan los caminos por donde pueden llegar las tropas del rey de Escocia o del País de Gales.

Os acercáis, pues, al castillo legendario de San Rafael con vuestro espíritu preparado para la evocación, el misterio y la leyenda. Vuestra primera sorpresa es no encontrar puente levadizo, sino puerta giratoria, y tras ella los mayores encantos que esta mitad del siglo xx se ofrece para su solaz.

Esa música que llega a vuestros oídos no es el tañido del

doliente laúd de un trovador que llora al amor imposible, sino los estridentes sones de los Tropical Torbellino's Boys que le dan al mambo y al chá-chá-chá con todas las ganas. Ante tan modernos ruidos los duendes del castillo han corrido a refugiarse en las buhardillas o bajado a las profundas cavas.

Las damas que encontráis no están envueltas —para vuestra ventura— en largas y pesadas vestiduras medievales tocadas por la severa tristeza calvinista. Ha ocurrido, sin duda, aquí lo mismo que Randal realizaba en aquel número de su revista que recordaréis: al son de una música litúrgica aparecía en escena un grupo de figuras monacales que se movían con conventual lentitud y medido pudor; y luego, a un cambio súbito del ritmo de la música, que se hacía de jazz, se tornaban aquellas ocuras vestiduras en coloreadas polleras que en la amplitud de sus vuelos permitían a las piernas desnudas lucir toda su esbeltez y modelado. Milagro somejante ha de haber ocurrido aquí porque las castellanas de este castillo visten (¿se puede decir visten?), muy breves super-shorts, ceñidos sweaters, grácil es blusitas y vaporosas soleras de tan poderosa sugestión, que hasta las armaduras que, aburridas, languidecían en un rincón y que creíais vacías, levantan su visera para no perder un milímetro de tan fascinante espectáculo.

La varita mágica ha llegado también al comedor. Y no es ciertamente carne ahumada ni tocino reseco lo que ponen sobre la mesa. Un maître de smoking os desliza al oído apetitosos nombres de platos, cuyos sabor y gusto se empiezan ya a saborear al oírselos pronunciar: "Courbine de Punta del Este Grillé avec Sauce Moutarde", "Poulet en Cocotte Forestiere", "Saucisse de Porc au Marsala".

Y luego una animada y penumbrosa "boite" donde Telma, la mujer vidente, os dirá con los ojos vendados vuestro nombre y el de vuestros cigarrillos, pero no podrá decir si mañana seguirá lloviendo. Donde las portentosas "Sisters and Sisters", cinco hermanas, cinco, lucirán el movimiento de sus articulaciones y el dorado perfecto de sus cuerpos. Canta una voz francesa, pero no son las viejas canciones provenzales que loaban al amor eterno, la leal amistad, la ausencia incurable— ¡qué antiguas!—, sino picarescos refranes del faubourg parisiense que con maliciosa intención dice un "chanssonier".

Cuando durante el show —por desperfectos atribuídos a la lluvia— las luces se encienden totalmente, se ve sentados en las

primeras filas a todos aquellos señores serios que se habían despedido después de la cena para irse a acostar. Están sentados junto a las platinadas "Sisters and Sisters", cinco hermanas, cinco, que realizan ahora —vestidas— sus mejores números de ilusionistas.

Durante una semana, bloqueados por las lluvias en el hotel, no hemos cesado de oír las ganancias fabulosas en la ruleta. ¡Una señora argentina, 25 mil pesos. Un armador griego, 30 mil! Un holandés de Santa Fe, 40 mil! Nos humillaban tales ganancias a nosotros que sólo tuvimos una participación de un vigésimo para los 2 millones de fin de año, y no sacamos nada. Sentimos llegado el momento de hacer una corazonada. Tuvimos suerte inicial. Con alegría, vimos que las fichas de hueso se transformaban en nácar. Pero, al poco tiempo, el nácar en hueso y éste en humo. Nos chocó la fría impiedad del rastrillo que se llevó la que teníamos sin decirnos siquiera una dulce palabra de consuelo.

Nos alejamos por los largos corredores del castillo arrastrando los pies como cualquier príncipe dinamarqués. Como la calavera en manos de Yorick, miramos nuestra cartera, también fría y vacía, gravemente enferma como lo revelaba su rápido adelgazamiento. Y recién entonces escuchamos una ronca voz medieval, procedente de una armadura que nos decía con imperativo tono:

—¡Regresa a Montevideo!

EL PESCADOR Y SU CAÑA

Nos agrada asistir a la pesca como a todos los deportes, en calidad de espectadores curiosos, ávidos de emociones fuertes o nuevas. Pero debemos confesar que en materia de pesca, hasta ahora, no hemos tenido suerte. En el extremo del muelle de Punta del Este, en la escollera de Montevideo o en los pesqueros de las rocas en La Paloma, donde concurrimos a ver pescar, siempre hemos llegado tarde: siempre llegamos *un día después* que el pescador sacó una corvina negra de catorce kilos, o le oímos decir a otro que el día anterior pescó veinte anchoas en media hora. Y así siempre: llegamos al día siguiente de la gran hazaña y debemos contentarnos con oír sus referencias. Hemos conversado sobre este punto con otras personas y comprobamos que ellas también están en el mismo caso: no han visto la proeza portentosa, se la han contado o por la noche en el hotel se la han oído referir al héroe, quien debe abrir bien los brazos para expresar las dimensiones de las piezas cobradas al mar.

Y este hecho se ha ido repitiendo: por más temprano que llegamos a los pesqueros, siempre el gran pescado fué extraído uno o dos días antes. Como lo mismo ha acontecido en la historia con los héroes creados por la leyenda y que nadie, por lo tanto, ha visto, si fuéramos suspicaces pensaríamos que el gran pescador no existe, que es un personaje creado por las casas de venta de implementos y que una hábil propaganda mantiene presente para que puedan existir los clubes de pesca y los jubilados ociosos salgan de sus hogares unas horas, para alivio de sus esposas que así pueden dedicarse en paz a las tareas domésticas. La pesca, pues, tendría razones sociológicas dictadas por el ingenio femenino, y ha sido imitando este procedimiento que, más tarde, los maridos, con análogas finalida-

des de liberación, difundieron entre sus cónyuges los apasionantes campeonatos de rummy-canasta.

Sabemos que escribiendo esto nos estamos ganando la antipatía del simpático gremio de pescadores aficionados. Pero, a fuer de veraces, debemos decir en su homenaje que, en efecto, a veces pescan. Damos fe. Los peces no están sólo en los alegres banderines de sus clubes. Algunas veces —podríamos citar las fechas— los hemos visto llevar en sus bolsas de nylon peces que no eran de material plástico. Como un hombre cansado de la vida se arroja al mar, cuando los peces llegan al mismo estado de ánimo, zambullen en el aire. Y los hombres dicen que los pescan. Existen también peces curiosos por saber qué pasa en esta tierra, a la que se le hace tanta propaganda. Como hay hombres que bajan a las profundidades del mar o suben a la estratósfera, hay ejemplares marinos aventureros, explotadores, héroes, los Colón, Marco Polo, Lindbergh o Picard de la especie íctica, que se lanzan a lo desconocido subiendo a la tierra por las escaleras de bambú de las cañas, que encuentran en los muelles. Y los hombres dicen que los pescan. Y además está esa cantidad de peces amaestrados que todas las mañanas, bien temprano, vemos arrojar en los pesqueros desde grandes camiones enviados por la Comisión pro-fomento del balneario. Mediante una científica educación de reflejos condicionados, estos peces municipales van derecho al anzuelo y se lo tragan. Y los hombres dicen que los pescan. Y celebran tales éxitos con un asado en el Club de Pesca, cuyas dos finalidades son, justamente, organizar asados con cuero y regalar copas y banderinas a sus asociados como estímulos de su perseverancia.

Hemos comprobado que muchos pescadores tienen un corazón filantrópico, y no podría esperarse otra cosa, dado que son excelentes padres de familia y nunca han matado a nadie. Sus sentimientos de bondad los hace aptos para integrar las sociedades de beneficencia. Concurren mañana y tarde a los pesqueros a dar de comer a los peces. En el almuerzo, que ellos llaman "carnadas", le sirven un menú diverso, nutritivo, rico en fósforo y calcio. Después de varias cucharadas de sabrosa

ceba —la que equivale a la sopa que no se puede servir líquida por razones obvias—, les sirven un plato de pajarilla picada que los peces devoran relamiéndose los bigotes. Después un plato de patitas de cangrejo o lomito de pejerrey (a elección). Todo ello alcanzado muy finamente en el extremo de una caña o del hilo de un reel y suspendido con boyitas de colores para que lo vean bien y puedan comer con comodidad. Finalmente, como postre les sirven unas veces lombriz de mar, otras camarones, otras mejillones para variar. No les sirven café y licores porque los peces, ya satisfechos, se retiran a hacer la digestión entre las rocas.

Esta clase de pescadores constituyen, más que un club de pesca, un patronato de peces, y son de elogiar el empeño y la insistencia que ponen reiteradamente en su noble desvelo para que los peces no se debiliten ni carezcan de las vitaminas tan necesarias para su hígado.

Hay otros pescadores que llegan al muelle con otra finalidad. Disgustados por problemas de diversa índole que los han puesto de malhumor y coléricos y no pudiendo en sus casas pegarles a nadie —ni al perro—, vienen aquí a castigar al mar con sus cañas. A estos castigadores del agua se les llama Jerjes en homenaje al rey persa que al ver destruído su ejército por el mar al cruzar el Helosponto, hízole dar a las aguas quinientos azotes. Jerjes fué así el primer pescador de caña de esta clase. No pudiéndole pegar a los griegos, le pegó al mar. Así se pega a justos por pescadores.

Un amigo me ha prestado una caña y, sentado en el muelle, estoy esperando que un pez pique en mi anzuelo. Mientras no pasa esto —y ya va una hora— mi pensamiento es ocupado por las reflexiones que llevo dichas. Me sacan de mi soliloquio otros pescadores que me avisan que sobre mi caña de pescar se ha posado un pájaro — un Martín Pescador. Víctima de inexplicable confusión, la buena ave creyó que yo, en lugar de pescar, cazaba.

EL MUELLE DE LAS BROMAS

DURANTE los meses de verano, cada extremo de muelle de todos los pesqueros desde Salto hasta el Chuy, es una Universidad de Verano donde un numeroso cuerpo de profesores dicta sus cursos desinteresadamente. Catedráticos de verdadera vocación docente, dotan a sus enseñanzas de aquella característica que Vaz Ferreira deseó para la Facultad de Humanidades: los cursos están desprovistos de la finalidad práctica, utilitaria, propia de las profesiones liberales. Tal precepto no es olvidado nunca por estos profesores, y sus clases se desarrollan en el elevado plano de la teoría científica con rechazo absoluto de toda aplicación materialista limitadora. Cada uno de ellos explica cómo se pesca, pero no pesca. Un mal intencionado —nosotros, no— recordaría aquel precepto: "el que sabe hacer una cosa la hace; el que no la sabe la enseña".

Mas, también científicamente, el pescador de esta clase explicará por qué hoy no pesca: el agua está demasiado clara o hay mucho viento o los peces hoy no tienen hambre. A fuerza de escucharles diversidad de explicaciones, hemos acabado por pensar que cada día el presunto pescador va hasta la punta del muelle a buscar la razón de por qué no pesca. En cambio, los pescadores auténticos —a veces un niño con práctica— pesca, pero pobres profanos, — no saben explicar por qué pescan. Empirismo puro que, aunque llene la sartén, no hará progresar la ciencia.

Como es sabido, en el extremo de los referidos muelles se pesca, de preferencia, pejerreyes, aunque, a juzgar por los sombreros de corcho que se ponen algunos pescadores, parecería que van a cazar leones.

Se escuchan allí muy bellas imágenes poéticas, bajo la apariencia de ciencia culinaria. Don Manuel y don Luis cambian ideas sobre el modo cómo van a comer los pejerreyes que pesquen.

—Yo —dice don Manuel— los haré fritos para la hora del copetín.

—Hoy —dice a su vez don Luis— para variar, los voy a hacer al horno. Los lomos más grandes con harina y aceite, arrollados y rellenos de mejillones y aceitunas, son riquísimos. Sobre todo si les da un poco de horno para gratinarlos. ¡Quedan deliciosos!

Y así siguen, haciéndonos agua la boca. Pero tales recetas, aunque sacadas de libros tan prácticos como "El Gorro Blanco" o "Doña Petrona", no dejan de ser bellas metáforas, pues los pejerreyes están todavía "al agua", allá abajo vivitos y coleando, comiéndose la ceba.

Epstein, el célebre cineasta, ha definido la metáfora como un teorema en que se salta, sin la demostración, desde el enunciado a la conclusión. Al modo de los filósofos antiguos, los pescadores de muelle condensan su sabiduría en aforismos. "El viento viene de la escollera y hay marejadilla corta: debe darse pesca de superficie, vale decir pejerrey, burel y pámpanos en abundancia". ¡Deben darse, pero no se dan! Véis como se pasa del enunciado a la conclusión, omitiéndose la prueba demostrativa, mecánica propia de la imagen poética cuando afirma, por ejemplo, la luna es un pandero, el viento un puñal, etc. Por otra parte, no faltaban argumentos para llegar a la conclusión de que todo pescador de muelle es un poeta.

Pero es, además, un sportman, con evidente amor al riesgo. Cuando a un mortal común se le dan pejerreyes o langostinos, los llevan naturalmente para la cocina. El pescador, en cambio, los utilizará como carnada en la procura de peces más grandes, valiosos y abundantes. Juega así redoblonas con los peces. Ved un ejemplo de las apuestas más comunes que hace:

Compra carnada —camarón, mejillones o lombrices de mar— y con ella, si tiene suerte, pesca un cazón, que utiliza, a su vez, como carnada y puede pescar bagre de mar. Si acierta, lo juega todo a tiburón. Como en las carreras de caballos, aquí también la redoblona generalmente muere al nacer, o, a

lo sumo, se corta en la segunda o tercera apuesta. Al tiburón —dividendo de tres cifras— lo sigue viendo en la carátula de las revistas de pesca. Y al día siguiente —siempre amanece otra vez—, vuelve a comprar carnada y recomienza su apuesta inicial.

No queremos que se tomen estos apuntes intrascendentes como una pretensión de hacer la caracterología del pescador. Ésta es muy difícil y compleja, pues las razones por las que se pesca son múltiples y muy diversas, unas conscientes y otras subconscientes. Hay quien lo hace para estar en contacto con la naturaleza, el mar, las nubes.

En cambio, hay pescadores que no miran el mar ni el cielo. Su propósito es la pesca que logran y que satisface su capacidad y su instinto de poderío. Y hay otro —el más interesante quizás— que es el pescador solitario, que va a ubicarse al extremo de las rocas o de la escollera que penetra más en el mar, como si su deseo de soledad lo llevara a alejarse al máximo de sus semejantes. Se trata de un individualista a quien la soledad le da tiempo y ocasión para madurar acabadamente sus ideas propias, singulares, de orden social, filosóficas o naturalistas y que se traducen exteriormente por su barba o patillas largas, la pipa que fuma o singularidades vestimentarias.

Presumo —no sé por qué— que luego de este artículo se van a enfriar un tanto las relaciones con mis amigos pescadores, quienes, como todo deportista, tienen gran amor propio. Por eso, debo aclarar que nadie dude que, como justo premio a la tenacidad que ponen en su ocupación, siempre pescan algo. Claro que no siempre puede ser una corvina de catorce kilos. Pero, en cambio, con frecuencia, pescan insolaciones, resfríos, lumbagos, mojaduras, dolores de cabeza, disgustos, chascos y broncas. Siempre se pesca algo. Como en la vida. Si fuéramos pedantes lo diríamos en latín: *Vivere piscicarem est.* O con las dramáticas palabras de Hamlet: *Pescar o ser pescado. That is the question!*

REFLEXIONES DE UN CABALLO DE ALQUILER

EN COLONIA SUIZA

Le he oído referir a un psiquiatria amigo lo sucedido cuando en viaje de descanso llegó a Santiago de Chile. Fué a almorzar a un restaurante céntrico, y le sirvieron un molusco redondo, de carne blanca y sabrosa. Preguntó al mozo el nombre de tal especie, y le respondió: "Se llama Loco y es de Valparaíso".

Algo semejante me ha pasado en Colonia Suiza, donde llegué en descanso con mis veinte días. Soy, como el lector no sabrá, empleado de la Inspección de Psicópatas, sita en el Hospital Vilardebó. Pedí un caballo, recomendando al encargado que el jamelgo no fuese viejo ni demasiado tranquilo, como, en general, son los caballos de alquiler en los hoteles de turismo. Me trajeron una yegüita y, al preguntar su nombre me dijeron: "¡Se llama Loca!".

Naturalmente, pregunté al caballerizo la razón de ese nombre. Me respondió:

—Es muy nerviosa y rara. No se le ha podido amansar bien. Y, además, tiene sus manías: es difícil para dejarse montar. Cuando siente el pie en el estribo, pega allí con su pata izquierda. La única manera de que no lo haga es que se le aprete, al mismo tiempo, la oreja derecha.

Y así fué, en efecto: me costó mucho trabajo subir. Pruebe el lector en querer montar un caballo, poniendo a un tiempo el pie izquierdo en el estribo y sujetando como pueda la oreja derecha del animal, y verá qué forzada es esa posición del cuerpo que no corresponde exactamente a ninguna de las figuras del ballet clásico.

Fuera de esto, resultó la yegüita un animal voluntario, animoso, decidido. Y mi frecuente trato con los alienados me permitió mantener con ella un diálogo pleno de interés. Mientras cabalgaba, le pregunté la razón de aquella manía. Me respondió, siempre voluntaria:

—Con ella me defiendo de todo ese mundo de turistas variados que sube al cabo del año sobre el lomo de un pobre caballo de alquiler en un hotel de Colonia Suiza. Nadie se imagina la diversidad de gustos, caprichos y de huesos de jinetes, distintos cada día. Es aplicable a nosotros, pobres caballos de alquiler, unos versos que oí un día a un poeta convaleciente que cabalgaba en mí:

> Guitarra del mesón de los caminos
> que hoy tocas coplas, mañana peteneras.

Hay jóvenes deportistas que llegan aquí después de presenciar las domas de potros de la Semana Criolla y quieren hacer con nosotros lo que vieron en el Prado hacer con sus baguales al indio Moreira o al "tape" Sosa. Nos dan verdaderas palizas: nos castigan sin piedad en la cabeza, nos clavan los tacos en los ijares y hasta hubo quien me quemó una vez con un pucho. Otros han leído en la biblioteca del hotel el "Manual del perfecto jinete", o "¿Quiere usted ser amazona en quince lecciones?" y luego, a fuerza de rebenque y de gritos, ensayan una y cien veces en nosotros el trote inglés, el galope ruso, el paso australiano.

Compadecido de lo que oía, detuve el trote indochino del sur que yo estaba empeñado en sacar. Buscando consolarle, le dije que, sin duda, las mujeres amazonas la tratarían mejor. Respondió:

—¡Las mujeres! Sólo suben a caballo las gordas. Cargan sobre nosotros todas sus esféricas redondeces, que sacuden después haciéndonos galopar dolorosamente y pretendiendo con tales sacudimientos reducir dos centímetros la cintura como les dijo el masajista que las trata. Yo he comprobado por mí misma que en esta faena, que resulta un martirio, no hay, de parte de las llamadas sexo débil, ninguna solidaridad para con una. Y prefieren llamarme loca, pero es mentira.

Luego de mordisquear un poco el verde pasto que se ex-

tendía a sus patas, prosiguió, siempre en el mismo tono de reconvención, pero muy serena y respetuosa:

—Me dan ese nombre también porque, a veces, cambio bruscamente de recorrido, con lo cual quien galopa se ha caído alguna vez, saliendo por encima de mi cabeza. Pero, ¿tengo yo la obligación de saber, si no se me dice antes, qué recorrido ha elegido el jinete que me sube? Como usted sabe, hay tres recorridos: el de 2 pesos: Nirvana y Nueva Helvecia; el de 2.50: Molino Quemado y Colonia Valdense; y el de 3 pesos: Laguna Guilomen y Sierras de Mahoma. Yo, naturalmente, tiro para el lado del raid más corto. Y si el jinete que galopa desenfrenadamente, como si subiera en Yatasto, no me ha dicho nada antes, yo doblo para el lado de mi caballeriza en la primer bocacalles que se presente.

Hasta ahora todo lo que me iba diciendo me parecía razonable. Sin embargo —le inquirí— su manía no deja de ser rara.

—¡Rara! ¿Por qué? Me quedó desde que fué mi propietario un chófer taximetrista. Me traía al hotel para alquilarme por kilómetros recorridos. Y, cada vez que subía un cliente, él, acostumbrado a bajar la bandera del aparato contador, extendía la mano y me bajaba la oreja derecha. Y así me quedó esa manía como usted tendrá las suyas y todo el mundo las tiene.

Ya en el terreno de las manías, que es mi especialidad —tengo la manía de coleccionar manías como otros coleccionan medallas o sellos— y esperando recibir nuevas y más interesantes confidencias, bajé de mi interlocutora para descansarla de mis 90 kilos: y ya en pie de igualdad, le pregunté, corriéndola para el lado que disparaba:

—¿Manías? Yo, naturalmente, tengo varias. Y usted ¿qué otra tiene?

—La de la oreja no más, porque las otras no pueden llamarse manías. Si voy por la carretera me detengo de golpe si pasa un auto tuerto. Si es martes 13, me empaco y no salgo de la caballeriza. Y cuando en la carretera hay un accidente corro presurosa hacia allí. Quiero ver los dos números finales de la chapa del auto accidentado para jugarlos a la quiniela. Y apuesto tanto más cuanto mayor es el accidente. Si ha habido muertos, le juego al 48, pero eso es normal, lo hace todo el mundo. Fuera de esas pequeñas cosas, que no creo que se

puedan llamar manías, no tengo ninguna más: soy perfectamente normal, ¿no le parece?

Aprobé lo que decía y, aprovechando nuestro acuerdo, me dispuse a subir. Quise poner el pie en el estribo para apoyarme pero empezó a agitarse como una loca y me mandó allí una patada. Me acordé de lo que me habían recomendado, y pretendí tomarle la oreja derecha, pero no alcanzo. Si llego a la oreja, tengo que sacar el pie del estribo. Y en esa estamos. Y no pasa nadie. ¿Por qué, lector, no dejas el libro, te levantas de la muelle poltrona donde estás arrellenado, y vienes en ayuda de éste tu fiel servidor a sacarle del apuro en que se encuentra?

HAY DOS SAN CONO

EVIDENTEMENTE, progreso significa división. Se divide el tronco en las ramas, y éstas, en su crecimiento, se dividen en ramas menores. Se divide el núcleo de las células y el Imperio de Carlomagno. Por todas partes, con la evolución se produce la división: la 14 y la 15, los unilistas y los plurilistas. Nada hace excepción a esta ley general, biológica y social.

No podía hacerlo tampoco, en consecuencia, San Cono, cuyos prestigios y prosélitos aumentaban año tras año. Y, desde el pasado jueves, existen en la ciudad de Florida dos imágenes iguales de San Cono, para confusión de sus desinteresados creyentes y motivo nuevo de perturbación espiritual y de ansiedad religiosa para nosotros, sus humildes fieles. Pero, vayamos a los hechos, como dicen los abogados.

El año 1885 se embarcaba en Italia, rumbo a América del Sur, el emigrante italiano señor Juan Aloy, y como buen creyente traía de Salerno, su sitio de origen, la estatua en madera de San Cono, pálido adolescente de 18 años, que es el santo de esa bella región napolitana. Se estableció en nuestra ciudad de Florida e inició el culto de dicho santo, llegando a construirle una capilla. Primero fueron los napolitanos procedentes de Salerno quienes iban allí a orar y hacer rogativas, después los italianos en general, luego los floridenses sin distinción y finalmente de toda la República y hasta de la Argentina llegaban a la peregrinación del santo, que se realiza, como se sabe, el día 3 de junio.

La Iglesia quiso oficializar el culto y las ceremonias que tenían lugar en torno al santo inmigrante, y solicitó a los poderes públicos la propiedad de su imagen y la pertenencia de

la capilla. El propietario de la imagen y luego sus descendientes —que colocaron la imagen del santo a cargo de una comisión administradora—, sostuvieron sus derechos de legítima propiedad. Varios años duró este pleito, que llegó a apasionar a las gentes. Finalmente, el Tribunal de Apelaciones dictó sentencia: la imagen y la capilla seguían perteneciendo a los descendientes del señor Aloy, propietario importador del santo. La Iglesia retiró entonces al sacerdote que oficiaba en la capilla, y así quedó establecido de hecho el cisma, que venía a reproducir en nuestra ciudad de Florida —tan predispuesta para las declaraciones históricas—, el conflicto religioso que seis siglos antes se produjo con el Papado, el célebre cisma llamado de Occidente, y que llevó a la existencia de dos Papas: Clemente VII, en Aviñón, y Urbano VI, en Roma. Qué lejos estaría el ánimo de don Juan Aloy cuando hace 70 años subió al barco que lo traería a América llevando consigo el leño representativo del santo de su devoción, que iba a provocar entre nosotros este cisma tan grande, que conturba nuestro espíritu y del cual no sabemos cómo vamos a salir, pues, como veremos en seguida, tiende cada vez a complicarse más.

En efecto, luego de la referida sentencia del Tribunal de Apelaciones en que le negaba a la Iglesia el derecho de propiedad sobre capilla y santo, la Curia no se declaró vencida. Mandó buscar directamente a Salerno una nueva imagen hecha de medida sobre la allí existente de San Cono. Y tal imagen, esperada con ansiedad durante tres años, llegó recientemente a Montevideo y fué de inmediato trasladada a la Catedral de Florida. Y el día 3 de junio —fecha de la celebración del santo y coincidiendo con la procesión que iban a realizar los disidentes—, fué trasladada la nueva imagen a la Capilla San José, destinada desde ese momento al culto de San Cono recién llegado, como lo está desde hace años la capilla de la calle Rodó construída por la sucesión Aloy para el San Cono ya existente.

Nosotros, creyentes de San Cono, quien nos ha favorecido ya varias veces, asistimos este año a Florida como lo estamos haciendo desde hace mucho tiempo. Pero ya en el viaje de ida una duda conturbaba nuestro sencillo espíritu. ¿A cuál de los dos San Cono iríamos? Por fidelidad y agradecimiento debe-

ríamos continuar yendo al mismo que siempre fuimos y que es quien nos favoreció. ¡Pero, el San Cono oficial, el de las autoridades eclesiásticas superiores era el otro, el nuevo, el recién llegado! Y ¿entonces?

En Florida, para decidirnos, solicitamos opiniones. Un guardia civil clasificó así a los dos santos: al que ya estaba le llamó "el verdadero" y al otro, "el nuevo". Una beata dijo que iba a los dos, por las dudas. Un comerciante dijo que "el de siempre" le iba a rendir mucho más. Nosotros encasquetándonos bien la gorra de vasco que llevábamos y subiéndonos el cuello de la gabardina para que nadie nos reconociera, concurrimos objetivamente a las dos procesiones para formar opinión y, de paso, para no dejar de cumplir con ninguna de ambas. Y diremos con imparcialidad lo que vimos y que fué compartido por aquéllos —que vimos que no eran pocos—, que fueron también a las dos procesiones.

Con muy buen acuerdo, las autoridades policiales resolvieron que las dos ceremonias opuestas no tuvieran lugar a la misma hora (un encuentro podría terminar a golpes con los San Cono). El traslado oficial de la nueva imagen entregada por la Iglesia de la ciudad de Florida, tuvo lugar en horas de la mañana. La procesión del San Cono "de los italianos" tuvo lugar, como siempre, por la tarde. Y bien; el traslado de la imagen recién adquirida desde la Catedral de Florida a la Capilla de San José, fué acompañado por media cuadra de público. Y eso —como comentaba un sanconista de los "otros"— que se trajeron la banda de música de los Talleres de Don Bosco, excelentes oradores sagrados de las iglesias capitalinas y también hubo mucho "relleno" —léase congregaciones— de niños y niñas de Montevideo.

Por la tarde iba a celebrarse la procesión del "otro" y aquella sería la prueba definitiva. Y bien: cuando sacaron a la calle al San Cono de siempre, su imagen fué seguida por seis cuadras nutridas de creyentes que llenaban calle y veredas. Aquello fué un Cabildo Abierto que no dejaba lugar a dudas de ninguna clase. Por otra parte, todo ese mundo de comerciantes de ocasión —de medallitas y empanadas, de estampitas y globos, de rifas de relojes y despertadores, mates y bombillas, números de lotería terminados en 03, etc., etc.—, se instaló todo a lo largo de la procesión de la tarde y no estuvo presente en la de la mañana. Y eso quiere decir algo ¿no?

Y bien, parecería que el asunto es sencillo y que el match se ha definido por knock-out técnico. Eso será así para un espíritu poco religioso o ateo, interesado, y que va detrás del santo buscando sólo un beneficio material. Pero no para un creyente verdadero, cuyo culto debe ser dirigido por las auténticas autoridades eclesiásticas, como es mi caso. Pues, si como pensábamos el jueves todos los que estábamos en la misma situación ¿y si la Iglesia nos excomulga? ¿Qué hacemos? Por más que con el frío de estos días no venga mal un poco de calefacción nos parece excesivo el de las calderas del Infierno que nos esperaría en caso de la tan temida y casi segura excomunión.

El jueves —yo como todos los que estaban en mi caso—, fuimos a escondidas a las dos procesiones y quedamos bien con ambos San Cono. Pero, eso no puede repetirse porque si llega a saberse quedamos en falta con unos y con otros. "Por ser con todos leal, ser para todos traidor", ya lo dijo alguien. Yo no me siento cómodo teniendo que esconderme dentro de una boina y detrás del cuello de la gabardina para no quedar mal con ninguno de los dos San Cono.

He concluído por reconocer que por mis solas luces no puedo llegar a la solución de este grave problema que a lo mejor tarda un siglo en solucionarse, como pasó con el de Aviñón. En tanto, ¿por qué el Colegio de Abogados no dedica una de sus mesas redondas a la dilucidación de este problema, mucho más urgente que el de la edad de los menores, quienes pueden esperar un poco más? Y ¿por qué Tú, que estás en lo alto y a quien nada escapa y que nos viste asistir, escondiéndonos, como delincuentes, a las dos procesiones no sabiendo cuál era la auténtica, por qué no nos inspiras? ¡Oh, Señor!

EL MOLINO QUEMADO Y EL COLOR DEL CRISTAL

Desde los años escolares conocíamos aquellas cuartetas de Campoamor referentes al concepto de la verdad y la mentira, y que terminaban:

Todo es según el color
del cristal con que se mira.

Pero no habíamos tenido un ejemplo práctico sobre la relatividad del juicio humano que traducen dichos versos hasta la reciente oportunidad, junto al fuego en el hall del hotel de Colonia Suiza.

Era un atardecer de un día frío de este otoño. La mayor parte de quienes estábamos allí, calentando nuestros cuerpos frente a los leños que ardían en la chimenea, regresábamos esa tarde de diferentes excursiones. Unos volvían de Rosario y de sus viejos puertos molineros sobre su río, otros de Colonia Valdense y sus fábricas de quesos y lecherías, otros de las Sierras de Mahoma o de la Laguna Guilomet. Yo había estado en el llamado Molino Quemado, ruinas de un gran edificio próximo al Paso de Tranqueras, sobre un ramal del Rosario.

Las viejas ruinas había sacudido mi emoción. Altos muros de ladrillos españoles, artesonados de piedras en puertas y ventanas formando curvos dinteles, todos ellos sin techo y en los que quedan huellas de un incendio. Y como en las imágenes de Jerome Bosch salen hojas por el hueco de la boca y de los ojos de calaveras, aquí por las ventanas salen árboles: espinillos, laureles, sina-sinas. Todo la fábrica del molino llegaba al río: grandes muros de piedras formaban el acueducto por donde entraba la corriente, la antigua esclusa con sus batientes rotos,

los cabezales de un puente de piedra, y las ruinas de la represa, todo cubierto ahora por lianas, helechos y enredaderas. Y, todavía, en el cielo negros y grandes caranchos y cuervos hacen sobre las ruinas siniestros vuelos como buscando aún despojos que reducir a huesos. Todo aquello tiene tal carácter de grabado fuerte y dramático que impresionó mi espíritu y regresé al hotel llevándolo fijo en mi retina como se lleva un agua fuerte llena de misteriosas evocaciones.

Así fué que después que mis compañeros de rueda expusieron las características principales del paseo que cada uno había hecho, yo expresé mi admiración por aquellas ruinas y expuse los interrogantes que quedaban en mi espíritu sobre las causas de aquel incendio que había destruído al edificio en plena vida, por lo que yo había visto. Pregunté si alguno de los presentes sabía qué había pasado con aquel molino.

Estaban en la rueda, don Andrés, dueño de una gran barraca montevideana; don Ignacio, bancario, gran consumidor de películas de cine y que además escribe poesías; y el joven Domínguez, lector de novelas policiales.

El poeta bancario fué el primero en tomar la palabra y dijo:

—Aquello fué el escenario de una intensa tragedia shakespareana, de amor y de celos. El molinero era casado con una bella molinera. Los años transcurrían en idílica felicidad. Como en los árboles circundantes crecían y se multiplicaban —cumpliendo el mandato bíblico— torcazas, calandrias y picaflores, así crecían y se multiplicaban el arca y la prole del molinero y su hermosa consorte, en envidiable felicidad. Como en la primera parte de "El Molino Silencioso" de Suderman, cada vez eran más numerosas y mejor pagas las bolsas de harina que salían del molino y que, puestas en el vientre de las grandes barcazas en el puerto Rosario, eran enviadas a Montevideo, para integrar la formación del pan de cada día que el Señor daba a los habitantes capitalinos. Pero, bien dicen Lin Yutang y Martín Fierro que no hay felicidad completa: un día supo el molinero que la molinera no era trigo limpio y que componía con el primer oficial un culpable amasijo. Una noche —noche de tormenta con rayos, truenos y relámpagos igual que en la película "Negro Destino"—, los ojos espantados del molinero vieron un espectáculo tal que ninguna disculpa ni explicación podía entrarle por los oídos. Enloqueció de pasión y ésta le

encegueció la mente. Mató de un solo golpe a los dos amantes clandestinos, los arrojó al pozo del molino y le prendió fuego al edificio. Las altas y voraces llamas entre los negros árboles en aquella noche de terrible tormenta componían un espectáculo que hacía recordar al que presenta Cecil B. Milles en el final de su película "El Ocaso de una Nación".

Tan patético había sido el relato escuchado que llegamos a oler fuego y hasta nos lloraba la vista por el humo. Pero, era de la chimenea en la que —pendientes de la narración de don Ignacio— habíamos olvidado arreglar los leños.

Habló entonces don Andrés, quien, como barraquero que es, entiende de incendios. Había escuchado sin entusiasmo el bello relato del poeta, y ahora exclamó, sin dudar de lo que decía:

—¡Qué drama, ni qué ocho cuartos! El propietario le metió fuego al molino para cobrar el seguro, porque aquello ya no marchaba y estaba en apuros de plata. ¡No me vengan a mí con novelas!

Don Andrés es un espíritu práctico que ha triunfado en la vida. (Aunque me dijo nuestro común amigo Rodríguez, después que se levantó don Andrés, que el secreto de su éxito comercial ha sido tener en su barraca dos balanzas distintas: una para lo que compra y otra para lo que vende. Pero yo no entiendo lo que Rodríguez quiso decir con eso).

Yo veía al joven Domínguez mordiéndose las uñas desde que se empezó a tratar el tema del Molino Quemado. Tenía junto a él cinco tomos de la colección "El Séptimo Círculo". Fumaba una pipa que mordía como en la procura del hilo de un serio enigma; usaba una gorra inglesa a cuadritos con orejeras atada arriba, calzaba altas botas abrochadas adelante. Y habló así, mientras acariciaba la cabeza de un perro policial tendido junto a él:

—Yo también he visitado con Foster Read (señaló al perro, y éste movió la cola) las ruinas misteriosas de ese viejo y enigmático castillo, quiero decir molino. Y he meditado varias pipas sobre la causa del incendio. Sé naturalmente, las hipótesis a que llegarían Henry Merrivale, Jean Masson, Sidney Morgan y Nigel Strangewarys, pero es mucho más verosímil la mía, que no dudo debe corresponder a la verdad. Según mis deducciones, el molinero pertenecía a una secta adventista ortodoxa muy extendida en neófitos en los cantones suizos fran-

ceses, en especial, Veau y Lausanne. En un cisma de esta doctrina religiosa, se habían separado los neo-adventistas, quienes, perseguidos, debieron emigrar a América del Sur y vinieron justamente a instalarse aquí, en el departamento de Colonia, donde favorecidos por nuestra legislación social y la gordura de la tierra, hicieron pronto fortuna y prosperaron rápida y extensamente. Tal prosperidad hizo prosélitos, y la nueva secta estaba próxima a superar en creyentes al tronco de la que se había saperado. Fué entonces que salió de Montreux-sur- Lac, rumbo a Colonia Suiza, el ciudadano y creyente ortodoxo, Jean Pasturier, su consigna era terminar con la secta nueva y exitosa. Puso un molino y cuando llegó a tener en sus manos la provisión de toda Colonia Suiza, dió comienzo a su diabólico plan: introdujo en la harina de consumo una sustancia de su mismo color y gusto, pero lentamente mortífera, pues provocaba en el consumidor una especie de poliomielitis progresiva y fatal. Fué así que se extendió entre los colonos suizos una epidemia grave contra la que nada pudo la División Higiene del Ministerio de Salud Pública. Hasta un viejo detective, guiándose por el mismo método que William Gruber en "El caso del Veneno Amarillento", descubrió la causa de aquel mal y la dijo una noche en un café de Nueva Helvecia cerca de la plaza. La indignación popular fué tal que el fuego convirtió en cenizas esa misma noche al molino, y el falso molinero, que nunca tuvo familia, se salvó en el monte vecino disfrazado de bichicome. Creo que volvió a Suiza o se empleó en el Municipio de Montevideo.

Como ves, lector, si has llegado hasta aquí en este relato, cada uno exponía su narración de acuerdo con el color de aquel cristal que decíamos al principio. Yo pensé siempre que el molino se hubiera quemado como se queman tantas casas y edificios: por un descuido, un accidente normal y sin dolosa intención. A nadie se le había ocurrido esa hipótesis, que yo no quise exponer, para no aparecer como original. Preferí callarme antes que aparentar singularidad pensando bien y admitiendo honesto y sano al propietario damnificado por el incendio de marras. Tú, lector, puedes elegir a tu paladar la hipótesis que creas justa o hacerte otra de acuerdo con la serie policial de tus preferencias.

ESTAMPA DE MONTEVIDEO

MONTEVIDEO cambia el color de sus ropas en cada estación. Los jacarandás, de hojas tan finas como plumas, y las tipas ponen sus manchas violeta y oro en el género floreado que la envuelve en verano. Los plátanos decoran su otoño con el ocre de sus hojas secas. En un jardín pequeño, un palo borracho delira flores rosadas. En cada primavera, las tapias se cubren de jazmines del país que las golondrinas —costureras del aire — llegan presurosas para tejer. Y durante el invierno, tenaces santa-ritas vuelcan desde los balcones sus variantes del rojo: bermejo, borra de vino, herrumbre, púrpura.

Marco Aurelio decía que el hombre debe amar su época, por cuanto todo lo que le es contemporáneo constituye para su existencia sus compañeros de viaje en el tiempo y en el espacio en que le tocó actuar. No otro hombre, en el pasado ni en el futuro, tendrá sus mismos amigos y enemigos, no otro estará exactamente en el mismo punto del espacio sideral ni será afectado por los mismos acontecimientos políticos y sociales. Y aun mismo si su vaso es pequeño, debe decir con satisfacción: Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso.

Y nuestro vaso es Montevideo, esta ciudad de calles que terminan todas en el mar, por las que sube de continuo un olor a peces y sandías. Blancos transatlánticos con majestuosa lentitud salen por las ventanas de una casa de apartamentos, atraviesan la calle, sobre los autos y las gentes, y se introducen en otra casa situada enfrente. Montevideo, con sus casas amanzanadas, a las que un viento empecinado le ha cortado aristas de agua-fuerte. Montevideo, esta ciudad que durante el día no podéis ver ocupada toda vuestra atención por los autobuses que debéis esquivar, los vendedores de números de rifas que os taladran con sus micrófonos y las gentes que os empu-

jan si queréis deteneros a contemplar un balcón de hierro, una fachada o un edificio antiguo.

Porque, pese a los mayores esfuerzos municipales, todavía hay casas antiguas en Montevideo. Aún quedan en pie, aquí o allá, alternando con recientes y altas casas de apartamentos de frentes inexpresivos. Encontrarlas produce el mismo grato encanto que cuando os cruzáis en la avenida, en medio de vidrieras relucientes y de bares cromados, con esos viejitos pulcros y finos de familias venidas a menos, económicamente, pero que mantienen sus maneras ceremoniales, su delgado bastón, guantes, siempre una flor en la solapa y una luz muy fina en el rostro.

En esas casas añosas, cuyas paredes tienen también el color y la calidez humana de la epidermis de un viejo, hay balcones, y, en los balcones, geranios y claveles florecidos. Hay también una jaula donde un canario o un dorado picotea y canta. Son los pequeños adornos de vidas sencillas, como la cinta de color en el pelo de la muchacha humilde. Los grandes edificios importantes —bancos y casas comerciales— no tienen balcones ni pájaros ni flores. Ni tampoco, en la azotea, cuerdas henchidas de ropa blanca.

Las casas que yo digo son casi todas de una sola planta y de un solo color desvanecido: ocre, naranja, rosa, lila. Ventanas con altas rejas de hierro, puerta de madera labrada y provista de un llamador y manillas de bronce. (¡Oh, aquellos llamadores que eran una mano con vuelillos de encaje! ¡Oh, aquellas púdicas señoritas de cofia que por la mañana lustraban esos bronces con una pomada que se llamaba "Amor"!) Esas casas ponen en nuestra ciudad una nota colonial que nos llega a través del tiempo como un apagado perfume al abrir un mueble antiguo.

Caminad por la ciudad vieja una noche —porque debéis hacerlo a pie y de noche, cuando los monstruosos autobuses no os buscan para aplastaros— y veréis cómo Montevideo recupera a esas horas su fisonomía colonial, a cuya época podéis trasladaros. No todos los viajes deben hacerse en el espacio. Se puede viajar también en el tiempo. Y si queréis un itinerario del Montevideo colonial anotad estas calles: 25 de Agosto, Piedras, 25 de Mayo, Cerrito. No ofenderé al lector culto indicándole, como en una Guide Bleu, direcciones precisas. Si transita por las calles referidas durante la noche él mismo ad-

vertirá las casas coloniales. Las hay del siglo XVIII, de la dominación portuguesa y de nuestra independencia, y se distinguen de las demás como en una multitud un rostro con alma.

Es también durante la noche que aparece el Montevideo puerto. No se ha reparado en lo poco que cuenta el mar para los montevideanos. Parecería que la ciudad ignorara su puerto y aquí aparece también nuestro origen ganadero. Y bien, es durante la noche que se hace presente el aspecto portuario internacional. Suben por el lado sur, junto al olor de salitre y brea, pantalones acampanados y fuertes zapatos claveteados en Southampton, Marsella, San Francisco, Génova. Los atraen letreros con nombres comprensibles en todos los idiomas: Moulin Rouge, Viking, Tropical, Can Can. De los bares salen bocanadas de música mecánica y de valses tocados en pianolas. Las ventanas encuadran escenas de un amor urgente. Y por la calle pasan marineros ebrios que se toman de una cintura de mujer como de un salvavidas-maniquí.

Una bruma que llega del mar va envolviendo la ciudad. Son las sábanas blancas, de las que le costará despegarse mañana cuando llegue el sol a despertarle.

ÍNDICE

	PÁG.
Montevideo y su Cerro	7
El Uruguay, una isla	11
Una geografía sensata	14
Quintas del Prado	17
Despertar de Montevideo. - *Visto desde un quinto piso*	20
Contemplador de cielos	23
Necesidad del humorismo	26
Y por el sur el Río de la Plata	30
La edad del cuero	33
Verano y turismo	36
La ventana de Neuquén	39
Los vientos de mi tierra	42
Si Solís hubiera sabido	45
Costumbres ríoplatenses	48
Los derechos de la naturaleza	51
Una visión de Sudamérica	55
Un reportaje exclusivo	58
Montevideo, Minnesotta	62
Se busca un tesoro	65
El complejo sudamericano	68
Grandeza y decadencia del mate	71
Dando vuelta el mate	74
El mate y nuestro carácter	77
Sociología del mate	80
Variaciones sobre el tema mate	83
El insultorio Centenario. - *Rol detergente de las malas palabras*	86
La viveza criolla	90
Psicología de la gana	93

PÁG.

Modos de vivir 96
Apología de la muñeca 100
Radiografía de la cola 104
El primero y el lunes 107
La sonada 110
Expresiones ríoplatenses 113
El temor al papelón 117
Meditación sobre el guarango 120
Un "dépaysé" 124
Origen y mecanismo de la gauchada 127
Oficios menores 130
El conductor montevideano 134
¿Publicó usted un libro? 138
Viaje en ómnibus 142
La alegría de vivir o el poder de la radiotelefonía . . . 145
El teléfono, elemento mágico 149
Oficio de tinieblas 152
Por la unidad del espectáculo 155
También las canillas hacen paros 158
Yo quiero ser animador 161
Somos todos contrabandistas 164
Ciclos de conferencias 167
Tribulaciones de un elector consciente o el patio de los naranjos 171
La peregrinación al Verdún o el cerro que ora 175
El Dios Verde en Punta del Este 180
El hombre en el balneario 184
Variaciones sobre el tema nudismo 187
Fin de semana en Punta del Este. — *Los esposos Pérez* . 191
Los fantasmas de San Rafael 195
El pescador y su caña 198
El muelle de las bromas 201
Reflexiones de un caballo de alquiler . . . 204
Hay dos San Cono 208
El molino quemado y el color del cristal . . . 212
Estampa de Montevideo 216

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ARTES GRÁFICAS BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A., AMEGHINO 838, AVELLANEDA, EL DÍA 16 DE AGOSTO DE 1956.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE PREVIENE LA LEY. RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. COPYRIGHT BY SANTIAGO RUEDA - EDITOR. FLORIDA 377. BUENOS AIRES, 1956.

Vilas de Tlyala, Isidro, 1899-1960.

(Comp.)

SANTIAGO RUEDA - EDITOR

FLORIDA 377 - BUENOS AIRES

BERTRAND RUSSELL
Diccionario del hombre contemporáneo
GUSTAV SCHWAB
Dioses y héroes
ARTURO BAREA
La raíz rota
ÍTALO SVEVO
La conciencia del Sr. Zeno
SINCLAIR LEWIS
Babbitt
El doctor Arrowsmith
W. H. HUDSON
La tierra purpúrea
Mansiones verdes
MARIO WAISSMANN
Un místico en acción
SÖREN KIERKEGAARD
Diario de un seductor
Etapas en el camino de la vida
Diario íntimo
FEDERICO NIETZSCHE
Mi hermana y yo
EDUARDO ZAMACOIS
La antorcha apagada
LOUIS BROMFIELD
Los corazones fuertes
JAMES JOYCE
Ulises
ERNEST HEMINGWAY
La quinta columna
HERMANN HESSE
El juego de abalorios
El lobo estepario
Pequeño mundo
Tres momentos de una vida
Rosshalde
MARCEL PROUST
En busca del tiempo perdido
La vida de Jean Santeuil
JOSÉ INGENIEROS
Los tiempos nuevos
Las fuerzas morales
WILLIAM FAULKNER
Mientras yo agonizo
MAX DICKMANN
El motín de los ilusos
Los habitantes de la noche
Madre América
R. TAGORE
El alma y el mundo
El naufragio
Recuerdos de mi vida
WILHELM WINDELBAND
Preludios filosóficos
ERICO VERISSIMO
Los argonautas
D. H. LAWRENCE
Crepúsculo en Italia
El arco iris
La primera lady Chatterley
Pulso literario
CHAIM WEIZMANN
A la verdad por el error
VICKI BAUM
Shanghai Hotel